Copia privada para fines exclusivamente educacionales. Prohibida su venta

W. Adorno

EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES



FRÓNESIS
CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Epistemología y ciencias sociales

Colección dirigida por:
Pedro Ruiz Torres, Sergio Sevilla y Jenaro Talens

Theodor W. Adorno

Epistemología y ciencias sociales

Traducción de Vicente Gómez



Título original de la obra:

Gesellschaft. Soziologie und empirische Forschung.
Notiz über sozialwissenschaftliche Objektivität. Zur gegenwärtigen Stellung der empirischen Sozialforschung in Deutschland.
Gesellschaftstheorie und empirische Forschung. Teamwork in der Sozialforschung.
Zum gegenwärtigen Stand der deutschen Soziologie. Gesellschaftstheorie und empirische Forschung (incluidos en *Gesammelte Schriften,* vol. 8, *Soziologische Schriften,* I).
Empirische Sozialforschung (incluido en *Gesammelte Schriften,* vol. 9-2, *Soziologische Schriften,* II)



© Volumen 8: Suhrkamp Verlag Frankfurt 1972
© Volumen 9: Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main 1975
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2001
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 27.642-2001
I.S.B.N.: 84-376-1922-X
Printed in Spain
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

Índice

Sociedad

El concepto de sociedad muestra ejemplarmente en qué escasa medida los conceptos, como pretende Nietzsche, pueden definirse verbalmente afirmando que «en ellos se sintetiza semióticamente todo un proceso». La sociedad es esencialmente proceso; sobre ella dicen más las leyes de su evolución que cualquier invariante previa. Esto mismo prueban también los intentos de delimitar su concepto. Así, por ejemplo, si éste se determinara como la humanidad junto con todos los grupos en los que se divide y la forman, o de modo más simple, como la totalidad de los hombres que viven en una época determinada, se omitiría el sentido más propio del término sociedad. Esta definición, en apariencia sumamente formal, prejuzgaría que la sociedad es una sociedad de seres humanos, que es humana, que es absolutamente idéntica a sus sujetos; como si lo específicamente social no consistiera acaso en la preponderancia de las circunstancias sobre los hombres, que no son ya sino sus productos impotentes. En relación con épocas pasadas, cuando quizá pudo ser de otro modo —la Edad de piedra—, apenas puede hablarse de la sociedad en el mismo sentido que en la fase del capitalismo intenso. J. C. Bluntschli, especialista en derecho público, caracterizó la sociedad, hace ya más de cien años, como un «concepto del tercer estamento». Y lo es no sólo en razón de las tendencias igualitarias que se han infiltrado en él y que lo distinguen de la «buena sociedad» feudal y absolutista, sino también porque su construcción obedece al modelo de la sociedad burguesa.

El concepto de sociedad no es en absoluto un concepto clasificatorio, no es la abstracción suprema de la sociología, que incluiría en sí misma todas las demás formaciones sociales. Tal concepción confun-

diría el ideal científico corriente del orden continuo y jerárquico de las categorías con el objeto del conocimiento. El objeto al que apunta el concepto de sociedad no es en sí mismo continuo desde el punto de vista racional. Tampoco es el universo de sus elementos; el concepto de sociedad no es simplemente una categoría dinámica, sino funcional. Para una aproximación inicial, aunque todavía demasiado abstracta, piénsese en la dependencia de todos los individuos respecto de la totalidad que forman. En ésta, todos dependen también de todos. El todo se mantiene únicamente gracias a la unidad de las funciones desempeñadas por sus partes. En general, cada uno de los individuos, para prolongar su vida, ha de desempeñar una función, y se le enseña a dar las gracias por tener una.

En virtud de su determinación funcional, el concepto de sociedad no puede captarse inmediatamente ni, a diferencia de las leyes científico-naturales, verificarse directamente. Ésta es la razón por la que las corrientes positivistas de la sociología querrían desterrarlo de la ciencia en tanto que reliquia filosófica. Pero este realismo es poco realista. Pues si la sociedad no puede obtenerse por abstracción a partir de hechos particulares ni aprehenderse como un *factum*, no hay *factum* social que no esté determinado por la sociedad. Ésta se manifiesta en las situaciones sociales fácticas. Conflictos típicos como los existentes entre superiores y subordinados no son algo último e irreductible, algo que pudiera circunscribirse al lugar de su ocurrencia. Más bien enmascaran antagonismos fundamentales. Los conflictos particulares no pueden subsumirse en éstos como lo particular en lo universal. Tales antagonismos producen conflictos aquí y ahora conforme a un proceso, a una legalidad. Así, la llamada paz salarial, estudiada desde muchos puntos de vista por la actual sociología empresarial, sólo sigue aparentemente las pautas marcadas por las condiciones existentes en una empresa y en un sector determinados. Depende, por encima de ellas, del ordenamiento salarial general, y de su relación con los distintos sectores; depende del paralelogramo de fuerzas, del que el ordenamiento salarial es la resultante, cuyo alcance es mucho mayor que el de las pugnas entre las organizaciones de empresarios y trabajadores integradas institucionalmente, pues en éstas se han sedimentado consideraciones referidas a un electorado potencial definido desde el punto de vista organizativo. Decisivas también para la paz salarial son, finalmente, aunque sólo sea de forma indirecta, las relaciones de poder, la posesión del aparato de producción por parte de los empresarios. Si no se tiene plena conciencia de esto, resulta imposible comprender suficientemente cualquier situación concreta, a menos que la ciencia esté dispuesta a

atribuir a la parte lo que únicamente adquiere su valor dentro de un todo. Así como la mediación social no podría existir sin lo mediado por ella, sin los elementos: los individuos, las instituciones y las situaciones particulares, así éstos tampoco existen sin la mediación. Cuando los detalles, en virtud de su inmediata tangibilidad, se toman por lo más real, causan al mismo tiempo ofuscación.

Puesto que el concepto de sociedad no puede definirse conforme a la lógica corriente ni demostrarse «deícticamente», mientras que los fenómenos sociales reclaman imperiosamente su concepto, su órgano es la *teoría*. Sólo una detallada teoría de la sociedad podría decir qué es la sociedad. Recientemente se ha objetado que es poco científico insistir en conceptos tales como el de sociedad, pues sólo podría juzgarse sobre la verdad o falsedad de enunciados, no de conceptos. Esta objeción confunde un concepto enfático como el de sociedad con una definición al uso. El concepo de sociedad ha de ser desplegado, no fijado terminológicamente de forma arbitraria en pro de su pretendida pureza.

La exigencia de determinar teóricamente la sociedad —el desarrollo de una teoría de la sociedad— se expone además al reproche de haberse quedado rezagado en relación con el modelo de las ciencias naturales, al que se considera tácitamente como modelo vinculante. En ellas, la teoría tendría como objeto el nexo transparente entre conceptos bien definidos y experimentos repetibles. Una teoría enfática de la sociedad, en cambio, se despreocuparía del imponente modelo para apelar a la misteriosa mediación. Esta objeción mide el concepto de sociedad con el rasero de su inmediata datidad, al que precisamente ella, en tanto que mediación, se substrae esencialmente. Consecuentemente, a renglón seguido se ataca el ideal del conocimiento de la esencia de las cosas desde dentro, tras el que se acorazaría la teoría de la sociedad. Este ideal no haría más que obstaculizar el progreso de las ciencias, y en las más desarrolladas habría sido liquidado hace tiempo. La sociedad, sin embargo, hay que conocerla y no conocerla desde dentro. En ella, producto de los hombres, éstos todavía pueden, pese a todo y, por decirlo así, de lejos, reconocerse a sí mismos, a diferencia de lo que ocurre en la química y en la física. Efectivamente, en la sociedad burguesa la acción, en tanto que racionalidad, es en gran medida una acción «comprensible» y motivada objetivamente. Esto es lo que recordó con razón la generación de Max Weber y Dilthey. Pero este ideal de la comprensión fue unilateral, pues excluyó aquello que en la sociedad es contrario a su identificación por parte de los sujetos de la comprensión. A esto se refiría la regla de Durkheim según la cual había que tra-

tar los hechos sociales como cosas, renunciando por principio a comprenderlos. Durkheim no se dejó disuadir del hecho de que todo individuo experimenta primariamente la sociedad como lo no-idéntico, como «coacción». En esta medida, la reflexión sobre la sociedad comienza allí donde acaba la comprensibilidad. En Durkheim, el método científico-natural, que él defiende, registra esa «segunda naturaleza» de Hegel en la que la sociedad acabó convirtiéndose frente a sus miembros. La antítesis de Weber, sin embargo, es tan parcial como la tesis, pues se da por satisfecha con la incomprensibilidad, como él con el postulado de la comprensibilidad. En lugar de esto, lo que habría que hacer es comprender la incomprensibilidad, deducir la opacidad de una sociedad autonomizada e independiente de los hombres a partir de las relaciones existentes entre ellos. Hoy más que nunca la sociología debería comprender lo incomprensible, la entrada de la humanidad en lo inhumano.

Por otra parte, los propios conceptos antiteóricos de una sociología desgajada de la filosofía son fragmentos teóricos olvidados o reprimidos. El concepto alemán de comprensión (Verstehen) de las primeras décadas del siglo XX es la secularización del «Espíritu» (Geist) hegeliano —la totalidad que hay que llevar a concepto— en forma de actos singulares o de tipos ideales, sin tener en cuenta la totalidad de la sociedad, de la que en verdad extraen su sentido los fenómenos que hay que comprender. El entusiasmo por lo incomprensible, por el contrario, transforma el permanente antagonismo social en *quaestiones facti*. La realidad irreconciliada es aceptada pasivamente en el ascetismo con que se renuncia a su teorización y lo aceptado es finalmente exaltado, la sociedad es aceptada como mecanismo colectivo de coacción.

No menos numerosas, y no menos funestas, las categorías dominantes en la sociología actual son asimismo fragmentos de plexos teóricos, a los que niegan con mentalidad positivista. Últimamente se emplea con profusión el «rol» como un concepto sociológico clave, como una categoría que haría inteligible la acción social. Este concepto ha sido privado de su referencia a ese ser-para-otro característico de los individuos que, irreconciliados y enajenados de sí mismos, los encadena los unos a los otros bajo la *contrainte sociale*. Los roles son propios de una estructura social que adiestra a los hombres para que persigan únicamente su autoconservación y, al mismo tiempo, les niega la conservación de su yo. El omnipotente principio de identidad, la abstracta equiparabilidad de su trabajo social, les lleva a la extinción de la identidad consigo mismos. No es casual que el concepto de rol, que se presenta como un concepto axiológicamente neutral, haya sido tomado

en préstamo del teatro, en el que los actores no son realmente aquéllos a los que ellos interpretan. Desde el punto de vista social, esta divergencia expresa el antagonismo. La teoría de la sociedad debería trascender las evidencias inmediatas en busca del conocimiento de su fundamento en la sociedad y preguntarse por qué los hombres siguen desempeñando un rol. Éste fue el propósito de la concepción marxiana del carácter como máscara, que no sólo anticipa esa categoría, sino que la deduce socialmente. Si la ciencia social se sirve de este tipo de conceptos pero rehúye la teoría, de la que éstos son parte esencial, se pone al servicio de la ideología. El concepto de rol, incorporado sin previo análisis desde la fachada social, coadyuva a perpetuar el abuso del rol.

Una concepción de la sociedad que no se conformara con esto sería *crítica.* Dejaría atrás la trivialidad de que todo está relacionado con todo. La abstracción mala de esta afirmación no es tanto consecuencia de la flojedad mental cuanto reflejo de la realidad mala de la sociedad misma: de la realidad del cambio en la sociedad moderna. Es en su realización universal, y no sólo en la reflexión científica, donde se practica objetivamente la abstracción; se hace abstracción de la naturaleza cualitativa de productores y consumidores, del modo de producción, incluso de las necesidades, que el mecanismo social sólo satisface de forma secundaria. Lo primero es el beneficio. La misma humanidad determinada como clientela, el sujeto de las necesidades, está, más allá de toda representación ingenua, preformada socialmente, y no sólo por el nivel técnico alcanzado por las fuerzas productivas, sino también por las relaciones económicas, por más difícil que sea verificar esto empíricamente. Previamente a cualquier estratificación social concreta, la abstracción del valor de cambio va de la mano del dominio de lo universal sobre lo particular, del dominio de la sociedad sobre quienes son sus miembros forzosos. Dicha abstracción no es socialmente neutral, a diferencia de lo que aparenta el carácter lógico de la reducción a unidades tales como el tiempo de trabajo social medio. En la reducción de los hombres a agentes y portadores del intercambio de mercancías se oculta la dominación de los hombres sobre los hombres. Esto sigue siendo verdad, pese a todas las dificultades con las que vienen confrontándose muchas de las categorías de la crítica de la economía política. La sociedad total es tal que todos deben someterse al principio de cambio, a menos que quieran sucumbir, y ello independientemente de si, subjetivamente, su acción está regida por el «beneficio» o no.

Ni áreas atrasadas ni formas sociales suponen limitación alguna para la ley de cambio. La vieja teoría del imperialismo demostró ya que

entre la tendencia económica de los países inmersos en la fase de capitalismo intenso y los en su día llamados «espacios no capitalistas» existe también una relación funcional. Éstos no coexisten simplemente los unos al lado de los otros, más bien se mantienen en vida los unos en virtud de los otros. Tras la abolición del colonialismo de viejo estilo, esto se convirtió inmediatamente en objeto de interés político. Una ayuda racional al desarrollo no sería ya un lujo. En el seno de la sociedad basada en el principio de cambio, los rudimentos y enclaves precapitalistas no sólo son elementos extraños a ella, reliquias del pasado: esta sociedad necesita de ellos. Las instituciones irracionales redundan en beneficio de la persistente irracionalidad de una sociedad que es racional en sus medios, pero no en sus fines. Así, una institución como la familia, derivada de lazos naturales y cuya estructura interna no se rige por la ley del intercambio de equivalentes, podría deber su relativa resistencia al hecho de que sin la ayuda que su irracionalidad proporciona a relaciones de producción muy específicas, como por ejemplo las de los pequeños campesinos, éstas apenas hubieran podido subsistir, aun cuando su racionalización no podría tener lugar sin trastornar el conjunto de la estructura social burguesa.

El proceso de socialización no se realiza más allá de los conflictos y los antagonismos o pese a éstos. Su elemento propio lo constituyen los mismos antagonismos que desgarran la sociedad. Es la misma relación social de cambio la que introduce y reproduce el antagonismo que en todo momento amenaza a la organización social con la catástrofe total. Sólo a través de la búsqueda del beneficio y de la fractura inmanente al conjunto de la sociedad sigue funcionando hasta hoy, rechinante, quejumbrosa, con indescriptibles sacrificios, la máquina social. Toda sociedad sigue siendo todavía sociedad de clases, como en los tiempos en los que surgió este concepto; la inmensa presión existente en los países del Este es indicio de que allí las cosas no son distintas. Aunque el pronóstico de la pauperización a largo plazo no se cumplió, la desaparición de las clases es tan sólo un epifenómeno. Es posible que en los países de capitalismo intenso se haya debilitado la conciencia de clase que en América siempre faltó. Pero esta conciencia jamás estuvo dada sin más en la sociedad, sino que, conforme a la teoría, era ella misma la que debía producirla. Lo que resulta tanto más difícil cuanto la sociedad más integra las formas de conciencia. Incluso la tan invocada nivelación de los hábitos de consumo y de las oportunidades de formación es parte de la conciencia de los individuos socializados, no de la objetividad social, cuyas relaciones de producción conservan precariamente el viejo antagonismo. Pero la relación de cla-

ses tampoco ha sido tan completamente suprimida desde el punto de vista subjetivo como le gustaría a la ideología dominante. La investigación social más reciente subraya la existencia de diferencias esenciales en lo que se refiere a la forma de ver las cosas de aquéllos a los que las toscas estadísticas incluyen respectivamente en las denominadas clase alta y clase baja. Quienes se forjan menos ilusiones, los menos «idealistas», son los individuos pertenecientes a la clase baja. Esto suscita el reproche de materialismo por parte de los *happy few.* Los trabajadores siguen considerando que la sociedad está dividida en un arriba y un abajo. Así, por ejemplo, es sabido que la igualdad formal de oportunidades de formación no se corresponde en absoluto con la proporción de los hijos de trabajadores en la población estudiantil.

Velada subjetivamente, la diferencia entre clases sociales crece objetivamente en virtud de la imparable y progresiva concentración del capital. Esta diferencia tiene efectos decisivos en la existencia concreta de los individuos; de lo contrario, el concepto de clase sería evidentemente un fetiche. Mientras que los hábitos de consumo van haciéndose similares —a diferencia de la clase feudal, la clase burguesa contuvo siempre el gasto en favor de la acumulación, salvo en los años de especulación—, la diferencia entre el poder y la impotencia sociales es sin duda mayor que nunca. Hoy cualquiera puede comprobar que es prácticamente imposible determinar por propia iniciativa su existencia social, debiendo más bien buscar huecos, plazas vacantes, «jobs» que le garanticen el sustento, sin tener en cuenta aquello que considera como su propia determinación humana, si es que todavía tiene alguna idea al respecto. Este estado de cosas halla su expresión y su ideología en el concepto de adaptación, concepto característico del darvinismo social, transferido desde la biología a las llamadas ciencias del hombre y empleado en ellas normativamente. No precisamos considerar si, y hasta qué punto, la relación de clases se hizo extensiva a las relaciones entre los países completamente desarrollados desde el punto de vista tecnológico y los países que se quedaron atrás.

El que, pese a todo, esta situación perdure en precario equilibrio, se debe al control sobre el juego de fuerzas sociales que todos los países de la tierra han introducido desde hace tiempo. Pero este control refuerza necesariamente las tendencias totalitarias del orden social, la adaptación política a la socialización total. De este modo se acrecienta la amenaza que los controles y las intervenciones, al menos los introducidos en los países situados más acá del área de influencia soviética y china, pretenden conjurar. Todo esto no debe imputarse a la técnica en cuanto tal. Ésta es solamente una figura de la capacidad productiva

de los hombres, una prolongación del brazo del hombre incluso en la cibernética, por lo que es solamente un momento de la dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción, no una fuerza demoníaca independiente. En la situación actual opera de forma centralizadora; en sí misma podría hacerlo de otro modo. Allí donde los hombres creen estar más cerca los unos de los otros, como en la televisión, que se les lleva hasta sus hogares, en realidad esa cercanía está mediada por la distancia social, por la concentración del poder. Nada simboliza mejor que la televisión el hecho de que, en gran medida, y atendiendo a su contenido concreto, a los hombres se les dicta desde arriba su vida, la misma que ellos creen poseer y tener que ganarse y a la que toman por lo más próximo y lo más real. La existencia humana individual es, más allá de todo lo imaginable, mera reprivatización; lo más real, aquello a lo que se agarran los hombres, es al mismo tiempo lo más irreal. «La vida no vive.» Tampoco una sociedad transparente desde el punto de vista racional, una sociedad verdaderamente libre, podría zafarse en absoluto a la administración y a la división del trabajo. Pero las administraciones de todos los países de la tierra tienden compulsivamente a autonomizarse respecto de los administrados y a reducirlos a meros objetos de procedimientos regulados abstractamente. Estas tendencias remiten, según Max Weber, a la racionalidad económica medios-fines. Puesto que le es indiferente su fin, la consecución de una sociedad racional, y mientras siga siendo así, esta racionalidad se torna irracional para los sujetos. La figura racional de esta irracionalidad es en muchos sentidos el experto. Su racionalidad se funda en la especialización de los procesos técnicos y los adaptados a éstos, pero también tiene su lado ideológico. Los procesos de trabajo, segmentados en unidades cada vez más pequeñas y tendencialmente desprovistos de cualificación, se aproximan entre sí.

Dado que incluso los procesos e instituciones sociales más poderosos tienen un origen humano, esto es, son esencialmente el producto de la objetivación del trabajo de los hombres, la autonomización del poder es al mismo tiempo ideología, apariencia social necesaria que habría que penetrar y transformar. Pero esta apariencia es para la vida inmediata de los hombres el *ens realissimum*. El peso de las relaciones sociales hace todo lo posible para hacer más densa tal apariencia. Contrariamente a lo que sucedía alrededor de 1848, cuando la relación de clases se manifestó como conflicto entre el grupo inmanente a la sociedad, la burguesía, y el que se hallaba prácticamente excluido de ella, el proletariado, la integración, concebida por Spencer como la ley fundamental de toda socialización, se ha apoderado de la conciencia de

los que son objeto de la sociedad. Contrariamente a la teoría de Spencer, integración y diferenciación ya no están hermanadas. Tanto espontánea como planificadamente, los sujetos se ven impedidos de reconocerse a sí mismos como sujetos. La oferta de mercancías, que los inunda, contribuye tanto a ello como la industria cultural y los innumerables mecanismos directos e indirectos de control intelectual. La industria cultural nació de la tendencia del capital a la explotación. Inicialmente se desarrolló bajo la ley del mercado, bajo el imperativo de adaptarse a sus consumidores, pero después se ha convertido en la instancia que fija y refuerza las formas de conciencia existentes, en el *status quo* del pensamiento. La sociedad necesita que el pensamiento duplique infatigablemente lo que meramente es, porque sin la exaltación de lo siempre igual, si remitiera el empeño de justificar lo existente por el mero hecho de ser, los hombres acabarían quitándoselo de encima.

La integración tiene un alcance mucho mayor. La adaptación de los hombres a las relaciones y procesos sociales, que constituye la historia y sin la que los hombres difícilmente hubieran podido sobrevivir, se ha sedimentado en ellos de tal modo que cada vez les es más difícil librarse de ella, aunque sólo sea en la conciencia, sin enredarse en conflictos pulsionales insoportables. Los hombres —éste es el triunfo de la integración— se identifican, hasta en sus reacciones más internas, con lo que se hace con ellos. Para escarnio de la esperanza de la filosofía, sujeto y objeto están reconciliados. Este proceso vive del hecho de que los hombres deben su vida a aquello mismo que se les inflige. La técnica, fuertemente catectizada*, la atracción que el deporte ejerce sobre las masas, la fetichización de los bienes de consumo, son síntomas de esta tendencia. La cimentación social que anteriormente procuraban las ideologías se ha trasladado, por una parte, a las poderosísimas relaciones sociales existentes como tales, y, por otra, a la constitución psicológica de los hombres. Si el concepto de lo humano, lo que en definitiva importa, se ha convertido en la ideología que encubre el hecho de que los hombres son sólo apéndices de la maquinaria social, podría decirse sin miedo a exagerar que, en la situación actual, son literalmente los hombres mismos, en su ser así y no de otro modo, la ideología que, pese a su manifiesta absurdez, se dispone a eternizar la vida falsa. El círculo se cierra. Se requeriría hombres vivos para transformar

---

* «Besetzung» en el texto. Mediante el concepto de «Besetzung» («catexis»), el psicoanálisis hace referencia a la energía psíquica o «quantum de afecto» con el que están «cargadas» una representación o un conjunto de representaciones. *(N. del T.)*

el actual estado de endurecimiento, pero éste ha calado tan profundamente en su interior, a expensas de su vida y de su individuación, que los hombres apenas parecen ser ya capaces de esa espontaneidad de la que todo dependería. De esto extraen los apologistas de lo existente nuevas fuerzas para revitalizar el argumento de que la humanidad todavía no está madura. El solo hecho de denunciar este círculo supone atentar contra un tabú de la sociedad integral. Cuanto menos tolera aquello que sería verdaderamente distinto, con tanto mayor celo vela por que todo lo que en su seno se piensa y se dice aporte algún cambio particular o, como ellos lo llaman, sea una contribución positiva. El pensamiento queda sometido a la sutil censura del *terminus ad quem:* si se presenta como crítico, debe decir lo que de positivo tiene. Si halla bloqueada dicha positividad, es que es un pensamiento resignado, cansino, como si este bloqueo fuera su culpa y no la signatura de la cosa misma. Pero lo primero que habría que hacer es descubrir la sociedad como bloque universal erigido entre los hombres y en el interior de ellos. Sin esto, toda sugerencia de transformación sólo sirve al bloque, bien como administración de lo inadministrable, bien provocando su inmediata refutación por parte del todo monstruoso. El concepto y la teoría de la sociedad sólo son legítimos si no se dejan seducir por ninguna de las dos cosas, si perseveran negativamente en la posibilidad que les anima: expresar que la posibilidad corre el riesgo de ser asfixiada. Un conocimiento de este tipo, sin anticipación de lo que trascendería esta situación, sería la primera condición para que se deshiciera por fin el hechizo que mantiene cautiva a la sociedad.

1965

Sociología e investigación empírica

1

Los procedimientos reunidos bajo el nombre de sociología como disciplina académica se relacionan entre sí sólo en un sentido sumamente abstracto: todos ellos se ocupan de algún modo de lo social. Pero ni su objeto ni su método son unitarios. Algunos de estos procedimientos se dirigen a la totalidad social y a sus leyes de evolución; otros, en marcada oposición a éstos, abordan fenómenos sociales particulares, prohibiendo, por considerarla especulativa, su remisión a un concepto de sociedad. Los métodos varían en correspondencia con ello. Así, los primeros pretenden arrojar luz sobre el conjunto de la realidad social partiendo de sus condiciones estructurales fundamentales, como por ejemplo las relaciones de cambio; los segundos, por el contrario, rehúsan dicho esfuerzo, aun en el caso de que éste no pretenda en absoluto justificar lo existente desde la soberanía del espíritu, considerándolo como un resto filosófico en la evolución de la ciencia, y se conforman con la mera constatación de lo que hay. A estas dos concepciones les subyacen modelos históricamente divergentes. La teoría de la sociedad procede de la filosofía, pero al mismo tiempo trata de reorientar los planteamientos de ésta, determinando la sociedad como ese substrato al que la filosofía tradicional llamó formas eternas o espíritu. Así como la filosofía desconfió del carácter engañoso de los fenómenos y se entregó a su interpretación, la teoría de la sociedad también desconfía tanto más profundamente de la fachada social cuanto ésta más naturalmente se presenta. La teoría quiere nombrar aquello que secretamente cohesiona el engranaje social. El anhelo del

pensamiento, al que una vez le resultó insoportable la falta de sentido de lo que meramente es, se ha secularizado en el afán de desencantamiento. Su anhelo es levantar la roca bajo la que se incuba la deformidad; únicamente el conocimiento de tal deformidad le garantizaría un sentido. Contra este afán se rebela la investigación sociológica de hechos. El desencantamiento, en la forma en que Max Weber todavía daba por bueno, es para ella tan sólo un modo de encantamiento; y la reflexión sobre lo que impera ocultamente, y que habría que transformar, mera pérdida de tiempo en la labor de cambio de lo manifiesto. Lo que hoy suele recibir el nombre de investigación social empírica, desde el positivismo de Comte tiene como modelo, más o menos abiertamente, las ciencias naturales. Ambas corrientes niegan tener un denominador común. Las reflexiones teóricas sobre el conjunto de la sociedad no pueden hacerse efectivas simplemente a través de hallazgos empíricos: son tan escurridizas como los espíritus en los experimentos parapsicológicos. Todas las ideas sobre la sociedad entendida como un todo trascienden necesariamente sus hechos dispersos. La construcción de la totalidad tiene como su condición primera un concepto de la cosa en torno al cual se organicen los datos dispares. Partiendo de la experiencia viva, no de la que ya está preformada por los mecanismos de control establecidos por la sociedad; del recuerdo de lo que ya se pensó una vez; de la imperturbable consecuencia de la propia reflexión, dicha construcción debe confrontar permanentemente aquel concepto con el material y volverlo a modificar en contacto con éste. Pero la teoría tampoco debe conformarse con esto, a menos que quiera incurrir en ese dogmatismo en cuyo descubrimiento se regocija un escepticismo que ha progresado hasta convertirse en prohibición del pensamiento. Debe transformar los conceptos que, por decirlo así, trae desde fuera, en conceptos propios de la cosa misma, en lo que ésta pretende ser, y confrontarlo con lo que realmente es. Debe disolver la rigidez del objeto fijado aquí y ahora, convirtiéndolo en un campo de tensión de lo posible y lo real: éstos, simplemente para poder ser, se necesitan el uno al otro. Con otras palabras, la teoría es ineludiblemente crítica. Pero, por esta misma razón, las hipótesis derivadas de ella, las predicciones de regularidades, no le son totalmente apropiadas. Lo meramente predecible es ya parte de la maquinaria social, inconmensurable con aquello a lo que apunta la crítica. La barata satisfacción de que las cosas ocurran como la teoría había previsto no puede hacer olvidar a la teoría de la sociedad que, en el mismo momento en que se presenta como hipótesis, transforma su constitución interna. La constatación particular a través de la que se verifica perte-

nece ya al contexto de ofuscación que la teoría querría penetrar. El precio de la obtención de concreción y vinculabilidad es la pérdida de fuerza intelectiva; el que paga el principio por su verificación en el fenómeno es su nivelación con éste. Si, a la inversa, y conforme al uso científico generalizado, se quiere ascender a la totalidad de la sociedad partiendo de datos particulares, en el mejor de los casos se obtiene conceptos generales clasificatorios, pero jamás los que expresan la vida misma de la sociedad. La categoría «sociedad regida por la división del trabajo» es lógicamente superior, más general, que la de «sociedad capitalista», pero no más esencial, sino todo lo contrario, pues dice menos sobre la vida de los hombres y sobre lo que los amenaza, sin que por ello sea preferible una categoría lógicamente inferior como la de «urbanismo». Los niveles de abstracción sociológica no se corresponden sin más, ni por arriba ni por abajo, con su valor cognoscitivo. Por eso cabe esperar tan poco de su unificación sistemática por parte de un modelo como el «funcional» de Parsons. Pero aún menos de las promesas, hechas y aplazadas una y otra vez desde los tiempos más remotos de la sociología, de una síntesis de teoría y empiría, que equiparan incorrectamente teoría y unidad formal y no quieren entender que una teoría de la sociedad depurada de contenidos equivale a un desplazamiento de prioridades. Recuérdese cuán indiferente es recurrir al «grupo» en vez de a la sociedad industrial. La formación de teorías sociales conforme al modelo de los sistemas de clasificación sustituye aquello que prescribe su ley a la sociedad por la más exigua escoria conceptual: empiría y teoría no se dejan disolver en un *continuum*. Frente al postulado de la intuición de la esencia de la sociedad moderna, las investigaciones empíricas son cual gotas en el mar; pero las demostraciones empíricas de leyes estructurales son siempre, de acuerdo con las reglas de juego empíricas, impugnables. De lo que se trata no es de eliminar y armonizar tales divergencias: sólo una concepción armonicista de la sociedad se deja extraviar en este sentido. De lo que se trata es de desplegar fructíferamente las tensiones.

2

Hoy, tras la decepción causada tanto por la sociología entendida como ciencia del espíritu como por la sociología formal, impera la tendencia a conceder la primacía a la sociología empírica. A ello contribuye sin duda su inmediata aplicabilidad práctica, su afinidad con toda administración. No obstante, la reacción ante la arbitrariedad o la

vaciedad de las afirmaciones sobre la sociedad hechas desde arriba es una reacción legítima. Y, sin embargo, la superioridad de los procedimientos empíricos no es algo obvio. No sólo porque hay otros procedimientos además de ellos: la mera existencia de disciplinas y puntos de vista teóricos no sirve como justificación. Sus limitaciones las marca la cosa misma. Paradójicamente, los métodos empíricos, cuya fuerza de atracción procede de su pretensión de objetividad, privilegian —lo que se explica por su origen en los estudios del mercado— lo subjetivo, las actitudes o, cuando más, las formas de comportamiento de los sujetos, abstracción hecha, naturalmente, de datos estadísticos censuales tales como el sexo, la edad, el estado civil, los ingresos, el nivel de formación y criterios similares. En cualquier caso, sólo en este reducido ámbito se preserva hasta ahora su especificidad: en tanto que inventarios de los así llamados hechos objetivos, difícilmente se los podría distinguir de la información precientífica destinada a fines administrativos. En general, la objetividad de la investigación empírica es una objetividad de los métodos, no de lo investigado. Mediante tratamientos estadísticos, y a partir de sondeos realizados sobre un mayor o menor número de individuos, se infieren enunciados que, conforme a las leyes del cálculo de probabilidades, son generalizables e independientes de las variaciones individuales. Pero los valores promedio así obtenidos, por más objetiva que sea su validez, la mayoría de las veces no pasan de ser enunciados objetivos sobre sujetos; sobre cómo éstos ven la realidad y a sí mismos. La objetividad social, la totalidad de las relaciones, instituciones y fuerzas en cuyo seno los hombres actúan, es algo que los métodos empíricos (cuestionarios, entrevistas y cualesquiera sean los modos en que éstos se combinen o se complementen) han ignorado o, a lo sumo, sólo han tenido en cuenta como algo accidental. Los culpables de esto no son exclusivamente los interesados clientes que, consciente o inconscientemente, obstaculizan la clarificación de la realidad social y que, en América, desde el momento mismo de la adjudicación de los proyectos de investigación —sobre los medios de comunicación de masas, por ejemplo—, velan por que tales proyectos se limiten a constatar reacciones dentro del «commercial system» dominante y por que no analicen la estructura y las implicaciones del sistema mismo. Antes bien, son los mismos instrumentos empíricos los que objetivamente están hechos de tal forma que tienden a reconocer como criterios válidos de juicio sobre lo investigado los cuestionarios más o menos tipificados a los que se somete a determinado número de individuos y su tratamiento estadístico, esto es, las opiniones ya extendidas —y como tales preformadas. Ciertamente, en

estas opiniones se refleja también la objetividad social, pero siempre de forma muy incompleta y deformada. En cualquier caso, en comparación con esta objetividad, el peso de las opiniones, actitudes y reacciones subjetivas es secundario, como muestra un simple vistazo al funcionamiento de los trabajadores en sus profesiones. Por más positivistamente que se presenten estos procedimientos de investigación, a todos ellos les subyace implícitamente la idea, derivada de las reglas de juego de la elección democrática y demasiado irreflexivamente generalizada, de que el conjunto de los contenidos conscientes e inconscientes de los hombres que componen un universo estadístico tendría, sin más, un carácter clave para el proceso social. Pese a su objetivización, o más bien en virtud de ésta, los métodos no penetran la objetivización de la cosa misma, particularmente los imperativos de la objetividad económica. Para ellos, todas las opiniones tienen virtualmente idéntico valor, y diferencias tan elementales como las referidas al peso de las opiniones en función del poder social, las captan simplemente a través de perfeccionamientos adicionales, por ejemplo mediante la selección de grupos clave. Lo primario se convierte en secundario. Estos desplazamientos en el interior del método, sin embargo, no son insignificantes en relación con lo investigado. Pese a toda la aversión de la sociología empírica a las antropologías filosóficas puestas en boga al mismo tiempo que ella, comparte con éstas una misma forma de considerar las cosas, como si de lo que se tratara aquí y ahora fuera ya de los hombres, en lugar de determinar a los hombres socializados de hoy como momento de la totalidad social —o, más que nada, como objetos suyos. La coseidad del método, su tendencia inmanente a asegurar hechos, es transferida a su objeto, los hechos establecidos precisamente de forma subjetiva, como si éstos fueran cosas en sí y no más bien cosificaciones. El método amenaza tanto con fetichizar lo estudiado como con degenerar él mismo en fetiche. No en vano —y con todo derecho, de acuerdo con la lógica de los procedimientos científicos de los que hablamos—, en las discusiones sobre investigación social empírica predominan las cuestiones de método sobre las de contenido. En vez de la relevancia de los temas, el criterio lo constituye a menudo la objetividad de los hallazgos que hay que establecer mediante un método; y en la actividad científica concreta, la elección de los temas y la puesta en marcha de las investigaciones se rige, cuando no por exigencias práctico-administrativas, antes por los procedimientos disponibles y, si acaso, por los que hay que perfeccionar, que por la importancia de lo investigado mismo. De ahí la absoluta irrelevancia de tantos estudios empíricos. La definición operacional o instrumental, de

uso generalizado en la técnica empírica, en la que, por ejemplo, una categoría como «conservadurismo» se define a través de las puntuaciones de las respuestas determinadas por la encuesta misma, sanciona el primado del método sobre la cosa y, en definitiva, la arbitrariedad de la organización científica. Se pretende investigar un tema con un instrumento de investigación cuya propia formulación decide qué es lo que hay que investigar: un círculo vicioso. El gesto de honestidad científica, que se niega a trabajar con conceptos que no sean claros y distintos, se convierte en pretexto para dejar de lado lo investigado en favor de una actividad investigadora autosuficiente. Se olvidan, con la arrogancia del ignorante, las objeciones de la gran filosofía contra la práctica de la definición[1]; en nombre de la exactitud científica, las ciencias irreflexivas siguen arrastrando lo que ella proscribió por considerarlo un resto escolástico. Y basta con que después, como resulta casi inevitable, se deduzcan a partir de los conceptos definidos instrumentalmente otros conceptos, aunque sólo sean los convencionalmente usuales, para que la investigación incurra precisamente en esa falta de transparencia que pretendía haber extirpado con sus definiciones.

3

El impedimento para transferir a la sociedad alegremente y sin restricciones el modelo de las ciencias naturales radica en la sociedad misma. Pero no, como pretende la ideología y como racionalizan en Alemania justamente las resistencias reaccionarias a la introducción de las nuevas técnicas, porque la dignidad humana, en cuya destrucción la humanidad se afana, se substraiga a métodos que consideran al hombre como una parte más de la naturaleza. Ofende más a la humanidad la pretensión de dominio que reprime la rememoración de su ser natural, perpetuando de este modo las ciegas relaciones naturales, que el recuerdo de esta su condición. «La sociología no es una ciencia del espíritu»[2]. Puesto que el endurecimiento de la sociedad reduce a los

[1] Cfr., por ejemplo, Kant, *Kritik der reinen Vernunft,* ed. Felix Gross, Leipzig, 1922 *(Sämtliche Werke,* edición Insel, vol. 3), págs. 553 y ss. [trad. esp.: *Crítica de la razón pura,* Madrid, Alfaguara, 1994]; Hegel, *Wissenschaft der Logik,* 2.ª parte, Stuttgart, 1949 (edición conmemorativa), págs. 289 y ss., págs. 292 y ss. [trad. esp.: *Ciencia de la lógica,* Buenos Aires, Hachette, 1956]; así como numerosos pasajes de Nietzsche.

[2] «Soziologie und empirische Sozialforschung», en *Institut für Sozialforschung. Soziologische Exkurse. Nach Vorträgen und Diskussionen,* Fráncfort del Meno, 1956, pág. 112.

hombres cada vez más a objetos y convierte su situación en «segunda naturaleza», los métodos que les hacen ver esto no constituyen sacrilegio alguno. La falta de libertad de los métodos sirve a la libertad de los hombres, al atestiguar sin palabras la falta de libertad imperante. Las reacciones de furia, y otros gestos de rechazo más refinados, desencadenadas por las investigaciones de Kinsey, son el mejor argumento en favor de éste. Allí donde, bajo la presión de la sociedad, los hombres son efectivamente degradados a las «formas de reacción de los batracios»[3], convirtiéndolos en consumidores forzosos de los medios de comunicación de masas y de otros placeres reglamentados, los sondeos de opinión, que provocan la indignación de un humanismo desfalleciente, son más adecuados a la cosa que pueda serlo, por ejemplo, una sociología «comprensiva»: el substrato de la comprensión, el comportamiento humano coherente y dotado de sentido, ha sido sustituido en los sujetos por la mera reacción. Una ciencia social atomística y que a la vez, mediante la clasificación, asciende de los átomos a las generalidades, es el espejo de Medusa de una sociedad a la vez atomizada y organizada conforme a conceptos clasificatorios abstractos, los de la administración. Pero esta *adaequatio rei atque cogitationis* precisa todavía de la autorreflexión para ser verdadera. Su legitimidad es únicamente crítica. En cuanto la situación que los métodos de investigación empírica descubren y expresan se hipostatiza como razón inmanente de la ciencia en vez de convertirla en objeto del pensamiento, se contribuye, quiérase o no, a su eternización. En ese caso, la investigación social empírica toma incorrectamente el epifenómeno, lo que el mundo ha hecho de nosotros, por la cosa misma. Su aplicación presupone algo que no habría que deducir tanto de las exigencias del método cuanto del estado de la sociedad, es decir, históricamente. El método cósico postula la conciencia cosificada de sus sujetos de experimentación. Cuando un cuestionario investiga el gusto musical introduciendo la posibilidad de elegir entre las categorías «classical» y «popular», da por cierto —y con razón— que el público investigado escucha según estas categorías, del mismo modo que cuando se conecta la radio se percibe automáticamente si se ha dado con un programa de canciones de éxito, con música supuestamente seria o con la música que acompaña a un acto religioso. Pero mientras no se dé con

[3] Cfr. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente,* Amsterdam, 1947, pág. 50. [Trad. esp.: Max Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos,* Madrid, Trotta, 1994.]

las condiciones sociales de estas formas de reacción, dicho hallazgo, que es correcto, induce también a error; sugiere que la división de la experiencia musical en «classical» y «popular» es algo último, natural. La cuestión socialmente relevante, sin embargo, comienza exactamente cuando se aborda esa escisión, su eternización como algo obvio, y de este modo trae consigo necesariamente la cuestión de si la percepción de la música bajo el *a priori* de tales divisiones no afecta acaso del modo más profundo a la experiencia espontánea de lo percibido. Solamente la comprensión de la génesis de las formas de reacción existentes y su relación con el sentido de lo experienciado podría permitir descifrar el fenómeno registrado. Pero la costumbre empírica imperante rechazaría la pregunta por el sentido objetivo de la manifestación artística, despacharía ese sentido como mera proyección subjetiva de los oyentes y privaría de sus cualidades a la obra, degradándola a simple «estímulo» de un experimento psicológico. De este modo abortaría de antemano la posibilidad de estudiar la relación de las masas con las mercancías que les impone la industria cultural; las mismas mercancías vendrían definidas por las reacciones de las masas, cuya relación con las mercancías habría que discutir. Pero, actualmente, trascender la investigación aislada sería tanto más urgente cuanto que, en virtud de la progresiva integración comunicativa de la población, la preformación de su conciencia es tan grande y completa que apenas permite ya darse cuenta de ella. Hasta un sociólogo positivista como Durkheim, que coincidía con la *social research* en el rechazo de la «comprensión», estableció correctamente un vínculo entre las leyes estadísticas, a las que también él se entregó, y la *contrainte sociale*[4], viendo en ésta el criterio de la legalidad general de la sociedad. La investigación social contemporánea niega esta conexión, pero con ella sacrifica también la de sus generalizaciones con las determinaciones estructurales concretas de la sociedad. Pero si tales perspectivas son relegadas —por ejemplo, como tareas de futuras investigaciones especiales—, el reflejo científico se queda en realidad en mera duplicación, en apercepción cosificada de lo cósico, y deforma su objeto precisamente mediante tal duplicación, convierte por arte de encantamiento lo mediato en inmediato. Para corregir esto no basta, como pensó ya Durkheim, con distinguir desde un punto de vista descriptivo entre el «ámbito de lo general» y el «ámbito de lo singular». Más bien habría que mediar la relación de ambos ámbitos, fundamentarla teóricamente. La oposición entre análisis

---

[4] Émile Durkheim, *Les Règles de la méthode sociologique,* París, 1950, págs. 6 y ss. [Trad. esp.: *Reglas del método sociológico,* Madrid, Alianza, 1994.]

cuantitativo y análisis cualitativo no es absoluta: no es algo último en la cosa misma. Para poder formular enunciados cuantitativos, antes es necesario hacer abstracción de las diferencias cualitativas de los elementos; y todo fenómeno social singular lleva consigo las determinaciones generales a las que se refieren las generalizaciones cuantitativas. Las mismas categorías de estas generalizaciones son siempre cualitativas. Un método que no comprenda esto y que, por ejemplo, rechace el análisis cualitativo por considerarlo incompatible con la naturaleza del ámbito de lo general, hace violencia a aquello que ha de investigar. La sociedad es una; incluso allí donde hoy todavía no alcanzan los grandes poderes de la sociedad, los ámbitos «no desarrollados» y aquellos que ya se han abierto a la racionalidad y a la uniformización introducida por la socialización mantienen entre sí una relación funcional. La sociología que no reconoce esto y se conforma con el pluralismo metodológico —al que después justifica, por ejemplo, con conceptos tan pobres e insuficientes como inducción y deducción[5]—, en su afán por decir lo que es, se pone al servicio de lo que es. Se convierte en ideología en sentido estricto, en apariencia necesaria. Apariencia, porque la pluralidad de métodos no logra dar con la unidad del objeto y la oculta detrás de los llamados factores en los que divide al objeto en pro de su manejabilidad; necesaria, porque el objeto, la sociedad, nada teme tanto como ser llamado por su propio nombre, y por ello, fomenta y tolera espontáneamente sólo aquellos conocimientos de sí misma en los que logra escabullirse. El par conceptual inducción y deducción es el sucedáneo científico de la dialéctica. Así como una teoría social, para ser verdadera, ha de haberse empapado del material, así el *factum* que se elabora debe traslucir ya la totalidad social en virtud del proceso que lo capta. Pero si el método lo ha convertido en *factum brutum,* después ya no podrá arrojar luz sobre él. En la rígida contraposición y complementariedad de sociología formal y ciega constatación de hechos desaparece la relación entre lo universal y lo particular, relación que anima la sociedad y que por esta razón constituye el único objeto digno de la sociología. Pero si, por el contrario, posteriormente se junta lo que ya ha sido separado, el carácter escalonado del método invierte la relación real. El celo con el que inmediatamente se vuelve a cuantificar los hallazgos cualitativos no es casual. La ciencia, en tanto que sistema coherente, quisiera borrar de la

---

[5] Cfr. Erich Reigrotzki, *Soziale Verflechtungen in der Bundesrepublik,* Tubinga, 1956, pág. 4.

faz del mundo la tensión entre lo universal y lo particular, cuando lo que confiere unidad a este mundo es precisamente la contradicción.

4

Este carácter contradictorio es la razón por la que el objeto de la sociología, la sociedad y sus fenómenos, no posee el tipo de homogeneidad con la que pudo contar la denominada ciencia natural clásica. En sociología no es posible ascender a enunciados de validez universal —siquiera restringida— a partir de enunciados particulares sobre hechos sociales en la misma medida en que, por ejemplo, de la observación de las propiedades de un trozo de plomo se acostumbraba a concluir las del plomo en general. La generalidad de las leyes de la ciencia social no puede entenderse en absoluto como la de un universo conceptual en el que sus partes se integran armónicamente, sino que se refiere siempre, y esencialmente, a la relación de lo universal y lo particular en su concreción histórica. Esto es lo que prueba, negativamente, la no homogeneidad del estado de la sociedad —la «anarquía» de la historia entera hasta hoy mismo—, del mismo modo que, positivamente, el momento de espontaneidad, imposible de captar mediante la ley de los grandes números. Excluir el mundo humano de la regularidad y constancia relativas de los objetos de las ciencias matemáticas de la naturaleza, o al menos de la «macrofísica», no significa exaltarlo. La naturaleza antagónica de la sociedad es fundamental, y esto es precisamente lo que la mera generalización escamotea. Es la homogeneidad, antes que su defecto, lo que requiere una explicación, pues es ella la que somete la acción humana a la ley de los grandes números. Su aplicabilidad contradice el *principium individuationis;* contradice, pese a todo, algo imposible de obviar: el hecho de que los hombres no son simples especímenes. Sus comportamientos están mediados por la razón. Ciertamente, ésta contiene en sí misma un momento de universalidad, que sin duda puede reflejarse después en la generalidad estadística; pero al mismo tiempo dicho momento está especificado por el conjunto de los intereses de cada individuo, que en la sociedad burguesa son divergentes y, pese a toda uniformización, tendencialmente opuestos; por no hablar de la irracionalidad que la sociedad impone y reproduce en los individuos. Sólo la unidad del principio de una sociedad individualista unifica los intereses dispares de los individuos como su «opinión». Ciertamente, la fórmula hoy tan extendida del átomo social expresa adecuadamente la impotencia del individuo fren-

te al todo, pero esta fórmula no pasa de ser una metáfora comparada con el concepto científico-natural de átomo. La igualdad de las unidades sociales mínimas, los individuos, incluso ante la pantalla de televisión, no puede sostenerse seriamente con el mismo rigor como en relación con la materia fisicoquímica. La investigación social empírica, sin embargo, procede como si tomara al pie de la letra la idea de átomo social. Su relativo éxito en el uso de esta fórmula dice algo crítico sobre la sociedad. Las leyes generales, que privan de sus cualidades a los elementos estadísticos, prueban que lo universal y lo particular no están reconciliados, que en la sociedad individualista el individuo está sometido ciegamente a lo universal, que él mismo está privado de cualidades. La fórmula del «carácter como máscara» social señaló ya este hecho; el empirismo actual lo ha olvidado. La uniformidad del comportamiento social es fundamentalmente el reflejo de la presión social. Si la investigación social empírica, en su concepción del ámbito de lo general, puede pasar tan soberanamente por encima de la individuación, es únicamente porque, hasta ahora, ésta no ha sido más que ideología, pues los hombres todavía no son verdaderamente tales. En una sociedad liberada, la estadística sería positivamente lo que hoy es negativamente, a saber, una técnica de administración, pero de la administración de las cosas, de los bienes de consumo, no de los hombres. Pese a su funesto anclaje en la estructura social, la investigación social empírica debería ser capaz de autocrítica, pues las generalizaciones que obtiene no pueden atribuirse sin más a la cosa misma, el mundo estandarizado, sino también a su método, en el que la misma generalidad de las cuestiones que plantea a los individuos o su limitada selección —las «cafeteria questions»— preforma de tal modo lo investigado —por ejemplo, las opiniones que hay que indagar— que lo convierte en átomo.

5

Comprender la no homogeneidad de la sociología en tanto que agregado de ciencias y, por lo tanto, la divergencia categorial, no solamente gradual y salvable a voluntad, existente entre disciplinas como la teoría de la sociedad, el análisis de relaciones e instituciones sociales objetivas y la investigación social en sentido estricto —de orientación subjetiva—, no significa necesariamente conformarse con la estéril separación de dichas disciplinas. Ciertamente, no hay por qué respetar la exigencia formal de unidad de una ciencia que lleva en sí misma las huellas de una arbitraria división del trabajo y que no puede pretender

acceder aproblemáticamente a preciadas totalidades cuya existencia social es absolutamente dudosa. Con todo, la vinculación crítica de métodos sociológicos dispares es exigida materialmente por la meta misma del conocimiento. Frente a la trabazón específica de la teoría social con intereses sociales particulares, un correctivo como el que ofrecen los métodos de investigación empírica es saludable, por mucho que éstos estén también ligados, desde el punto de vista de su estructura «administrativa», a intereses particulares. Hay una enorme cantidad de enunciados teórico-sociales —mencionemos solamente, a título de prueba, los de Max Scheler sobre las formas típicas de conciencia de la clase inferior[6]— que podrían contrastarse y quedar refutados mediante investigaciones rigurosas. E inversamente, la *social research* ha de confrontarse con la teoría y conocer las formaciones sociales objetivas, a menos que quiera condenarse a la irrelevancia o condescender ante consignas apologéticas como las hoy tan populares sobre la familia. La *social research,* en su aislamiento, se torna falsa tan pronto como desea suprimir la totalidad considerándola como un prejuicio metafísico, por el hecho de que ésta se substrae por principio a sus métodos. Cuando así lo hace, la ciencia claudica ante el mero fenómeno. Tabuizando la pregunta por la esencia como una ilusión, como algo que su método es incapaz de resolver, los plexos esenciales —aquello verdaderamente importante en la sociedad— se protegen *a priori* del conocimiento. Ocioso es preguntar si estos plexos esenciales son «reales» o si, por el contrario, son puras formaciones conceptuales. Quien atribuye carácter conceptual a la realidad social no tiene por qué temer la objeción de idealismo. Y no me refiero tanto a la constitución conceptual del sujeto cognoscente como a la que impera en la cosa misma: en la doctrina de la mediación conceptual de todo cuanto es, Hegel ha apuntado también a algo decisivo desde el punto de vista de la realidad. La ley que guía el fatal destino de la humanidad es la del intercambio. Pero esta ley no es pura inmediatez, sino algo conceptual: el acto de cambio implica la reducción de los bienes intercambiados a su equivalente, algo abstracto, en modo alguno, como suele decirse, material. Esta mediación conceptual, sin embargo, no es en absoluto una simple generalización de expectativas promedio, una fórmula introducida extrínsecamente por la ciencia fundadora de orden, sino que la so-

[6] Cfr. Max Horkheimer, *Ideologie und Handeln,* en Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Sociologica II. Reden und Vorträge,* Fráncfort del Meno, 1962, págs. 41 y ss. [Trad. esp.: «Ideología y acción», en Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Sociologica,* Madrid, Taurus, 1979, págs. 43 y ss.]

ciedad misma se rige por ella, siendo también la que procura el modelo objetivamente válido de todo lo que de esencial ocurre en la sociedad, un modelo independiente tanto de la conciencia del individuo sometido a ella como de la conciencia del investigador. Podría decirse que, frente a la realidad corpórea y a los sólidos datos, esta esencia conceptual es apariencia, porque el cambio de equivalentes es verdad y, al mismo tiempo, no lo es. Pero no es apariencia en el sentido de que fuera producto de la sublimación de lo real por parte de la ciencia en su función de ordenación de la realidad, sino que es inmanente a ésta. Decir que las leyes sociales son irreales es legítimo únicamente si se hace con una intención crítica, con referencia al carácter fetichista de la mercancía. El valor de cambio, que frente al valor de uso es algo meramente pensado, domina las necesidades humanas y las suplanta; la apariencia domina la realidad. En esta medida, la sociedad es el mito y su clarificación racional es tan perentoria hoy como ayer. Pero, al mismo tiempo, esa apariencia es lo más real, la fórmula con la que el mundo quedó hechizado. Su crítica nada tiene que ver con la crítica positivista de la ciencia, según la cual la realidad objetiva del cambio no ha de entenderse verdaderamente como algo real, cuando en verdad es precisamente la realidad la que corrobora permanentemente su validez. Si el empirismo sociológico aduce que la ley no es algo realmente existente, señala involuntariamente algo de la apariencia social ínsita en la cosa, pero lo achaca incorrectamente al método. Es justamente el pretendido antiidealismo científico el que termina por contribuir a la pervivencia de la ideología. Ésta habría de ser inaccesible a la ciencia, pues no es un *factum;* pero nada hay más poderoso que la mediación conceptual, que presenta engañosamente a los hombres el ser para otro como ser en sí y les impide tomar conciencia de las condiciones en las que viven. Tan pronto como la sociología se cierra al conocimiento de esta realidad, resignándose a registrar y ordenar lo que ella llama *factum,* y confunde las reglas que obtiene con la ley que rige los hechos mismos y su acontecer, se convierte, aun sin saberlo, en justificación. En las ciencias sociales, a diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, no puede avanzarse desde la parte al todo, pues en ellas el momento conceptual del todo tiene una lógica que nada tiene que ver con la unidad de notas común a los elementos particulares, y este todo, precisamente en virtud de su mediación conceptual, tampoco tiene nada en común con esas «totalidades» y formas que se presentan siempre como algo inmediato; la sociedad se asemeja antes a un sistema que a un organismo. La investigación empírica que, rehusando la teoría, se limita a operar con meras hipótesis, es ciega ante la so-

ciedad como sistema, que constituiría su objeto más propio, porque este objeto no es igual a la suma de las partes, porque no las subsume en sí mismo, ni se asemeja a un mapa con sus países y fronteras, con sus «tipos y costumbres». La sociedad no es un atlas social, ni en sentido literal ni en sentido figurado. Puesto que la sociedad no se reduce a la vida inmediata de sus miembros ni a los hechos subjetivos y objetivos relacionados con ella, toda investigación que se limite a describir esas formas de inmediatez yerra el blanco. Pese a la cosificación del método y justamente en virtud de tal cosificación, el ídolo de lo constatable, la investigación empírica introduce una apariencia de vida, una especie de cercanía del cara a cara, cuya disolución no sería precisamente la tarea más irrelevante del conocimiento social, si no fuera porque dicha apariencia fue disuelta hace ya mucho tiempo. Pero esta tarea es hoy reprimida. La culpa la tienen igualmente la exaltación metafísica del *Dasein* y la tozuda descripción de lo que es el caso. Pero, por otra parte, la práctica concreta de la investigación sociológica ni siquiera se corresponde con su propio reconocimiento de la necesidad de las hipótesis. Aunque se concede, de mala gana, su necesidad, se desconfía de cada una de ellas, pues podrían convertirse en «bias», menoscabar la objetividad de la investigación[7]. A esta concepción le subyace una «teoría residual de la verdad», según la cual ésta sería lo que queda tras restar el añadido supuestamente subjetivo o, por decirlo así, los costes de producción. Las ciencias sociales todavía no han asimilado la idea, familiar a la psicología desde Georg Simmel y Freud, de que la validez de la experiencia, en la medida en que su objeto —la sociedad en este caso— está esencialmente mediado por la subjetividad, aumenta con la participación subjetiva del sujeto cognoscente, y no al contrario. Tan pronto como se suspende el sano sentido común en favor del gesto responsable del investigador, se recurre a procedimientos que prescindan en lo posible de hipótesis. La investigación social empírica debería deshacerse totalmente del prejuicio de que la investigación habría de comenzar como una *tabula rasa* en la que ir disponiendo los datos hallados sin partir de supuesto alguno, y naturalmente debería acordarse de las controversias epistemológicas mantenidas durante tanto tiempo, que la conciencia disneica olvida demasiado fácilmente apelando a las urgentes exigencias técnicas. A la ciencia escéptica le convendría ser escéptica ante su propio ideal ascético. La idea de

[7] Cfr., por ejemplo, René König, «Beobachtung und Experiment in der Sozialforschung», en *Praktische Sozialforschung*, Colonia, 1956, II, pág. 27.

que un investigador necesitaría un 10% de inspiración y un 90% de transpiración, que tanto gusta de citarse, es servil y su objetivo es prohibir el pensamiento. Hace ya tiempo, el abnegado científico respondía principalmente a un trabajo mal pagado renunciando a los pensamientos, de los que de todos modos carecía. Hoy, cuando el jefe de oficina, mejor pagado, ha sucedido al científico, la falta de espíritu no solamente se celebra como virtud de quien se integra modesta y armoniosamente en un *team,* sino que además se institucionaliza normando el curso de la investigación, que apenas conoce ya la espontaneidad del individuo más que como factor perturbador. Pero la antítesis entre sublime inspiración y concienzudo trabajo de investigación es absurda. Las ideas, aunque surjan repentinamente, no caen del cielo, sino que cristalizan a través de largos procesos subterráneos. Lo súbito de lo que los técnicos de *research* llaman despectivamente intuición representa la erupción de la experiencia viva a través de la endurecida costra de la *communis opinio;* es el respiro de lo que se opone a ésta, y no privilegiados instantes de gracia, lo que permite al pensamiento no reglamentado ese contacto con la realidad esencial que suele ser irremediablemente saboteado por el hipertrofiado aparato que se interpone entre ellos. Inversamente, el celo científico es también siempre, al mismo tiempo, trabajo y esfuerzo del concepto, lo contrario de ese proceder mecánico y ciego con el que se lo identifica. La ciencia sería: descubrir la verdad y la falsedad de lo que el fenómeno considerado pretende ser por sí mismo; y no hay conocimiento que, en virtud de la distinción entre lo verdadero y lo falso que le es inmanente, no sea al mismo tiempo crítico. Sólo una sociología que dinamizara las petrificadas antítesis de su organización se recobraría a sí misma.

6

La diferencia categorial entre las disciplinas queda confirmada por el hecho de que, hasta hoy, pese a los intentos aislados, no se ha conseguido aquello de lo que verdaderamente se trataría, a saber: conectar las investigaciones empíricas con planteamientos teóricos fundamentales. El requisito más modesto de la investigación social empírica y, al mismo tiempo, el más plausible —en el sentido de la crítica inmanente y también de acuerdo con las reglas de juego de la «objetividad»—, sería confrontar todos sus enunciados sobre la conciencia y el inconsciente de los hombres y de los grupos humanos con los datos objetivos que probaran su existencia. Lo que en el ámbito de la investigación social se considera meramente accidental, simple *background study,*

constituye la condición de posibilidad para dar con lo esencial. Inevitablemente, de entre todos esos datos, la investigación empírica comenzará primando los relacionados con las opiniones, los sentimientos y los comportamientos subjetivos de los individuos estudiados, pero estas mismas relaciones llegan tan lejos que, en verdad, dicha confrontación no debería conformarse con el conocimiento de determinadas instituciones aisladas, sino que habría de recurrir a la estructura de la sociedad: la dificultad categorial no se soslaya comparando determinadas opiniones y determinadas condiciones. Pero, incluso bajo esta seria restricción, los resultados de los sondeos de opinión adquieren un valor distinto tan pronto como se los mide con la realidad a la que las opiniones se refieren. Las diferencias así extraídas entre la objetividad social y la conciencia de esa objetividad, sea cual sea su grado de generalización, representan para la investigación social empírica un paso adelante en el conocimiento de la sociedad: en el conocimiento de las ideologías, de su génesis y de su función. Tal conocimiento sería sin duda el objetivo más propio, aunque ciertamente no el único, de la investigación social empírica. No obstante, tomado aisladamente, no tiene autoridad sobre el conocimiento de la sociedad: las mismas leyes del mercado, en cuyo sistema se integra irreflexivamente, todavía son simple fachada. Así, por ejemplo, aunque una encuesta indicara con una evidencia estadística aplastante que los trabajadores ya no se tienen a sí mismos por trabajadores y niegan que siga habiendo algo así como el proletariado, esto no constituiría una demostración de la inexistencia del proletariado. Esos datos subjetivos deberían más bien compararse con datos objetivos, como por ejemplo el lugar de los encuestados en el proceso de producción, su posesión o no de los medios de producción, su poder o impotencia sociales. Naturalmente, en esta comparación los datos empíricos sobre los sujetos conservarían su relevancia. No simplemente habría que preguntar, al modo de la doctrina de las ideologías, cómo se han producido tales contenidos de conciencia, sino también si su existencia no ha modificado esencialmente la objetividad social. Sólo el dogmatismo más delirante podría desatender la naturaleza y la autoconciencia de los hombres que en ellos se manifiesta, por más que éstas estén producidas o reproducidas socialmente. La existencia de dichos contenidos de conciencia es también un momento de la totalidad social, bien como elemento de afirmación de lo existente, bien como potencial de la otra realidad. No sólo la teoría, también su ausencia se transforma en poder material tan pronto como apresa a las masas. La investigación social empírica es capaz de corregir esto no sólo porque impide ciegas construcciones teó-

ricas realizadas desde arriba, sino también desde el punto de vista de la relación entre esencia y fenómeno. Si la teoría de la sociedad debe relativizar críticamente el valor cognoscitivo del fenómeno, la investigación empírica, por su parte, debe impedir la mitologización del concepto de ley esencial. El fenómeno es siempre manifestación de una esencia, no mera apariencia. Sus transformaciones no son irrelevantes en relación con la esencia. Si efectivamente nadie supiera ya que es un trabajador, este hecho afectaría a la constitución interna del concepto de trabajador, aun cuando su definición objetiva —su separación de los medios de producción— conservara su validez.

7

La investigación social empírica no puede eludir la realidad de que todos los hechos estudiados por ella, los subjetivos no menos que los objetivos, están mediados por la sociedad. Lo dado, los hechos con los que da y que, conforme a sus métodos, considera como algo último, no son verdaderamente nada último, sino algo condicionado. Por eso no debe confundir lo que constituye la base de su conocimiento —lo dado, que su método se esfuerza por alcanzar— con la realidad, con el ser en sí de los hechos, con su inmediatez sin más, con su carácter de fundamento. Pero puede librarse de esta confusión haciendo más sofisticados sus métodos y disolviendo la inmediatez de los datos. De ahí la importancia fundamental de los análisis motivacionales. Evidentemente, éstos apenas pueden apoyarse en preguntas directas, y las correlaciones muestran siempre relaciones funcionales, pero no explican dependencias causales. Ésta es la razón por la que el desarrollo de métodos indirectos ofrece esencialmente a la investigación social empírica la oportunidad de ir más allá de la mera constatación y tratamiento estadístico de hechos superficiales. Pero la dificultad epistemológica para su autocrítica sigue estribando en que los hechos registrados no reflejan fielmente la realidad social subyacente, sino que al mismo tiempo son el velo tras el que ésta se oculta de forma necesaria. Así pues, en relación con los resultados de lo que no por casualidad se llama «sondeo de opinión», es válido el juicio sobre la opinión pública que Hegel expresa en la *Filosofía del derecho:* según él, ésta merece tanto que se la aprecie como que se la menosprecie[8]. Que se la aprecie,

---

[8] Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts,* ed. Georg Lasson, Leipzig, 1921, § 318, pág. 257. [Trad. esp.: *Principios de filosofía del derecho,* Barcelona, Edhasa, 1988.]

porque también las ideologías, en tanto que conciencia necesariamente falsa, son parte de la realidad social, que ha de conocer quien quiera conocer esta realidad. Pero que se la menosprecie: que se someta a crítica su pretensión de verdad. La investigación social empírica se convierte en ideología tan pronto como absolutiza la opinión pública. El responsable de este extravío es un concepto nominalista e irreflexivo de verdad, que introduce erróneamente la *volonté de tous* como la verdad sin más porque no se dispondría de otro. Esta tendencia está particularmente acentuada en la investigación empírica americana. No obstante, a ésta no habría que contraponer dogmáticamente una *volonté générale* como la verdad en sí —por ejemplo, postulando «valores». Esta forma de proceder seguiría adoleciendo de la misma arbitrariedad que la instauración de la opinión generalizada como lo objetivamente válido: desde Robespierre, la imposición por decreto de la *volonté générale* ha causado, si cabe, más desastres históricos que la adopción irreflexiva de la *volonté de tous.* Esta funesta alternativa sólo podría evitarse con el análisis inmanente, examinando la verdad o falsedad de la opinión y de su relación con la cosa, no oponiendo abstractamente a la opinión lo objetivamente válido. La opinión no ha de rechazarse con arrogancia platónica, hay que deducir su falsedad a partir de la verdad: a partir de la realidad social subyacente, y en última instancia a partir de la falsedad de esta realidad. Pero, por otra parte, la opinión media no es ningún índice de la verdad, sino de la apariencia social media. De ésta son parte los encuestados mismos, los sujetos, que la investigación social irreflexiva considera como su *ens realissimum.* Su propia naturaleza, su ser sujetos, depende de la objetividad, de los mecanismos a los que obedecen, y que constituyen su concepto. Pero éste sólo puede determinarse captando en los mismos hechos la tendencia que lleva más allá de ellos. Ésta es la función de la filosofía en la investigación social empírica. Si esta función se omite o se frena, si lo único que se hace es reproducir los hechos, esta reproducción es al mismo tiempo un falseamiento ideológico de los hechos.

1957

Sobre la objetividad en ciencias sociales

En la evolución de las ciencias sociales después de Durkheim, en la que éste, el positivista, ha sido tildado de metafísico por su concepción de la objetividad social, de modo parecido a como él mismo tildó a Comte, se ha expresado de forma paradójica la primacía de esa objetividad. Por una parte, ésta se ha vuelto tan omniabarcante y total que el conocimiento apenas encuentra ya un δός μοι ποῦ στῶ desde el que poder concretar esa primacía conforme a los criterios científicos corrientes. Así, todo aquel conocimiento que resulta incómodo es despreciado como falto de cientificidad. Por otra parte, el comportamiento constatable y mensurable de los sujetos está separado de lo universal por el dictado de éste como por un velo impenetrable. Lo universal es hasta tal punto el caso que no deja lugar para lo que no sea el caso. Cuanto más absoluta es la totalidad objetiva, tanto más servilmente se ve reducido el sujeto cognoscente a su forma de reflexión subjetiva: la monadología en la que Leibniz identificó lo universal como contenido inconsciente de las particularidades sin ventanas. El todo, omnipotente, se torna invisible. En la distinción rousseauniana de *volonté générale* y *volonté de tous* está presente ya su divergencia, pero evidentemente en esta distinción todavía se da prioridad al universal que se impone objetivamente, el cual no coincide con la suma de los contenidos de la conciencia subjetiva. Sin lugar a dudas, el miedo al abuso que cometería la teoría si también ella procediera a la exaltación totalitaria de lo universal, en la que se acumulan las fuerzas sociales contra lo particular, ha contribuido a reducir ciegamente el todo a sus correlatos individuales. La teoría del antipsicólogo Max Weber sobre la comprensión de la acción social también fue víctima de esta ofusca-

ción. Esta teoría se prestó completamente a fines apologéticos cuando, en pro de la pura objetividad científica, se eliminó el recuerdo de la objetividad del objeto, de la sociedad misma. Así, quienes negaban que hubiera algo que comprender, expulsaron también a los infiernos la comprensión misma. Dado que el mecanismo objetivo de la sociedad es imposible de captar adecuadamente en los comportamientos subjetivos aislados, se otorga la máxima objetividad científica a lo general extraído por abstracción del universo de los comportamientos subjetivos, y la objetividad social misma, que no sólo determina los comportamientos subjetivos, sino también los planteamientos científicos, es difamada como superstición. Desde el punto de vista ideológico, esto ofrece la ventaja de poder sustituir la teoría crítica de la sociedad por esquemas de ordenación conceptual, que a su vez no son más que clasificaciones de datos subjetivos. Pese a la teoría material de la conciencia colectiva, cuyo ejemplo más famoso es la constancia de los índices de suicidio; pese a su herencia, si se quiere, hegeliana, el propio Durkheim comparte esta misma tendencia: de forma bastante sorprendente, su método concibe el espíritu objetivo de una colectividad como valor medio y opera estadísticamente. Con lo que, de haber sido consecuente, habría vuelto a quedar encadenado precisamente a esos hechos psicológicos que él mismo discute en nombre de la primacía de lo universal: «El conjunto de las creencias y los sentimientos comunes a la media de los miembros de una misma sociedad forma un sistema determinado que tiene vida propia; podemos denominarlo la conciencia colectiva media. Sin duda, su substrato no es un órgano único; por definición, esta conciencia se extiende de forma difusa en toda la sociedad; no obstante, tampoco carece de características específicas que la determinan como realidad distinta. En efecto, esta conciencia colectiva es independiente de las condiciones particulares en las que se hallan los individuos; éstos pasan, y ella queda... Asimismo, esta conciencia no cambia de generación en generación, sino que liga entre sí a las generaciones sucesivas. Por tanto, aunque sólo se realiza en los individuos, es totalmente distinta de las conciencias particulares. Constituye el tipo psíquico de la sociedad y, al igual que los tipos individuales, tiene sus propias características, sus condiciones de existencia y su desarrollo específico, sólo que de otro modo»[1]. Esta cosificación del espíritu colectivo, sin duda totalmente adecuada al objeto estudiado, se co-

---

[1] Émile Durkheim, *De la division du travail social,* 4.ª ed., París, 1922, pág. 46 [en francés en el texto]. [Trad. esp.: *La división del trabajo social,* Madrid, Akal, 1987.]

rresponde con demasiada exactitud con el método durkheimiano del *chosisme* como para que no se la pueda considerar asimismo como función de éste, como función de un método que, pese a todo *parti pris* por el gran número, tiene su fundamento en datos subjetivos aislados. El que la sociedad tienda a cancelar las categorías mediadoras y a imponer por la fuerza la identidad, no libra a la reflexión teórica de la pregunta por la mediación entre los datos y la ley. En el nominalista Durkheim, el primado de lo universal es casi un milagro. No se le puede negar el mérito de haber defendido de la socavación subjetiva —que acompaña a la depotenciación real de los sujetos— la objetividad científica de lo que Hegel entendió metafísicamente como el espíritu del mundo o el espíritu de la época. Pero también él condescendió a ese modo de pensamiento para el que la objetividad en sí del «espíritu» —esto es, de la sociedad— y el supuesto ser para sí de los individuos permanecen absolutamente χωρίς. Le faltaba el órgano para captar la reciprocidad existente entre los momentos antagónicos. El concepto durkheimiano de *faits sociaux* es totalmente aporético: transforma la negatividad, la opacidad de la sociedad y su dolorosa extrañeza para el individuo, en este precepto metódico: no debes comprender. Con su mentalidad positivista, Durkheim duplica el mito subsistente, la sociedad como destino. Así, la doctrina de los *faits sociaux* da forma a un contenido de experiencia. En efecto, en la medida en que el particular no se reconoce en el universal, al individuo le resulta incomprensible lo que la sociedad le inflige: pero precisamente por esto la ciencia tendría que comprender esta incomprensibilidad, en vez de adoptarla como su propio principio. Lo que Durkheim considera como lo específicamente social, la impenetrabilidad de la norma y la inexorabilidad de las sanciones, no constituye criterio metódico alguno, sino que es un aspecto fundamental del objeto que es la sociedad, obstinada manifestación del antagonismo. Durkheim la describe pasivamente, en lugar de desplegarla a partir de su propio concepto. Por eso es presa de la ideología. En virtud del instrumental conceptual, el en sí inmediato del espíritu colectivo se convierte en algo tan sacrosanto como sólo pudo haberlo sido para los australianos estudiados.

La ilusión de la que es víctima el nominalismo, el enemigo de las ilusiones, es palpable en la insuficiencia de los métodos científicos que postula para abordar la sociedad contemporánea. La crítica de los métodos empíricos de investigación, cuyas pretensiones son cada vez más totalitarias, no precisa en absoluto comenzar demostrando la superficialidad y la falta de espíritu de la actividad investigadora corriente. Ésta ha de ser medida con su propio rasero. Según las reglas de juego

de los estudios empíricos del mercado, la ciencia debe abordar su material sin prejuicios, sin teorías preconcebidas, en definitiva irreflexivamente; debe definir sus conceptos a través de sus propios instrumentos de investigación, no a través de lo investigado, y el pensamiento ha de restringir su actividad al registro y clasificación de datos. Conforme a las reglas de la *social research,* que constituyen un corpus metodológico cerrado, concebir e indagar los hábitos de consumo con las categorías de una teoría como la de Freud, que en el fondo también es positivista, es pura metafísica. Sin embargo, de acuerdo con los criterios de predicción de tales reacciones acordes con el nominalismo, los procedimientos sospechosos de especulación y tachados de *deep stuff* han demostrado ser más eficaces que la *tabula rasa* del cientificismo. El concepto ha mostrado ser más adecuado a la realidad que su supresión, que se interpreta a sí misma como absoluta adecuación a la *res.* Los estudios del mercado realizados desde un punto de vista psicoanalítico no son menos técnicos que la investigación empírica ortodoxa, y aventajan incluso a ésta en lo que respecta a la manipulación de los sujetos, a cuya opinión los empiristas dan trato de rey, de modo parecido a como las grandes multinacionales tratan a los clientes en sus reclamos publicitarios. Pero lo que se pone de manifiesto en las disputas técnicas vale ante todo en relación con aquellas áreas del conocimiento que no dependen tan crudamente del afán de lucro. Para la sociología en tanto que ciencia organizada, es anatema tomar como punto de partida el poder social efectivo y su espíritu objetivo en vez del individuo aislado, pues ese poder no podría determinarse tan perfectamente como las opiniones, reacciones y comportamientos de los individuos socializados; «sociedad» es su palabra favorita en los índices de términos prohibidos. Pero, partiendo del universal social, cuya experiencia sólo es tabuizada por un método obsesionado por la pureza teórica, se puede alcanzar conclusiones más razonables y plausibles sobre los individuos que partiendo de la falsa observación científico-natural de los mismos. De este modo, si ésta claudica ante la pregunta predilecta, la referida a los efectos que la televisión produce realmente en los hombres, es porque ningún estudio sobre el efecto de una emisión o de una serie de emisiones podría descubrir transformaciones mensurables en sus víctimas. Pero hasta al tan valorado *common sense* debería resultarle evidente que el efecto acumulativo es proporcional a los estímulos. Ciertamente, el primado de lo universal también es dialéctico. Si en los hombres no sobrevivieran, procedentes de épocas premonopolísticas, muchas cosas que no armonizan perfectamente con la industria de los bienes de consumo y con la industria cultural, y que éstas todavía

han de tener en cuenta, hace ya tiempo que se habría alcanzado la utopía negativa, sobre la que algunos escritores gustan de ironizar porque no quieren la positiva. Sin embargo, sólo quienes ocultan algún tipo de interés pueden ignorar que los efectos subliminales de la comunicación de masas considerada como sistema, sumados, tienen la mayor influencia —simplemente la pasión con la que los jóvenes se enganchan a los medios de comunicación de masas permite suponerlo. Quien imagina los efectos de la televisión, encarnación de lo universal, en virtud del poder concentrado en ella —cómo moldea realmente a los hombres conforme a lo que los enemigos de la televisión procedentes de la crítica conservadora de la cultura no se cansan de llamar «ideales»—, tiene más sano sentido común que quien se esfuerza vanamente en calcular los efectos de la totalidad a partir de efectos aislados controlables. No obstante, la sociología de Durkheim expresa el momento de opacidad, el momento de necesidad ciega de lo universal en la historia que Hegel expulsa de la filosofía; tal vez el límite de la consideración dialéctica de lo universal y lo particular en la historia lo constituya el hecho de que la primacía de lo universal convierte esa dialéctica en apariencia. El que las leyes sociológicas generales se asemejen a las de la naturaleza es el argumento empírico más poderoso en favor de la futilidad de lo individual en la historia, que la tradición de ciencias del espíritu en Alemania guarda temerosamente como su propiedad. La diferencia entre el ámbito de lo singular y lo que recientemente ha recibido el nombre de «ámbito de lo general», así como el dictado de éste, resulta evidente en la medida en que en el universo social el individuo, el número singular, efectivamente no precisa ya ser concebido más que como elemento estadístico. Siendo esto así, sólo cabe esperar que, en condiciones sociales y políticas e índices de población relativamente constantes, que registran también la constancia de la presión social, los índices de suicidio permanezcan también constantes, lo que a mediados del siglo XIX impactó ya a Kierkegaard. Su indignación ante las estadísticas de suicidios, ante el hecho de que los hombres fueran tratados como números, no hace sino desplazar, conforme a un modelo perfectamente consolidado, lo que la objetividad inflige a los hombres al conocimiento que se adapta a ello. Cien años después de Kierkegaard se tatuaría con números a las víctimas de las cámaras de gas. La experiencia de la impotencia del individuo, contra la que se rebela el principio de la experiencia individual, apenas puede captarse en ésta. Pero la razón que adopta como ideal de conocimiento la ley social de corte matemático es, en tal objetividad, razón subjetiva; el sujeto sólo se reduce a ejemplar si, como ocurre en el concepto

de necesidad estadística, se elimina todo sentido objetivo. Sólo la razón obtusa que se conforma con registrar y clasificar los casos y con extrapolar leyes sale victoriosa en la feliz y desesperada concordancia de todos los casos con la sociedad, y por eso ya no necesita en absoluto de la reflexión sobre ésta. El equivalente de la concepción del individuo como ejemplar es la concepción del espíritu objetivo como desprovisto de todo sentido; la antítesis del espíritu. Así es como el concepto idealista de espíritu, en su poder y soberanía sobre lo otro, se reduce a sí mismo *ad absurdum*. Hegel todavía se opuso a esto y criticó la equiparación nominalista de generalidad y verdad: «Las cadenas de toda abstracción, que no está libre del concepto»[2] sólo puede aludir a las categorías clasificadoras de la razón subjetiva, por más que sus «cadenas» puedan ser también las del *ens realissimum*. Cabría pensar que tras la abstracción despreciada por Hegel está aquello que goza de un reconocimiento general, extraído por la conciencia científica a partir de lo disperso, y así hacer extensiva la crítica hegeliana a esa universalidad: «La actitud natural del espíritu ingenuo es acatar con firme convicción la verdad reconocida públicamente, y sobre esta sólida base asegurar su comportamiento y su postura ante la vida. Contra esta actitud surge supuestamente la dificultad de cómo sería posible hallar y discernir lo que goza de un reconocimiento y una validez general a partir de infinitas opiniones distintas»[3]. Pero la pregunta revela inmediatamente su carácter retórico: «es fácil tomar esta perplejidad por una correcta y auténtica preocupación por el problema»[4], pero, de acuerdo con la construcción teórica hegeliana, esta pregunta no es precisamente esto, sino un simple error del pensamiento respondón. Inmediatamente se echa el sermón: «Pero, en realidad, quienes hacen alarde de esta perplejidad corren el riesgo de que el árbol les impida ver el bosque, y ésta es una perplejidad y dificultad que ellos mismos se crean; su perplejidad y dificultad son más bien la prueba de que buscan otra cosa como sustancia de lo justo y de lo ético, algo distinto de lo que goza de reconocimiento y validez general»[5]. Hegel necesita resaltar la objetividad del espíritu contra los particulares para exorcizar una contingencia que se debe a la brutalidad del universal, en el que el par-

[2] Hegel, *Sämtliche Werke*, ed. Hermann Glockner, vol. 7, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, Stuttgart, 1928, pág. 35. [Trad. esp.: *Principios de filosofía del derecho*, Barcelona, Edhasa, 1988.]

[3] *Op. cit.*, pág. 22.

[4] *Op. cit.*

[5] *Op. cit.*, págs. 22 y ss.

ticular no se reconoce a sí mismo, pues es un universal meramente impuesto. La aporía le obliga a meter en un mismo saco la objetividad de la Idea y «lo que goza de reconocimiento y validez general», la generalidad, que según la lógica hegeliana no puede coincidir con la Idea. El ultraje permanente de la conciencia que protesta contra una identificación que en verdad no es tal, sino subsunción, es testimonio de la mala conciencia de la instancia que, no contenta con su triunfo, quisiera además que sus víctimas se le entregaran con toda su alma, tal como lograría tiempo después. Hegel impone por la fuerza la identificación y en ese mismo acto niega la autonomía de lo universal. El que sale ganando es el nominalismo, que reduce el conocimiento a esa construcción *post facto* de lo que meramente es contra la que arremetió el *pathos* del Idealismo absoluto y que ya el Kant de la doctrina de las ideas despreció por considerarlo una simple «copia».

1965

Sobre la situación actual de la investigación social empírica en Alemania

Se me ha asignado la tarea de hablarles de la situación de la sociología empírica en Alemania. Por lo que se refiere al estadio en que se encuentra la investigación misma, a las instituciones dedicadas a ella, a los métodos y problemas científicos y a las cuestiones de organización, estas jornadas se encargarán de procurarles una idea concreta. Por eso no quisiera anticiparles de un modo genérico lo que ustedes podrán conocer mejor a través de aportaciones específicas. Más bien quisiera hablarles de la situación de la investigación social empírica en la conciencia pública, de su relación con las tendencias del presente y de las objeciones críticas a las que se expone continuamente. El tema del que quisiera hablarles podría caracterizarse como la «situación intelectual de la investigación social empírica», si no fuera porque «situación intelectual» es una expresión demasiado comprometida y sugiere que se trata de una lucha de ideas, de discusiones puramente científicas, cuando en verdad lo que aquí está en juego son fuerzas sociales y económicas sumamente reales.

La clase de ciencia que estas jornadas representan y para la que no se dispone de una denominación adecuada, mientras que su conjunto resulta inconfundible, esta clase de ciencia no ha irrumpido con fuerza en Alemania hasta hace unos años. Antes de la Primera Guerra Mundial y durante la República de Weimar sólo encajaban en ella algunos estudios aislados, sin que todavía se hubiera constituido como tal, como disciplina autónoma. Durante la dictadura hitleriana fue, como solía decirse en la jerga de entonces, no grata. Especialmente en la «public opinion research», para la que entretanto se ha acuñado la

desafortunada expresión «estudio de opinión», los nazis detectaron instintivamente un potencial democrático. El hecho de que en la evaluación estadística todas las opiniones tuvieran la misma validez, el hecho de que un concepto tan importante en la formación de muestras como el de representatividad no supiera nada de privilegios, les recordaba demasiado el voto libre y secreto, las elecciones democráticas, con las que los sondeos comparten la voz inglesa «poll». La influencia americana desde 1945, la fuerte, aunque inarticulada, voluntad de los hombres de hacer valer su opinión, sus deseos y necesidades más allá de las urnas, coadyuvó a la implantación de los métodos de la «social research» en la Alemania de posguerra. Detrás de esto estaba, en un país destruido y económicamente caótico, la necesidad administrativa de conocer la situación del país, lo que sólo podía lograrse a través de métodos empíricos controlados: por ejemplo, la situación social de los refugiados y las consecuencias sociales de los bombardeos. Otro factor decisivo fue la tendencia de la economía a reducir en lo posible los riesgos. En lugar de someter los propios planes al veredicto del mercado, primero se quería determinar con el mayor grado de probabilidad la situación concreta de la oferta y la demanda, y después disponer con arreglo a ella; una tendencia que, por lo demás, está en estrecha relación con el cambio de función del mercado en el área de influencia de los grandes monopolios.

Frente al múltiple uso que puede hacerse de la investigación social empírica para fines parciales, su potencial democrático, al que ya me he referido, es nuestra máxima responsabilidad. Hemos de cuidarnos de considerar a los hombres, que constituyen nuestro objeto de estudio, como simples números cuyo pensamiento y cuya acción obedezcan a leyes ciegas. Sabemos que éstos siguen siendo hombres, seres dotados de espontaneidad y de la facultad de decidir libremente por sí mismos, pese a estar inmersos en una realidad que les resulta impenetrable, y que esta espontaneidad y esta conciencia constituyen los límites de la ley de los grandes números. Ésta es la razón por la que, si bien podemos hacer predicciones fundadas acerca de lo probable en la sociedad actual, cuyos mecanismos están ampliamente determinados, no podemos profetizar acontecimientos políticos como si fueran eclipses solares. Quien espera esto de nosotros confunde nuestra intención y nos convierte en agentes de la no libertad, mientras que nuestro interés por lo que los hombres piensan y quieren ha de ponerse únicamente al servicio de su libertad. Nosotros no somos los aliados del denominado rumbo de la sociedad; no podemos ni debemos hablar como si fuéramos la voz del destino.

El avance de las tendencias empíricas en la sociología alemana no se debe al culto de la fuerza de los hechos. Esas tendencias son consecuencia de la evolución interna de la ciencia. En el periodo idealista, el pensamiento social y la reflexión filosófica sobre la totalidad eran una y la misma cosa. El pensamiento filosófico concreto disponía del conjunto del material fáctico entonces accesible. Después, con el derrumbe de los grandes sistemas filosóficos se desmoronó también, de forma necesaria, la unidad del pensamiento teórico y el contenido específico de la experiencia. Los conceptos téoricos se desprendieron del sistema, cuya pretensión de verdad no logró mantenerse en pie ante la crítica. Su herencia se la repartieron distintas áreas especializadas del saber escindidas entre sí. De este modo, la idea metafísica de espíritu en Hegel, que en su sistema se refería a la totalidad dinámica del ser, se convirtió en la esfera del espíritu, en la esfera parcial de la cultura. Ésta constituirá después el objeto de la ciencia del espíritu en Dilthey, cuya idea y cuyo método influyeron hasta tal punto en la sociología alemana que ésta se entendió propiamente a sí misma como ciencia del espíritu. Pero cuando conceptos como los de espíritu se desconectaron de su contexto teórico propio y de su relación concreta con el material, primero quedaron aislados, después fueron absolutizados, y finalmente se convirtieron en fetiches, en instrumentos al servicio del oscurantismo. Permítanme que les explique esto con un ejemplo clarísimo. En la época de los grandes sistemas especulativos, los conceptos de inmediatez de las relaciones humanas y su contrario, el concepto de alienación o cosificación, desempeñaron un papel determinante. Originariamente, estos conceptos fueron entendidos como momentos necesarios del espíritu que se escinde en sí mismo y que después se reconcilia consigo mismo. Esta concepción se derrumbó junto con las escuelas idealistas. No obstante, los conceptos de inmediatez y mediación sociales permanecieron. Ferdinand Tönnies, a quien sin duda tanto debe la moderna sociología alemana, convirtió esta oposición conceptual en el único principio rector del conocimiento social, haciendo abstracción del contexto filosófico que le confería su sentido y sus límites. Su propósito era muy claro: poner a la sociología al servicio del establecimiento de una sociedad verdaderamente humana. Sin embargo, al convertir los conceptos de comunidad y de sociedad en principios de clasificación exclusivos, no sólo los empobreció, no sólo absolutizó incorrectamente lo que no es más que un momento parcial, sino que abrió las puertas de par en par al abuso. Estos dos pobres conceptos permitieron a la sociología alemana de la época de decadencia prefascista dividir la realidad social en buenos y malos. La comunidad era lo

bueno, la sociedad lo malo. De esto al culto de las ciegas relaciones naturales, de «la tierra y la sangre» *(Blut und Boden),* de la raza, apenas había un paso —consecuencias que Tönnies, que también fue difamado por los nazis, jamás habría podido imaginar. Hasta hoy mismo, en la sociología alemana son visibles las huellas de esta forma de pensar. Así, por ejemplo, en la sociología agraria pueden encontrarse expresiones como amor a la tierra, hombre rural y otros clisés propios de un romanticismo trasnochado que sólo sirven para ocultar a los hombres el decidido avance hacia la tecnificación y la racionalización, o para aliviarlo.

Esta ruinosa situación de la sociología alemana entendida como ciencia del espíritu necesita urgentemente del antídoto que son los métodos empíricos. El auténtico sentido de éstos es su impulso crítico. La sociología empírica no debe dejar que se le arrebate este impulso, ni que se le prescriba nada en el conocimiento de la realidad social. En lugar de construirse artificialmente con conceptos ideológicos una imagen reconciliada de la realidad social, para después encontrar su consuelo en la realidad tal como es, la ciencia ha de llevar a conciencia la dureza de la realidad tal como es. Así, y sólo así, podría yo al menos entender lo que en los últimos tiempos se denomina tan complacidamente sociología realista. La sociología no es una ciencia del espíritu. Las cuestiones de las que se ocupa no son esencial y primariamente las de la conciencia o el inconsciente de los hombres de los que se compone la sociedad. Sus cuestiones se refieren fundamentalmente a la confrontación de hombre y naturaleza y a las formas objetivas de socialización, cuestiones absolutamente irreductibles al espíritu entendido como constitución interna de los hombres. La investigación social empírica en Alemania ha de poner de manifiesto, con rigor y sin exaltaciones, la objetividad de lo que ocurre en la sociedad, una objetividad que se substrae en gran medida al hombre individual e incluso a la conciencia colectiva. Así, por ejemplo, si nos topamos con una afirmación sociológica que, apelando a cualquier supuesta autoridad en ciencias del espíritu, establezca que el así llamado hombre rural se resiste a las innovaciones técnicas y sociales en razón de su espíritu esencialmente conservador o de su «postura ante el mundo», no habremos de conformarnos con este tipo de explicaciones. Habremos de exigir una prueba contundente de su verdad. Por ejemplo, enviaremos al campo a entrevistadores familiarizados con los campesinos solicitándoles que sigan preguntando cuando éstos les expliquen que se quedan en su finca por amor a la patria y por lealtad a las costumbres de los padres. Confrontaremos el conservadurismo con hechos económicos y averiguaremos, por ejemplo, si las innovaciones técnicas en las

explotaciones agrícolas no son rentables cuando están por debajo de cierto nivel, ocasionando gastos de inversión tan elevados que en este tipo de empresa la racionalización técnica sería irracional. Además, nos preguntaremos si la permanencia en el campo, aunque poco rentable de acuerdo con los principios de contabilidad empresarial, no se justifica para los campesinos entrevistados: éstos cuentan con las fuerzas de trabajo baratas de su propia familia, por lo que obtienen ingresos mayores de los que podrían obtener en la ciudad. No estoy diciendo que con esto quede todo claro, y desde luego no desprecio la importancia que puedan tener momentos irracionales en la realidad social, pero no podemos conformarnos con afirmaciones tan grandilocuentes y generales, como sigue siendo costumbre en Alemania. Es obvio que no todas las investigaciones empírico-sociológicas cumplen una función crítica. Pero creo que incluso los estudios del mercado de temática exactamente perfilada, si es que realmente quieren dar lo que prometen, han de contener algo de ese espíritu esclarecedor, antiideológico. Esta relación objetiva, basada en la cosa, con la Ilustración, con la disolución de tesis ciegas, dogmáticas y arbitrarias, es lo que a mí, en tanto que filósofo, me une a la investigación social empírica.

El hecho de que los fenómenos sociales estén mediados por el espíritu, por la conciencia de los hombres, no debe hacernos caer en el error de deducirlos sin más de un principio espiritual. En un mundo dominado por leyes económicas que se imponen por encima de las cabezas de los hombres, sería ilusorio pretender comprender los fenómenos sociales como fenómenos que, por principio, están dotados de «sentido». Lo que es meramente un *factum* puede abordarse adecuadamente con «fact-finding methods». Cuando se arremete contra la transferencia de los métodos de las ciencias naturales al supuesto ámbito del espíritu, se pasa por alto que los mismos objetos de la ciencia social obedecen antes a la ciega necesidad natural que al espíritu. El hecho de que en ellos se manifieste la racionalidad humana de los fines no los convierte ni en racionales ni en humanos. Quien pretendiera tratarlos como si lo fueran contribuiría a la exaltación de lo que se impone simplemente a los hombres. La objeción usual de que la investigación social empírica es demasiado mecánica, tosca y falta de espíritu, comete el error de responsabilizar de ello a la ciencia en vez de a su objeto. La tan denostada falta de humanidad de los métodos empíricos es siempre más humana que la humanización de lo inhumano. Pero esto no ha de entenderse demasiado literalmente. Una sociología empírica responsable ha de reflexionar sobre qué puede tomar por objeto y no empeñarse en aquello en lo que no hay nada que buscar. Si,

por ejemplo, para traer a colación un caso grotesco pero en absoluto irreal, se quisiera aplicar métodos estadísticos a la poesía, haciendo un cómputo de sus palabras o de sus ideas con la esperanza de obtener rigurosos resultados científicos o criterios objetivos, no se alcanzaría un mayor grado de verdad, sino la absurdez más contraria al arte. Pero aquí, en lo que se llama «Content Analysis», que por lo demás no se aborda en estas jornadas, las cosas tampoco son como supone la tradicional arrogancia de las ciencias del espíritu. Hoy en día, ya no todos los productos culturales son formas espirituales autónomas, sino que la mayor parte de ellos son fruto de un cálculo conforme a categorías mercantiles. Los productos de la industria cultural pueden comprenderse mejor con las categorías propias de los estudios del mercado que con criterios estéticos. Piensen, por ejemplo, en los discursos políticos sediciosos. Éstos apenas contienen algo parecido a una coherencia lógica y estructural, y su único propósito es captar como clientes a los oyentes mediante trucos psicológicos. La detección de estos trucos, la determinación de su frecuencia e intensidad, y todos los resultados que pueden obtenerse con la ayuda de los métodos estadísticos de los estudios de opinión, serán seguramente más relevantes para su análisis y prevención que cualquier consideración sobre el espíritu de tales productos, o sobre la psicología de sus autores. En Alemania persiste la tendencia a ataviar con pretenciosas y pomposas categorías a fenómenos que pertenecen al ámbito de la cruda praxis material. Remediar esta situación no sería la última de las tareas de la investigación social empírica en su labor de esclarecimiento racional. En la tradición occidental, el conocimiento social es inseparable de la voluntad de reducir lo hiperbólico a su medida humana. Pero, hasta hace poco, esta voluntad ha sido sospechosa en un país en el que los doctos raramente han hablado de la Ilustración sin tacharla de «superficial». Todos nosotros deberíamos comprender el peligro que encierra lo que un teórico social procedente de la misma tradición filosófica denominó en su día la «superficialidad de lo profundo».

De este modo creo haber dado con la que es la objeción más frecuente en Alemania contra la investigación social empírica. No preciso subrayar que no es mi intención defender con ideologías la superficialidad de la ciencia social, esto es, su transformación en mera disciplina auxiliar de la economía y de la administración. En lugar de esto, permítanme señalar algunos puntos en los que la investigación social empírica se distingue de la caricatura que en muchas partes se hace de ella. Ciertamente, se podría hallar argumentos certeros con los que responder a la exigencia de que las categorías deberían ser adecuadas a su

objeto y que, por lo tanto, en el mundo de la producción en masa y de la cultura de masas los métodos de las ciencias del espíritu ya no son apropiados. Así, podría replicarse que la tarea de la ciencia no es ordenar datos, clasificarlos y tomarlos por lo que se hacen pasar; que más bien habría que interpretarlos; que muy frecuentemente la forma en que se presentan los fenómenos no hace sino ocultar su esencia social. Yo sería el último en cuestionar todo esto. Si anteriormente les he dicho que no deberíamos conformarnos con la afirmación de un campesino que dice quedarse en su finca por amor a la patria, sino que deberíamos investigar las causas reales que están detrás de esta afirmación, sirviéndome de este sencillo ejemplo quería dejar sentado nuestro deber de trascender el fenómeno en busca de la esencia. Pero lo más importante es que este paso hacia la esencia no se realice arbitrariamente, partiendo de ideas preestablecidas o extrínsecas a los fenómenos, sino desde los fenómenos mismos. Así como sin teoría no es posible comprobar nada, toda comprobación culmina en la teoría. Aquellas investigaciones en las que el investigador cree poder acceder a la realidad libre de cualquier representación de la misma o de todo interés por hallar en ella respuestas concretas, deseando sencillamente saber todo lo que ocurre en su ámbito de competencia, son tan serviles como las que se conforman con simples datos. Incluso los investigadores sociales vinculados a la administración empiezan a admitir que también a la ascética investigación objetiva subyacen determinados principios de selección, que éstos tienen un significado teórico implícito, que toda investigación fructífera necesita un centro teórico.

Quien haya experimentado alguna vez el ascetismo que restringe toda investigación empírica a unas cuantas cuestiones decidibles, que frente al problema suelen ser como gotas en el mar, se sentirá inclinado a establecer la regla de que en ninguna investigación se llega a conclusiones válidas que vayan más allá de las ideas que el investigador ha introducido previamente en ella. A pesar de que el material corrobora tan frecuentemente esta regla, deberíamos evitar incurrir tanto en un escepticismo precipitado como en una confianza precipitada en relación con la productividad de la investigación empírica. En una investigación correctamente planteada, el investigador puede obtener inesperados resultados de amplias consecuencias teóricas, de modo semejante a como ocurre en las ciencias naturales. Y esto no es tan sólo una simple posibilidad. Un estudio sobre los prejuicios en los niños realizado en América, en el que el *Institut für Sozialforschung* tuvo una participación fundamental, mostró que los llamados niños «buenos», esto

es, aquellos que ofrecían poca resistencia a la escuela, son los que carecen de prejuicios. Sin embargo, los datos sobre los adultos de los que disponíamos al inicio de la investigación habían mostrado precisamente la existencia de una alta correlación entre convencionalismo y prejuicio e, inversamente, entre inconformismo y falta de prejuicios. En los niños esperábamos algo similar. Pero tuvimos que modificar la teoría. Justamente los niños que han logrado interiorizar la autoridad, cuando son adultos se muestran capacitados para pensar y obrar de forma independiente, o incluso contra la autoridad vigente, mientras que los que en su infancia no lo lograron, tampoco consiguen evolucionar hacia la autonomía psíquica y, de adultos, muestran una tendencia a aceptar, sin examinarlos, los modelos impuestos externamente. Sin investigación empírica apenas hubiera habido necesidad de dar este paso teórico. Podrán replicarme que mi explicación de este sorprendente hallazgo tiene exactamente la misma plausibilidad que la hipótesis de la que partimos y que fue refutada. Así pues, las cosas son casi siempre así: son muy pocos los resultados que no pueden considerarse «obvios», y éste es el hecho que subyace propiamente a la regla de que un estudio sólo extraerá aquellas ideas que hayan sido previamente introducidas en él. Pero la decisión misma de qué sea «obvio» desde un punto de vista teórico tiene un peso teórico.

Todo depende de si la teoría se impone a los hechos dogmáticamente, de forma inmediata, desde arriba, o de si entre ella y los resultados de la investigación se establece una rigurosa relación de reciprocidad. Ésta es efectivamente la cruz de la investigación social empírica. Una cruz que no es mi intención esquivar asegurando la posibilidad de una síntesis actual o futura de ambos. En las ciencias sociales, la teoría y los hechos no se relacionan del mismo modo que en las ciencias naturales. Sólo una mínima parte del contenido teórico puede reformularse en términos de «research». Lo que se substrae a esta reformulación no pierde su valor cognoscitivo, pues las tensiones entre la teoría y los hechos tienen algo que ver con la naturaleza de nuestra sociedad. La totalidad, que marca con su sello todo lo individual, puede diagnosticarse en todo lo individual, pero no demostrarse a partir de él. En este momento no puedo entrar en más detalles. Pero cualquiera de ustedes que se esfuerce a diario por unificar hechos cuantitativos y cualitativos, que sólo cobran sentido a través de la teoría, sabe de las inmensas dificultades que esto conlleva, las cuales no pueden eliminarse apelando a la juventud de la ciencia social empírica. El trasfondo teórico general no puede verificarse en modo alguno a través de la empiría. Sin embargo, siempre que se hace el esfuerzo de reformular las teo-

rías en términos de «research», los datos mismos comienzan a cobrar un significado distinto. Comienzan a hablar.

En este sentido sólo preciso recordarles la función que la ciencia social americana otorga hoy al psicoanálisis. La teoría freudiana se desarrolló a partir del estudio de casos particulares carentes de toda dimensión estadística, razón por la que, durante décadas, ha tenido que soportar resignadamente el reproche de generalización injustificada que le han hecho la psicología y la sociología ortodoxas. Hoy se llevan a cabo investigaciones que toman el psicoanálisis como sistema de referencia. En ellas, el material se estructura conforme a la teoría y, al mismo tiempo, con el suficiente grado de discriminación estadística *(discriminatory power)*. Una prueba de ello la ofrecen las diferenciaciones resultantes de nuestras propias investigaciones en relación con los individuos que tienden al prejuicio y los que están libres de él. Como es sabido, Freud quería que su teoría se comprendiera en términos de ciencia natural. No es imposible que esta teoría pueda llegar a verificarse cuantitativamente a través de los modernos métodos de investigación y de su progresivo perfeccionamiento. Sin embargo, la concepción freudiana jamás hubiera sido posible si la formación de la teoría hubiera estado sujeta desde un principio a la exigencia de su verificación. Este ejemplo quizá les ayude a entender en alguna medida la compleja relación existente entre la investigación social empírica y la teoría.

Precisamente bajo la influencia de la psicología profunda, hace ya tiempo que la propia investigación social empírica ha desarrollado métodos con los que puede hacer frente a la superficialidad y corregir las meras constataciones de hechos. La idea, ampliamente extendida en Alemania, de que la investigación social empírica se agota en el cómputo de la opinión consciente de los individuos y pasa por alto innumerables problemas, como la vaguedad y la contingencia de tales opiniones, pero también sus diferenciaciones, así como los aspectos dinámicos a los que está sujeta individual y colectivamente, es errónea. Si bien los métodos «poll» han dado múltiples impulsos a la investigación social, si bien es cierto que los cada vez más sutiles procedimientos de selección de muestras muy difícilmente hubieran podido cristalizar sin la técnica «poll», este tipo de investigaciones constituye solamente una mínima parte de la investigación social empírica. Ciertamente, con las técnicas «poll» es posible averiguar muchas cosas, como por ejemplo las relaciones de una población con las autoridades, o incluso prever el resultado de unas elecciones. Pero cuando verdaderamente está implicada la naturaleza específica de los individuos, las técnicas

«poll» no bastan. Ya sea a través de la encuesta indirecta, de tests o de su combinación con detalladas entrevistas en profundidad, se ha aprendido a relacionar los datos cuantitativos con aquellos momentos que se substraen a los cuestionarios que presentan claras disyuntivas y cosas similares. Además, se usan técnicas como las discusiones y las entrevistas en grupo, que permiten estudiar bajo condiciones experimentales próximas a las de la realidad la formación de opiniones y los comportamientos, y comparar las reacciones de los sujetos de experimentación cuando están dentro del grupo y cuando están solos. Asimismo, también se ha dado con la forma de cuantificar resultados cualitativos y teóricamente preformados. En su progresiva diferenciación, la investigación social empírica ha ido comprobando que en el mundo en que vivimos los hombres no son tan distintos entre sí como pretende el credo individualista. En los llamados estratos profundos de la personalidad puede observarse una uniformidad acorde con la teoría freudiana de la naturaleza arcaico-primitiva del inconsciente, pero que en la civilización técnica contemporánea se refuerza desde fuera mediante la estandarización de los hombres. En este punto parece perfilarse una armonía preestablecida entre el método y su objeto.

Pero la investigación social empírica también se expone a reproches procedentes del frente contrario. No sólo se cuestiona su profundidad, sino también su fiabilidad empírica. Ahora bien, en su predicción estadística de comportamientos —lo que, repito, constituye solamente una mínima parte de sus tareas—, por lo general la investigación social empírica cumple correctamente su labor. Las pocas veces que ha fallado, y que causaron gran estrépito, sobre todo cuando Truman ganó las elecciones presidenciales en 1948, su pronóstico no debería haberse entendido como una afirmación necesaria. La culpa la tienen, además de ciertas insuficiencias técnicas, la opinión pública y su reacción a los «polls». En su forma de reaccionar no puede pasarse por alto un momento de irracionalidad. Todo lo que se presenta como «streamlined», como moderno en el sentido de simplificación y ahorro de trabajo, irradia una atracción mágica. Si la identificación irracional con las predicciones estadísticas causa decepción, si las expectativas sobrevaloradas y catectizadas no se cumplen, tal identificación se convierte inmediatamente en odio y en rechazo ciego. Por eso resulta de capital importancia para el progreso de la ciencia social empírica en Alemania que su relación con la opinión pública sea una relación responsable, libre de sentimentalismos y de poder de sugestión, en la medida en que esto sea posible en el seno de la cultura de masas. Nunca subrayaremos suficientemente que la investigación social empírica no es una bola de

cristal para adivinar el futuro, una astrología científicamente más sólida. El que este congreso no se dirija sólo a especialistas debe contribuir al establecimiento de una relación correcta entre la investigación social y la opinión pública y a evitar que primero se le exija demasiado y luego se la condene. Obviamente, siempre existirá el peligro de que los «polls» fallen. Una propaganda disfrazada de ciencia puede aprovecharse de la tendencia antidemocrática, pero popular, a ponerse de parte de quienes se presentan con seguridad como vencedores. También los estudios del mercado tienen sus riesgos; también ellos están en el mercado, deben competir entre sí; y la exigencia de abaratar la investigación no se lleva demasiado bien con la exigencia de fiabilidad, particularmente en lo que se refiere al «sampling». Por eso, si en este congreso, además de cuestiones estrictamente científicas, abordamos cuestiones de organización, no lo hacemos guiados por intereses gremiales y menos todavía por amor a las organizaciones como tales. Lo que queremos es intentar poner coto al abuso en un espíritu de colaboración cordial. Nuestros estatutos deben velar por que el curanderismo de la opinión pública no se instale entre nosotros y aproveche la funesta tendencia de los hombres a buscar orientación en otros en cuestiones que en verdad sólo pueden depender de su propia decisión. La propia investigación social empírica nos ofrece criterios suficientes para evitarlo. El «sampling», la técnica de formación de muestras estadísticas fiables, está hoy tan evolucionada que basta con atenerse a las reglas establecidas científicamente para excluir la posibilidad de hacer pasar por representativas muestras que no lo son. Naturalmente, siempre puede ocurrir que hasta los métodos más rigurosos conduzcan a resultados falsos, si se aplican a problemas que los sobrepasan. Pero de este peligro no está exento ningún campo científico. No existe ningún remedio universal, sino únicamente el compromiso de una autocrítica continuada e inflexible. Así, el sociólogo empírico ha de tener en cuenta que tendencias sociales fundamentales, como las políticas, muchas veces no responden a la segmentación estadística de la población, sino a los intereses más fuertes y en concreto a aquellos que forman la opinión pública. *Siempre que sea posible, el sociólogo adaptará sus investigaciones* a las diferencias concretas, en vez de orientarse en todos los casos estadísticamente. Cuando afirmé la necesidad de una teoría de la sociedad aunque sólo sea para garantizar la fiabilidad empírica de los resultados, pensaba precisamente en esta clase de problemas. Así, por ejemplo, qué sea un grupo clave es algo que no puede decidir la estadística como tal, sino sólo la reflexión sobre la distribución real del poder en el seno de la sociedad. Aquí pueden ver ustedes cuán actual es

para nuestra ciencia el problema de la relación entre el análisis cuantitativo y el cualitativo. Pues las ideas que median entre el método estadístico y su adecuada aplicación a determinados contenidos son en gran medida de naturaleza cualitativa. Precisamente en América, donde los métodos cuantitativos alcanzaron su actual grado de desarrollo, hoy la necesidad del análisis cualitativo no se considera solamente como un complemento, sino como un elemento constitutivo de la investigación social empírica.

La situación específica de la investigación social empírica, de la «social research» en sentido estricto, guarda relación con el hecho de que propiamente no procede de la antigua *universitas litterarum.* Está más cerca del pragmatismo americano que cualquier otra ciencia. El hecho de que tenga su origen en los estudios del mercado, el hecho de que sus técnicas estén concebidas fundamentalmente para fines comerciales y administrativos, no le afecta simplemente de modo tangencial. El tipo de saber que procura, si se me permite emplear abreviadamente los términos de Max Scheler, tiene como finalidad el dominio, no la formación. En las ciencias naturales, este tipo de estructura cognoscitiva, excepto en unos pocos ámbitos, se considera algo obvio. En las ciencias que se ocupan del hombre, en cambio, parece extraña e incompatible con conceptos como los de dignidad e interioridad humanas. Pero también en el ámbito de lo social, esta separación de los puntos de vista teórico y práctico es más bien el resultado de un largo proceso histórico. Cuando Aristóteles apoyó su política y el giro que imprimió al Estado ideal platónico en un estudio comparativo de las constituciones de un gran número de ciudades-estado griegas, en el fondo esto era ya «social research», el uso prototípico de métodos de investigación en lo que hoy se llama ciencia política. Merecería la pena pensar por qué se reprime tan vehementemente este recuerdo. Tal vez dé vergüenza reconocer que, desde la Antigüedad, estos esfuerzos prácticos del conocimiento social se han mostrado infinitamente menos útiles desde un punto de vista real que los esfuerzos científicos por dominar la naturaleza externa. Como ocurre en la fábula, la pretendida superioridad de la contemplación pura también cae en el desprecio de las uvas porque no las tiene a su alcance. Pese a toda la experiencia acumulada, hasta hoy los hombres no han podido ordenar sus propios asuntos con la misma racionalidad con la que son capaces de acumular bienes de producción, de consumo y de aniquilación, sino que corren el riesgo de recaer en la barbarie. Así pues, sería ingenuo esperar de la ciencia social empírica logros similares a los de las ciencias naturales sometidas a un control empírico. La aplicación práctica de la

ciencia a la sociedad depende esencialmente de la situación en la que ésta se halla. No existe un sujeto social único que sea capaz, por ejemplo, de imponer métodos científicos de curación —si es que tiene algún sentido hablar así— de forma tan universal como, en el ámbito de la medicina, es natural esperar de la introducción de una nueva droga. Precisamente allí donde no se trata de remediar simples inconvenientes, sino la estructura misma de la sociedad, los intereses están divididos. Ésta es la verdadera razón de que los métodos de la ciencia social empírica redunden tan fácilmente en beneficio de fines parciales. Cuando no se tiene poder alguno sobre los fines, se cae en la resignación y toda la actividad se limita a averiguar cómo resolver de la forma más exitosa y económica tareas ya definidas, como vender una mercancía o influir en determinados grupos humanos, y ello tanto más cuanto que en la fase actual de la sociedad tales actividades tienen una gran demanda. Detrás de la limitación a sectores de actividad exactamente definidos y controlables, que tan gustosamente se reconoce como mérito de la rigurosa responsabilidad científica, está siempre también la impotencia ante lo propio. Pero el peligro de tecnificación de nuestra ciencia, la exterioridad de los métodos respecto de su objeto no se debe a un desarrollo defectuoso de la ciencia, sino precisamente a la naturaleza de su objeto y a la función que se le asigna en el seno de la sociedad actual. Ésta es la razón por la que al concepto de «administrative social research» en su sentido más amplio se ha contrapuesto el de «critical research». No obstante, éstos no son conceptos absolutamente opuestos. En las condiciones actuales, la reproducción de la vida parece imposible si los principales centros de planificación no cuentan con esos datos precisos sobre las más variadas circunstancias sociales que sólo las técnicas de la investigación social empírica pueden procurar. Además, la propia teoría de la sociedad debe confrontar ininterrumpidamente su concepción con la realidad social, tanto hoy como en los tiempos de Aristóteles. Una teoría de la sociedad para la que la transformación social sea algo más que un sermón dominical ha de apropiarse de toda la fuerza inherente a los momentos de resistencia de la facticidad, a menos que se conforme con ser un sueño impotente, un sueño cuya impotencia vuelve a redundar en favor del poder de lo existente. La afinidad de nuestra disciplina con la praxis, cuyos momentos de negatividad ninguno de nosotros toma a la ligera, encierra en sí el potencial de poner fuera de juego el autoengaño y, en la misma medida, el de intervenir en la realidad de un modo preciso y efectivo. Nuestro intento extrae su legitimidad de una unidad de teoría y praxis que ni vive en las nubes ni degenera en actividad in-

teresada y parcial. La especialización técnica no puede superarse apelando a exigencias humanísticas abstractas y carentes de vinculabilidad que, por decirlo así, se añadan a ella a modo de complemento. El camino del humanismo real se abre paso entre los problemas especializados y técnicos, siempre que logre captar el sentido de éstos en el seno de la totalidad social. Quizá las discusiones que siguen puedan también contribuir en alguna medida a ello.

1952

Trabajo en equipo e investigación social

Los críticos americanos, y la propia discusión en el seno de la investigación social empírica, suelen considerar las deficiencias de ésta, que la actual inabarcabilidad de su objeto hace aún más evidentes, como mera consecuencia de un defecto en su evolución, cuando no —como apunta al menos Berelson— como consecuencia del «americanismo», cuyos síntomas se manifiestarían en la investigación social empírica simplemente porque ésta alcanzó su desarrollo en América. Ciertamente, no es casual que tuviera allí su centro de gravedad, e incluso sería posible deducir muchas de sus categorías de las condiciones de una producción en masa que, para justificar los gastos de inversión, primero quiere orientarse sobre las posibilidades de venta, renunciando ya a confiarse al azar de un mercado que de todas formas, debido a la concentración de capital en gigantescas empresas, parece irrumpir monopolísticamente. Sin embargo, sería tomar demasiado a la ligera las objeciones que la investigación social empírica viene haciéndose recientemente a sí misma, si sus aspectos problemáticos se atribuyeran meramente a condiciones externas de su desarrollo y se pensara que es posible quedarse con sus ventajas y deshacerse sin más de lo negativo. Estos aspectos negativos son más bien necesarios, su necesidad está imbricada con las exigencias legítimas que la investigación social empírica debe hacerse a sí misma, y es precisamente esta imbricación la que en última instancia remite a la problemática histórico-filosófica y epistemológica. Quizá la mejor forma de entender esto sea a partir de un concepto que Berelson también conoce: el concepto de «trabajo en equipo» («teamwork»), el carácter colectivo de la investigación social. Todo aquel que esté familiarizado por su profesión con la práctica de

la investigación social empírica no podrá menos de observar que, en el ámbito de las investigaciones a las que nos referimos, el trabajo en equipo no puede sustituirse por el trabajo individual del científico de viejo estilo. Los *one man studies* son siempre dudosos y la mayoría de las veces diletantes. La misma selección, por no hablar de la formación de una muestra representativa, difícilmente se puede llevar a cabo sin la ayuda de un equipo estadístico especializado, y las encuestas realizadas por un solo individuo en zonas críticas desde los puntos de vista psicosocial o político corren múltiples riesgos, empezando por el factor tiempo, que obliga a distribuir las encuestas en periodos más prolongados, mientras que la imparcialidad de los encuestadores y su independencia sólo parecen quedar garantizadas si la encuesta se realiza en el menor lapso de tiempo posible y sobre una muestra mayor. Pero lo que fundamentalmente suele desaparecer en un *one man study* son los controles de la llamada ecuación subjetiva, cuya rigurosa imposición constituye una de las principales ambiciones de la ciencia social empírica. Efectivamente, en un ámbito que se ha asimilado ampliamente al proceso de producción material y que emula sus logros, los *one man study,* comparados con el trabajo en equipo, son como talleres artesanales al lado de la gran industria. La división del trabajo resulta inevitable, tanto por la envergadura de las investigaciones que hay que llevar a cabo, que en horas de trabajo superan con mucho el tiempo del que dispone el individuo, como desde el punto de vista del ideal de la cuantificación, que desde la época de la manufactura está ligado a la segmentación del trabajo en funciones mínimas y semejantes entre sí. El trabajo en equipo comporta automáticamente y de forma expresa controles recíprocos, como en la técnica del *blind scoring,* donde los distintos miembros de un mismo equipo subsumen por su cuenta determinados datos bajo unas categorías, por lo que posteriormente la decisión debe objetivarse comparando sus resultados, es decir, debe hacerse independiente de las espontaneidades individuales de los *scores.* Pero incluso dejando aparte este tipo de técnicas explícitas de control colectivo, un control que por lo demás es efectivo en el conjunto de la organización de la investigación social empírica, en la evaluación de todos los estudios por todos los colegas y hasta en la adjudicación de los trabajos de investigación, el hecho de que cada uno de los colaboradores elabore el material de forma tal que el siguiente pueda relevarle sin inconvenientes en el trabajo, es ya una forma de limar las asperezas que la conciencia ingenua toma por una superación de la arbitrariedad. De este modo no sólo es posible llevar a cabo un número de tareas mucho mayor del que podría resolver individualmente cada uno

de los colaboradores si se enfrentara al conjunto del material sin la ayuda de los demás, sino que todos los trabajos que pasan por la maquinaria acaban por volverse tan compatibles, por asemejarse tanto entre sí, que la falta de integración teórica de los resultados del conjunto de la *social research* se hace doblemente paradójica. El precio que ha de pagarse por este *streamlining* de las ciencias sociales es muy elevado. Podría compararse con el destino de la música en el seno de la industria cultural, como en el caso de la música para el cine, cuya producción se la reparten, conforme a una estricta división del trabajo, el compositor, el responsable de la armonización, el instrumentista, el director y el ingeniero de sonido. Ciertamente, de este modo se obtiene un trabajo muy preciso y se cumplen con la total exactitud todos los *desiderata* técnicos y psicosociales del filme, pero al mismo tiempo se instala una especie de neutralización que arrebata a dicha música todo carácter, todo perfil y toda huella de productividad, haciendo que aboque en lo siempre igual y que acabe por burlar los cálculos psicosociales más exactos, pues una música así filtrada apenas es percibida ya por el espectador. Víctima de este proceso de eliminación no es simplemente la contingencia individual, sino también la objetividad a la que el individuo puede acceder mediante la reflexión y que se desvanece en el proceso de abstracción, que nivela a una pluralidad de individuos imponiéndoles una forma de conciencia de la que se cercenan las diferecias específicas. Entre las experiencias del sociólogo empírico que han conducido a la explosión de la autocrítica en los últimos años, probablemente la más inquietante sea comprobar que investigaciones inicialmente provistas de perspectiva, de ideas sobre relaciones fundamentales y cuestiones profundas, en el camino que media entre el proyecto y la realización, especialmente en su paso por el pretest, pierden lo mejor de ellas mismas, de modo que planteamientos llenos de fuerza y vigor dejan realmente de serlo, y no por la culpa, la mala voluntad y la inaptitud de este o aquel colaborador, sino por una necesidad objetiva presente en la naturaleza misma del aparato. Así ocurre una y otra vez en los estudios psicosociales, en los que las preguntas que contienen lo más fructífero de la investigación van cayendo a medida que ésta avanza, pues, debido a su excesiva sutileza, carecen de la fuerza de discriminación exigida, mientras que las preguntas que quedan, y que de hecho acaban por introducir drásticas distinciones entre los grupos, son preguntas más o menos próximas a la opinión superficial y de una tosquedad tal que no siempre sirve de mucho complementarlas posteriormente con *case studies* o entrevistas en profundidad. A esto se añade, particularmente en el trabajo en equipo, lo que podríamos deno-

minar el efecto *bottleneck:* para que un equipo pueda llevar a cabo una investigación, ésta ha de adaptarse al miembro del grupo con menor capacidad intelectual, quien se rebelará inmediatamente contra la falta de cientificidad tan pronto como algo exceda su inteligencia. Creer, por ejemplo, que el director de la investigación podría corregir estos defectos gracias a su visión de conjunto y a su mayor comprensión del tema, es casi siempre ilusorio; la mayor parte de lo que éste pueda poner de su parte al comienzo de la investigación acaba siendo víctima de los distintos mecanismos de autocontrol impuestos por el aparato; y si al final, en la conclusión, intenta recuperar lo perdido, la mayoría de las veces la relación con los datos se ha perdido irremediablemente, y las consideraciones que entonces pueda introducir carecen ya de necesidad, no vienen corroboradas por los hechos, y a menudo se condesciende irónicamente a ellas diciendo en voz baja que ya habrá tiempo de poner a prueba esas ideas en futuras investigaciones, lo que casi nunca se hace. Todo esto es inseparable de la idea de la sustituibilidad de todos por todos, una parodia del espíritu democrático que, en verdad, concibe a los individuos como meras funciones de cualesquiera cosas, con las que los individuos no precisan tener una relación esencial. Cuán intrínsecamente relacionados están lo universal y lo particular es algo que desconoce plenamente esta concepción, que impera implícitamente en todas partes; con razón se ha observado que Freud, por ejemplo, no hubiera podido desarrollar ni uno solo de sus teoremas, de los que hoy se nutre un sector tan amplio de la investigación psicosocial empírica, de haberse sometido a las reglas de juego del aparato científico que hoy se propone verificarlo. El pensamiento que dimana de su relación con la cosa, de la experiencia viva del objeto, y que por tanto es propiamente lo más cercano y lo más evidente, se pervierte cuando se extravía en la maquinaria y acaba siendo totalmente confirmado por ésta, pues se convierte en el milagro del curandero que sabe algo que realmente no debería saber; y sólo se considera auténtica ciencia aquello que más o menos se sabe ya antes de constatarlo. Frente al individualismo, el trabajo en equipo aparece como una forma superior de solidaridad humana desde el punto de vista cognoscitivo y también práctico; pero en verdad es tan sólo una forma superior de cosificación, la reducción de todo individuo a aquello que lo iguala a los demás, con lo que casi siempre es una forma del prejuicio acuñado socialmente. La solidaridad intelectual entre los hombres aparece cuando éstos se unen en nombre de otra cosa, de algo que los mueve objetivamente; en el trabajo en equipo, en cambio, los hombres no son básicamente sino funciones parciales e incompletas de un

mecanismo cuyo «para qué» está fuera de sus competencias, por lo que tampoco los hace verdaderamente solidarios; lo que los cohesiona es casi siempre ese tipo de *human relations* que en ciertos casos pueden verse impulsadas por la dirección. Quien suele pagar las consecuencias es el informe final; la tantas veces acusada falta de personal capaz de realizar el *write up* de las investigaciones no se debe a la falta de talento literario, pues este informe no es sólo cosa de rutina literaria, sino que exige una completa comprensión de la investigación —esa falta revela, antes bien, la aporía de que el informe final ha de exponer lo que confiere coherencia y sentido a la investigación, mientras que el sentido inmanente del método, del que todo depende, es precisamente la negación de dicho sentido, su disolución en mera facticidad. El reconocimiento del valor de la teoría es puramente formal porque, conforme a la tendencia inmanente de la *research,* el objetivo no es en absoluto la obtención de una teoría a través de los hechos, sino que ésta desaparezca en el material fáctico, que los datos la hagan tan superflua como ya Max Weber postuló para sus tipos ideales. La forma de exposición adecuada y, si se me permite la expresión, estéticamente más satisfactoria de los resultados de la investigación social empírica es la tabla; frente a ésta, la palabra que la interpreta tratando de descifrarla y describirla tiene algo de impropio y ridículo; y, sin embargo, para ser ciencia, la tabla precisaría ser interpretada precisamente por ese concepto que su propia estructura viene a negar.

1957

Sobre el estadio actual de la sociología alemana[1]

La tarea de decir algo sobre el estadio actual de la sociología en Alemania no puede entenderse en el sentido de ofrecer una simple visión de conjunto, sino que obliga más bien a reflexionar sobre el estadio alcanzado; a dar algunos puntos de vista que puedan ayudar a entenderlo mejor. Para ello hay que partir, evidentemente, de la situación de posguerra. No sólo hay que recordar el vacío general que por entonces imperaba en el ámbito académico alemán, y el aislamiento de Alemania en relación con la evolución de la sociología a nivel internacional, sino algo específico, a saber, la hostilidad de Hitler y de sus guardas intelectuales contra la ciencia sociológica. Esta hostilidad se concebiría todavía demasiado ideológicamente si, como los propios nacionalsocialistas pretendían, se atribuyera al énfasis puesto en supuestos factores antropológicos naturales y constantes frente a factores históricos y sociales. Esos factores naturales, por no hablar de las mitologías confeccionadas que no en vano se denominaron a sí mismas las mitologías del siglo XX, no eran propiamente tales, sino arbitrariedades con claros fines políticos, defendidas a brazo partido contra la crítica científica e impuestas a modo de cosmovisión. El odio de los nacionalsocialistas a la sociología no expresa sino el miedo a los conocimientos que pudieran tocar los poderes que realmente determinaban la sociedad, las re-

---

[1] Este informe es fundamentalmente una aportación conjunta de los colaboradores del *Institut für Sozialforschung* de Fráncfort, por lo que su autoría debe considerarse colectiva. Agradezco especialmente la colaboración de Helge Pross, Egon Becker, Ludwig von Friedeburg y Karl Markus Michel. El texto apenas se ocupa de las investigaciones del Instituto francfortiano.

laciones de dominación y los conflictos de intereses, que ellos negaban tanto más obstinadamente cuanto con más ahínco se aferraban al poder. La sociología parecía peligrosa, pues habría podido revelar el carácter ideológico de las tesis propagandísticas que el régimen defendía y a las que, por lo demás, nunca consideró más que como un simple instrumento de dominación. En una palabra, para los poderosos la sociología era, dicho en su propia jerga, subversiva. Aprovechando toscamente la semejanza de las palabras, se la relacionaba con socialismo, sin tener en cuenta que la sociología, de acuerdo con el sentido específico que le dio Comte, sirvió mucho más para contrarrestar la dinámica social desencadenada con la emancipación del cuarto estadio que para impulsarla. A los nacionalsocialistas no les preocupaba el hecho de que la sociología, su particular hombre del saco, en virtud de su objetividad científica siempre pretendió estar situada más allá del juego de fuerzas sociales, para desde aquí, como ya Platón se encargó de difundir, dirigir la sociedad. Quizá lo que al nacionalsocialismo, seudorrevolucionario y seudoconservador al mismo tiempo, le molestaba de la sociología no fuera tanto su *parti pris* como esa objetividad, de forma parecida a como en las actuales dictaduras del Este el objetivismo es un insulto y hasta una amenaza de muerte.

Así pues, una vez terminada la guerra se abrió las puertas de par en par para permitir la entrada a todo aquello que había pasado de largo durante doce años, sobre todo a lo que procedía de América, donde desde comienzos de los años 30 cierta rama de la sociología, la *empirical social research,* que se entendía a sí misma como investigación de los ámbitos del mercado, la opinión y la comunicación, había logrado perfeccionar sus métodos hasta un punto difícilmente imaginable en Alemania. La tendencia más manifiesta en la sociología alemana después de la guerra es su giro hacia estos métodos y el retroceso de la teoría, que antes de la catástrofe era característica de Alemania y que aun había calado profundamente en la obra de un sociólogo de orientación ya manifiestamente empirista y positivista como Max Weber. Aunque Weber, el defensor de la neutralidad valorativa y de los tipos ideales concebidos de forma puramente nominalista, a los que negó toda sustancialidad, se opuso a los residuos metafísico-filosóficos en sociología, dedicó gran parte de su obra a la metodología en tanto que reflexión filosófica sobre la naturaleza y los métodos de la sociología. Uno de los conceptos fundamentales de Weber, el de comprensión, que compartió con el filósofo contemporáneo Wilhelm Dilthey, todavía era un concepto especulativo: Weber esperaba conocer la sociedad como algo esencialmente espiritual, afín al espíritu que comprende. La

investigación alemana de posguerra, en cambio, quiso igualar en lo posible sus métodos al proceder cuantificador y clasificatorio de las ciencias naturales del que Weber, seguidor del Idealismo sudoccidental alemán en teoría de la ciencia, quiso diferenciarlos como ámbito *sui generis*.

El estadio actual de la sociología en Alemania podría caracterizarse afirmando enérgicamente su separación de la filosofía. No en vano, en los años de posguerra los intentos de exponer la problemática de la sociedad actual en su conjunto —y ocuparse de la totalidad es esencialmente filosófico —procedieron únicamente de representantes de la generación anterior, como Rüstow y Freyer[2]. La infinitud mala del ámbito de la sociología, en el que efectivamente cabe todo lo que uno pueda imaginar, no explica suficientemente por qué los sociólogos más jóvenes prescinden completamente de lo que domina la historia de su propia disciplina desde Comte y Spencer hasta Pareto. Ha cambiado el hábito intelectual: la nueva generación de sociólogos pertenece a esa generación escéptica que abandona uno de sus objetos de investigación favoritos. Prefiere atenerse únicamente a aquello que considera controlable y seguro, y renunciar a las pretensiones que se reconocen a sí mismas más o menos abiertamente como herencia de una época en la que las tareas específicas de la sociología, y por lo tanto sus métodos, todavía no estaban suficientemente definidas, y que ahora habría que liquidar. La tendencia a la especialización suele imponerse de forma objetiva, contra el deseo y la voluntad del investigador; la reflexión, en vez de criticarla, la hace expresamente suya.

El factor desencadenante de esta evolución no es meramente un factor externo, como podría ser la atracción ejercida por América, aunque la tendencia de los alemanes a pasarse de un extremo a otro halla también su expresión en cierta necesidad de ser más americanos que los propios americanos, mientras que en la actualidad éstos avanzan ya hacia una reflexión crítico-filosófica de la sociología. Las sociologías americana y alemana se han aproximado de forma fundamental partiendo de polos opuestos; la sociología alemana ha entrado en ese proceso de integración internacional que parece estar en correspondencia con la división del mundo en grandes áreas sometidas a la planificación social a gran escala. Pero, en verdad, dicha aproximación es el producto de la tensión inmanente de la sociología alemana, de la tensión

---

2 Alexander Rüstow, *Ortsbestimmung der Gegenwart. Eine universalgeschichtliche Kulturkritik*, 3 vols., Erlenbach-Zürich y Stuttgart, 1950-1957; Hans Freyer, *Theorie des gegenwärtigen Zeitalters*, Stuttgart, 1955.

entre el concepto filosófico, sin el que la sociología no puede aprehender su objeto, la sociedad, y la comprobación empírica, sin cuya resistencia antimitológica contra el pensamiento soberano éste se condena tanto más a la impotencia social cuanto más sublime se muestra. El momento de no transparencia y opacidad, que la investigación empírica subraya tan enfáticamente frente a la tradición filosófica, pertenece de forma constitutiva al concepto de sociedad: ese momento expresa que la sociedad, al igual que la historia, se impone por encima de las cabezas de los hombres. De forma enteramente consecuente, Émile Durkheim definió el hecho social precisamente como la coerción con la que se topa el individuo, e identificó la ciega regularidad colectiva como el objeto de la sociología, que, contra la doctrina de su contemporáneo Max Weber, no es «comprensible». La divergencia de Weber y Durkheim expresa una antinomia de la cosa misma. La sociología no filosófica se resigna a ser mera descripción precientífica de lo que es el caso, de aquello que, sin relación con el concepto que lo media, es fachada, apariencia, lo no verdadero. Pero, por otra parte, para hacer justicia a esa idea de ciencia a la que se ha subordinado desde sus orígenes y que está indisolublemente ligada al nombre de positivismo, la sociología necesita emanciparse de la filosofía. Esta evolución en la historia de las ideas es un aspecto parcial y tardío de aquel proceso mayor a través del que la filosofía, conforme al amplio proyecto de Ilustración puesto en marcha por los presocráticos, tuvo que ceder cada vez más ámbitos a las distintas ciencias: tras la naturaleza y la historia, ahora es el turno de esas cuestiones sociales que el pensamiento filosófico se había esforzado por resolver desde el Estado platónico. La progresiva diferenciación de los métodos conforme a una estricta división del trabajo en detrimento de esa totalidad a la que apuntaba la metafísica —y la racionalidad de ayer se convierte permanentemente en el prejuicio metafísico de hoy— va acompañada de la sombra de la regresión. Esto puede apreciarse en la sociología, que se desarrolló tardíamente y de forma sincrónica con el proceso de involución de la sociedad. De forma insistente, con un celo no demasiado racional que se debe a la primacía del interés por el método sobre el interés por el contenido, la sociología ha tratado de delimitarse de las ciencias próximas a ella; sobre todo, de la economía política y de la psicología. La eliminación de las cuestiones propiamente económicas, las referidas al proceso de producción y reproducción de la sociedad, que da vida a las llamadas formas de socialización, ha acabado diluyendo la temática sociológica. La ciencia que confía en hacer cristalizar lo social prescindiendo de la referencia de los momentos sociales a la autoconserva-

ción de la sociedad y su problemática se ve obligada a fetichizar lo que queda, las «relaciones interpersonales»; omite la función de éstas en el metabolismo con la naturaleza y con la totalidad social, así como el conjunto de las contradicciones fundamentales. De este modo la sociología se convierte en psicología social, lo que, de acuerdo con la parcelación del campo científico, no le resulta menos incómodo. Efectivamente, la «sociología realista» alemana de hoy desliga constantemente de los auténticos intereses económicos esas relaciones interpersonales que tienen lugar en el seno de determinadas unidades económicas y las atribuye a supuestos motivos empresariales específicos. Pero éstos, según concluyen otras investigaciones, no hacen sino enmascarar las condiciones económicas de la totalidad social. Si bien se concretan en cada empresa particular, no son el resultado de las formas de relación interpersonal de cada una de ellas[3]. Por otra parte, la economía, que en el mapa de las ciencias aparece separada de la sociología, también renuncia a la pretensión de pensar los procesos fundamentales de la vida social, cediendo dicha pretensión a la misma sociología que la ha abandonado; sirviéndose de un aparato matemático altamente evolucionado, la actual ciencia económica traza los esquemas de las relaciones posibles dentro de economías de mercado ya desarrolladas, sin dar cabida en su seno al análisis de la relación de cambio en sí misma, de su naturaleza social y de su dinámica. En el foso abierto entre la sociología y la economía desaparece el interés que constituye la verdadera *raison d'être* de ambas disciplinas; la una espera de la otra lo que ésta no le procura y de lo que se despreocupa, pues en esta despreocupación encuentra su orgullo como ciencia. No menos precaria es la separación de la sociología respecto de la psicología. Si se toman como objeto de estudio esas «relaciones interpersonales» subjetivas e irracionales, resulta imposible esquivar a la psicología; oponer una psicología colectiva, específicamente sociológica, a la psicología individual, sería, según la obra de Freud *Psicología de las masas y análisis del yo,* incurrir en el más burdo dogmatismo. Pero poniendo el acento en los momentos subjetivos de la sociedad, la sociología, pese a toda pretensión positivista, cae víctima de un prejuicio: considera que ha de ocuparse directamente de los hombres y no de las condiciones objetivas de su existencia, las instituciones. No en vano, la afir-

[3] Cfr. Theo Pirker, Siegfried Braun, Burkart Lutz, Fro Hammelrath, *Arbeiter, Management, Mitbestimmung. Eine industriesoziologische Untersuchung der Struktur, der Organisation und des Verhaltens der Arbeiterbelegschaften in Werken der deutschen Eisen-und Stahlindustrie, für die das Mitbestimmungsrecht gilt,* Stuttgart y Düsseldorf, 1955.

mación de que lo único que verdaderamente importa son los hombres ha degenerado hace ya mucho tiempo en una consigna ideológica. Esta consigna beneficia a un sistema que lo único que verdaderamente quiere de la sociología es que ésta le proporcione información fiable sobre cómo organizar de la forma más fácil los grupos humanos y, como se dice hoy, sobre cómo «dirigirlos». Esto, sin embargo, no es simplemente el resultado de una deformación y un desarrollo defectuoso de la sociología que pudieran corregirse desde fuera, por ejemplo recuperando la gran tradición sociológica, que de hecho está semiolvidada, o mediante la infiltración en ella de ideas filosóficas o de los llamados «ideales». Es la lógica de la cosa misma, el empeño en dar con hechos específicamente sociológicos e incontestables, lo que genera necesariamente esas limitaciones que acaban en la resignación, eliminan las cuestiones relevantes y conducen a la regresión de la conciencia social y de su forma de reflexión científica.

El auge de la sociología alemana después de la guerra obedece a una necesidad genuina. Las múltiples tareas de planificación que se plantearon tras la derrota total, tras la destrucción de las ciudades y frente a hechos como la afluencia de millones de refugiados, exigían disponer de una información sólida. Dado que los simples datos estadísticos se mostraban insuficientes ante problemas como el potencial de reinserción de los refugiados y repatriados, la administración no podía prescindir de los métodos de la «administrative research»[4]. Las innumerables investigaciones realizadas, que en muchos sentidos eran claramente contradictorias, se proponían averiguar si, y en qué medida, la forma de la familia podía remediar el desarraigo que sufrían capas enteras de población inmediatamente después de la guerra. El planteamiento de la cuestión contiene, inevitablemente y de modo tangible, cierta tendencia pro familiar que se transmite a los resultados por encima de los métodos y de los instrumentos empleados. De este modo se ocultan tendencias opuestas, como el debilitamiento de la familia a largo plazo. Evidentemente, desde el punto de vista teórico esto equivale a una afirmación de los llamados vínculos por los vínculos mismos, por su virtual efecto integrador en determinadas situaciones. La cuestión de la sustancialidad y legitimidad de tales vínculos, sin embargo, apenas se plantea ya, pues esto significaría atentar contra el tabú antifilosófico de la sociología.

---

[4] Paul F. Lazarsfeld, «Remarks on Administrative and Critical Communication Research», en *Studies in Philosophy and Social Science*, vol. IX, 1941, págs. 2 y ss.

También el extraordinario interés por la sociología industrial y la sociología empresarial tiene su base en la realidad. Después del estatuto más o menos autoritario de la empresa en la industria pesada alemana, estatuto que se remonta al Imperio de Guillermo II, que sobrevivió a la República de Weimar y se reforzó en el Tercer Reich, se llegó a formas adaptadas a las reglas de juego democráticas en lo que respecta a la organización, las actitudes y otros muchos aspectos, como el derecho de cogestión. Por eso se necesitaba información sobre el estado de conciencia subjetiva de los trabajadores, una información que sólo podía obtenerse mediante técnicas de investigación sociológica. Estos intereses también estaban ligados a una tendencia antiteórica, incluso cuando quienes fomentaban la sociología de posguerra eran las organizaciones de trabajadores. El distanciamiento tácito respecto de la teoría marxiana, que se debía tanto a la historia de la socialdemocracia alemana como a la monopolización y falsificación demagógica del materialismo dialéctico por la prolongación de la dictadura en Rusia, creó un vacío. El único sucedáneo de la misma que, sin ser marxista o claramente antimarxista, parecía concordar con la tradición de cientificidad en el movimiento obrero era la sociología empírica axiológicamente neutral. El *pathos* del desencantamiento, el realismo del que ésta hacía gala en su última fase, armonizaba perfectamente con la conciencia desilusionada de una clase trabajadora que ya no veía ningún poder real que pudiera transformar la totalidad social de forma tan radical como se había esperado en la tradición socialista. Pero comprender esta situación no justifica sobrevalorar la neutralidad de la investigación sociológica de orientación neutral. Ésta, en su renuncia al pensamiento que trasciende y sobrepasa lo meramente constatable, y que en esta medida es siempre e inevitablemente un pensamiento crítico, hace excesivas concesiones a ese estado de conciencia limitado al que se conforma con registrar y que sería su deber deducir socialmente. Desde el punto de vista de un mejor funcionamiento de la maquinaria social, ese estado de conciencia se transforma por arte de encantamiento en algo deseable. No en vano la dicotomía *functional/dysfunctional* es la dicotomía suprema a la que se eleva la obra de Talcott Parsons, que en Alemania empieza a ejercer su influencia. En lugar de esto, habría que extraer la consecuencia de la contradicción —de acuerdo con lo posible aquí y ahora— entre la atrofia del carácter social y la persistente necesidad de adaptarse a la sociedad. Evidentemente, dicha consecuencia difícilmente podría corroborarse con el material existente. Pero la sociología actual, debido a su misma estructura categorial y no simplemente a ciertos prejuicios o dependencias, erige

en ideal la mera construcción *post facto* de lo existente. Como suele ocurrir en la ciencia, la equivocidad de un término dice mucho más sobre él de lo que cabría esperar de su crítica semántica: positivismo no alude únicamente a la mentalidad que se atiene a lo dado en tanto que *positum,* sino también a la que lo acoge positivamente, a la que se apropia expresamente mediante la reflexión de aquello que de todos modos es inevitable. «No debe ser» porque no puede ser. Éste es el desconsolador y funesto secreto, entretanto socializado, de ese *amor fati* que en Nietzsche todavía sonaba como una consigna de la disconformidad.

Solamente tras lo dicho cobran sentido, en tanto que modelos, los datos sueltos sobre la situación de la sociología alemana que, no sin cierta arbitrariedad, se citan a continuación. Prueba del creciente interés por la sociología en Alemania es la proliferación de introducciones, visiones de conjunto, síntesis y manuales. Todos ellos responden primariamente a la necesidad de recuperar lo perdido y de satisfacer las legítimas demandas que resultan de la extraordinaria desproporción existente entre el número de estudiantes de sociología y el de profesores universitarios. Evidentemente, en parte puede que también constituyan un sustituto de los proyectos teóricos que ya no se osa emprender; o de la realización de investigaciones concretas. Cierta tendencia a la divulgación es evidente: últimamente las grandes editoriales muestran su preferencia por los libros de bolsillo y los léxicos de sociología. Esta literatura llena sin duda un vacío, pero es asimismo indudable que lo hace ya bajo la presión de «pedagogizar» la ciencia, de prepararla para el consumo. Comparada con la producción en otros países, sobre todo los anglosajones, la cantidad de estudios empíricos serios publicados en Alemania sigue siendo minúscula; tampoco existe la posibilidad de orientarse en el conjunto de esta producción. No obstante, comparada con la pobre información sobre fenómenos y problemas específicos de Alemania occidental de que se disponía en los primeros años de posguerra, puede decirse que la situación ha experimentado una notable mejoría. Así, existen publicaciones —probablemente las primeras en Alemania en los últimos treinta años— sobre distintos aspectos de la conciencia de la clase trabajadora (Popitz, etc.), sobre los empleados (Bahrdt, Müller, Neundörfer), la familia, el municipio rural, la gran ciudad, la clase media, la juventud, los partidos politicos y otros grupos. Desde un punto de vista cuantitativo, estas publicaciones superan con mucho los trabajos histórico-sociales o histórico-sociológicos publicados durante los últimos años; también la historia de los

dogmas, que siempre ha estado especialmente viva en Alemania, experimenta un retroceso. En relación con la época anterior a 1933, los temas de interés han cambiado considerablemente.

En el ámbito de la sociología política también dominan los análisis empíricos ahistóricos, aunque en Alemania precisamente esta disciplina procede de una tradición de investigación histórica y teórica, la ciencia política. La sociología política tiene su centro en el Instituto de ciencias políticas de Berlín, dirigido por Otto Stammer. Allí, al igual que en otros institutos universitarios, los dos principales temas de estudio son: la sociología de los partidos políticos y los grupos de intereses extraparlamentarios. El estudio de la naturaleza de los partidos obedece a necesidades sumamente reales: la Constitución de la República Federal de Alemania, a diferencia de la Constitución de Weimar, establece y garantiza la participación de los partidos en la formación de la voluntad del pueblo alemán (artículo 21). La relación entre la situación legal así creada y los principios de soberanía popular y de representación parlamentaria, anclados asimismo en la Constitución, plantea numerosas cuestiones sociológicas. Algunas de las investigaciones sociológicas sobre las estructuras de los partidos, como las de Otto Büsch y Peter Furth sobre el SRP, hacen uso de ciertos conocimientos psicosociales obtenidos en América por el estudio *Authoritarian Personality*.

Quienes se ocupan de la sociología de los partidos políticos se interesan más por explicar las transformaciones estructurales de las organizaciones e instituciones políticas que por las cuestiones calificadas expresamente de teóricas. La división del trabajo entre sociólogos, historiadores y politólogos deja los estudios empíricos en manos de los sociólogos, quienes se apoyan considerablemente en los resultados y explicaciones de los politólogos, pero a su vez éstos están al corriente de las investigaciones y planteamientos sociológicos como jamás lo estuvieron en Alemania. La obra más importante en este ámbito hay que agradecérsela al Instituto de ciencias políticas de Berlín, publicada con el título *Los partidos políticos en la República Federal de Alemania. Estudios sobre la evolución de los partidos alemanes hasta las elecciones federales de 1953* (ed. Sigmund Neumann, Stuttgart/Düsseldorf, 1956). Siete monografías estudian los partidos entre los que los electores podían decidirse en septiembre de 1953. Basándose en datos ya existentes —que no son fundamentalmente el resultado de sus propias indagaciones— se analiza la evolución de los partidos desde 1945, su organización, sus programas, su colaboración con las distintas asociaciones y la procedencia social de sus miembros. Menor atención recibe la «organización real»

de los partidos: su estructura interna efectiva, la relación de la directiva con los militantes y las entidades locales, la formación de la voluntad política en la cúpula del partido, las relaciones recíprocas entre las asociaciones y los partidos. Los autores expresan sin ambages esta deficiencia. Ésta confiere a la obra el carácter de trabajo preliminar, lo que no puede convertirse en un reproche: en Alemania, las asociaciones y los partidos, seal cual sea su color, siguen oponiendo la más enérgica resistencia a la clarificación científica de su estructura interna, que naturalmente no coincide con su constitución jurídica formal. La supervivencia de la Alemania guillermina en la «época de las asociaciones» es la razón fundamental por la que la sociología política y la ciencia política se ven alejadas de las cuestiones verdaderamente importantes, que en los años 20 todavía ocupaban el centro de la discusión, como las referidas a la función de la burocracia en la democracia moderna, la conciencia política del cuerpo superior de funcionarios, la relación entre Estado y economía, la financiación de los partidos —en definitiva, la cuestión de la materialización institucional del poder social efectivo. El concepto de poder se aborda muy raramente: en este sentido, la sociología política parece convertirse en una ciencia apolítica.

La discusión de los grupos de intereses extraparlamentarios ha sido impulsada fundamentalmente por Theodor Eschenburg, *¿Poder de las asociaciones?* (Stuttgart, 1955). El libro no sólo ha abierto la auténtica discusión del problema, sino que ha provocado un conjunto de literatura muy instructiva sobre la organización, la estructura, la militancia y los programas de las asociaciones más importantes, sobre la pertenencia de sus funcionarios al primer y segundo *Bundestag* y sobre la administración pública (cfr., además de Eschenburg, sobre todo Rupert Breitling, *Las asociaciones en la República Federal de Alemania. Sus formas y sus modos de influencia política,* Meisenheim am Glan, 1955; Joseph H. Kaiser, *La representación de intereses organizados,* Berlín, 1956). Eschenburg demuestra la influencia de importantes grupos de intereses en las decisiones políticas. Pero aún no contamos con análisis empíricos del funcionamiento interno de estos grupos, de sus tendencias a la oligarquía y a la autoperpetuación, de sus métodos para influir en los partidos, el gobierno y la burocracia, y del alcance de esta influencia, en una palabra: de su poder real en la sociedad. Las razones de este déficit son evidentes: en Alemania, como en el resto del mundo, la sociología encuentra dificultades para acceder al material primario siempre que toca puntos neurálgicos de la sociedad. Pero esto significa nada menos que la sociología, y por tanto la opinión pública, desconoce as-

pectos fundamentales de la formación de la voluntad política en el país, en los distintos estados y en los municipios; que en la Alemania de hoy se conocen muy pocas cosas acerca del verdadero funcionamiento de la democracia. Pese a todo el énfasis que se pone en el realismo de la sociología alemana de posguerra, ésta apenas ha tenido acceso a las realidades fundamentales que deberían constituir su objeto de estudio.

El número de publicaciones históricas sobre la naturaleza de los partidos es relativamente grande, por ejemplo, Ludwig Bergsträsser, *Historia de los partidos políticos en Alemania* (8.ª y 9.ª ediciones completamente revisadas, Múnich, 1955); Wilhelm Mommsen, *Los programas de los partidos políticos alemanes. Una selección desde el periodo previo a la revolución de Marzo hasta la actualidad* (Múnich, 1952); Wolfgang Treue, *Los programas de los partidos políticos alemanes de 1861 a 1954* (Gotinga/Fráncfort/Berlín, 1954); O. K. Flechtheim, *Los partidos políticos alemanes desde 1945* (Berlín/Colonia, 1955). Se reeditan otros trabajos anteriores, como la obra ya implícitamente antidemocrática de Robert Michels sobre la sociología de los partidos, los trabajos de Max Weber y otros muchos textos sociológicos más antiguos. En la República Federal no existen demasiados estudios sociológicos sobre el área de influencia del Este; como es natural, esto se debe principalmente a las trabas que los estados dictatoriales ponen a las investigaciones imparciales. El Instituto berlinés también ha publicado algunos estudios sobre la República Democrática Alemana, por ejemplo el de M. B. Lange *Ciencia y Estado totalitario. La ciencia en el camino hacia el estalinismo* (Stuttgart/Düsseldorf, 1956).

La relación existente entre la orientación empírico-positivista de la sociología alemana, su función práctica para fines administrativos y su resignada subordinación a la supremacía del estado de cosas existente se manifiesta de la forma más clara allí donde la sociología más se aproxima desde el punto de vista temático al centro de la vida social, en la esfera de la producción industrial. Lo que en ella sucede suele incluirse en el concepto de sociología de los grupos. Pero desde 1945 la categoría de grupo apenas ha sido considerada desde el punto de vista de la totalidad social, a pesar de que en los manuales y en los léxicos de sociología y de ciencias sociales disponibles se exponen las más variadas definiciones de grupo (Bernsdorf y Bülow, 1955; Ziegenfuss, 1956; König, 1958). Son muy pocos los análisis relevantes sobre el significado y la función de los grupos en el proceso social.

Sorprendentemente, frente a la relativa carencia de estudios de grupos de gran alcance, la tendencia a convertir a los grupos en el verda-

dero objeto de la sociología está ampliamente representada, lógicamente también por König —como por Durkheim o Bogardus. Así, en cualquier caso, podrían entenderse las consideraciones introductorias del primero al término «Grupo» *(Sociología,* Léxico Fischer, Fráncfort del Meno, 1958): «Para comprender la extraordinaria importancia del concepto de grupo comenzaremos aludiendo a Florian Znaniecki, según el cual en la sociología actual el concepto de grupo ocupa el lugar que antes ocupaba el concepto de sociedad. Esta afirmación es correcta y doblemente significativa: 1) porque muestra una importante tendencia metodológica a abandonar la consideración de las estructuras globales del todo social y a volver la mirada sobre las estructuras parciales, que al menos nos son más próximas y que en esa medida quizá nos resulten más fácilmente comprensibles que las primeras; 2) porque de este modo se perfila la determinación, que ciertamente no goza todavía de una aceptación general, de tomar al grupo como el principal objeto de estudio de la sociología. Naturalmente, esto abre la cuestión de la concreta relación de estos grupos con las estructuras globales del todo social.»

Este tipo de intenciones son las que predominan en la sociología empresarial. Ésta «se halla en camino de convertirse, junto con la tecnología del trabajo, la fisiología laboral, la economía y la psicología de la empresa, en una de las bases de la moderna dirección de empresas». Difícilmente podría la crítica expresar más claramente sus reservas en relación con el estadio actual de esta rama de la ciencia en Alemania de lo que lo hace esta observación aprobatoria de Otto Neuloh (en «La sociología empresarial en Alemania. Un inventario», Publicaciones de la Asociación para la racionalización del trabajo «Mensch und Arbeit», 4, 1956). Hubo un tiempo en que la consideración científica de la industrialización y de sus consecuencias, así como de la relación entre fuerzas productivas y relaciones de producción en el capitalismo, estuvo guiada por un impulso crítico. Posteriormente, en el siglo XX, esto dio lugar a los distintos intentos —necesariamente inútiles— de reformar la sociedad partiendo de la empresa (Rosenstock, Michel). Todo esto parece haberse olvidado, eliminado o, a lo sumo, es evocado como mera reminiscencia cultural. La «cuestión social» se ha convertido en el problema de las «human relations» en la empresa. La sociología industrial y empresarial resurgida en la Alemania de posguerra en forma de «sociología de los vínculos» se guía más por los métodos y los resultados de la investigación social americana que por su propia tradición.

Ciertamente, tanto a las grandes teorías del siglo XIX como a los

esfuerzos en materia de política social de las primeras décadas del siglo XX puede objetárseles una insuficiente fundamentación empírica. Pero el deseo de corregir esta situación, el desplazamiento del centro de interés desde la reflexión sobre el objeto a la investigación axiológicamente neutral de hechos conforme al postulado de Max Weber, no deja intacto a su objeto. Los hechos son presentados como datos últimos, como el verdadero fundamento del conocimiento científico, cuando en verdad habría que entenderlos únicamente como algo mediado, como expresión de la totalidad social[5]. En lugar de escrutar esta mediación, se da por supuesta su efectividad en los fenómenos investigados y se hace abstracción de ella. La investigación social empírica aprovecha la posibilidad que le ha abierto su reciente evolución: registrar exactamente, conforme a las reglas de juego científicas, el comportamiento y la conciencia de grandes grupos humanos, y también predecirlos. Esta posibilidad satisface necesidades administrativas y de manipulación. Responde a una orientación subjetiva, a la investigación del funcionamiento o no funcionamiento de los hombres en determinadas condiciones, ya tecnológicas, ya de grupo, dentro de las empresas, especialmente dentro de las grandes empresas. La famosa investigación Hawthorne ha ejercido una influencia decisiva en estos estudios. Mientras que en América sus métodos y resultados hace ya tiempo que son objeto de discusión[6], en la literatura alemana sobre sociología empresarial la idea del carácter clave de los grupos informales es casi sagrada.

En esta concepción «subjetivista» de la sociología empresarial es esencial la idea de que la sociología, para reforzar la legitimidad de su existencia, debería poder definir aquellas áreas de estudio que la diferencian del resto de disciplinas científicas. Como tales áreas se presentan —si se dejan de lado los aspectos psicológicos profundos— las denominadas relaciones interpersonales en el seno de la empresa industrial. Como si la forma objetiva del trabajo y su carácter de mercancía no tuviera nada que ver con la vida de los trabajadores, Neuloh pre-

---

[5] Cfr. Theodor W. Adorno, «Soziologie und empirische Forschung», en *Wesen und Wirklichkeit des Menschen,* homenaje a Helmuth Plessner, ed. Klaus Ziegler, Gotinga, 1957, págs. 245 y ss. [«Sociología e investigación empírica», en este mismo volumen].

[6] Cfr., entre otros, G. Friedmann, *Problèmes humains du machinisme industriel,* París, 1946, págs. 301 y ss.; D. C. Miller y W. H. Form, *Industrial Sociology,* Nueva York, 1951, págs. 35 y ss.; C. M. Arensberg, «Behavior and Organization: Industrial Studies», en *Social Psychology at the Crossroads,* ed. J. H. Rohrer y M. Sherif, Nueva York, 1951, páginas 324 y ss.

tende distinguir entre «procesos de vida» y «procesos de trabajo» dentro de la empresa y afirma categóricamente: «Para los sociólogos, y para la ciencia en general, es decisivo entender a quienes trabajan juntos como hombres. Éstos sólo se presentan de forma secundaria como especialistas, como titulares de un cargo, como directores, ingenieros, jefes o trabajadores, dependiendo del modo como sus relaciones se estructuren en el seno de la empresa» (en *El estatuto de la empresa alemana,* 1956). Se intenta distinguir por todos los medios la sociología empresarial respecto de la ciencia de la economía de la empresa, en lugar de reconocer que las líneas de demarcación entre las ramas científicas no describen ningún orden ontológico en el objeto. La ciencia de la economía de la empresa no puede hacer abstracción de las personas que trabajan en el seno de una empresa; pero la sociología empresarial tampoco puede ignorar el objetivo de la empresa, que determina las funciones objetivas de los trabajadores. Pero denominar a la empresa, como hace Neuloh, un «convivium»; reducir el objeto de la sociología a aquellas esferas del comportamiento de los trabajadores que no están directamente determinadas por el objetivo de la empresa (König), significa borrar del ámbito de estudio de la sociología la coacción a la que han de someterse los individuos para poder reproducir su vida y la de la sociedad.

Ciertamente, estas posiciones no son compartidas por el conjunto de la actual sociología industrial alemana. Pero sí que son características de una de sus más fuertes tendencias. Su sistema de referencia es el mismo que subyace a las encuestas realizadas en las empresas por institutos de demoscopia privados en aras de la mejora de la empresa. Aunque en ocasiones hay un reconocimiento de la dependencia de la empresa particular respecto de la sociedad, este reconocimiento es siempre demasiado genérico —normalmente la investigación aborda la empresa de forma aislada. Es cierto que Helmut Schelsky aconseja insistentemente a la sociología empresarial e industrial no descontextualizar la empresa, sino «examinar minuciosamente los problemas de ésta en su relación con las correspondientes estructuras y problemáticas del todo social». Pero también él considera la relación entre la empresa —que desde el punto de vista puramente técnico-económico constituye una unidad independiente— y los esfuerzos por integrarla en la sociedad a través de medidas sociales extra e intraempresariales como la «tensión y dinámica fundamentales de nuestra moderna civilización industrial». Schelsky pasa por alto que esa «tensión fundamental» es el producto de factores inmanentes de la empresa, como el aumento de la productividad en aras del beneficio, y no de cuales-

quiera otros factores separables de la finalidad económica, y sobrevalora la relevancia sociológica de las medidas psicosociales y político-sociales. Bastaría con que la sociología empresarial persiguiera siempre este doble objetivo: elevar el grado de satisfacción social y psíquica de los trabajadores y aumentar el nivel de producción y rentabilidad de la empresa, para tender un «puente sobre el abismo que se abre entre empresarios y trabajadores» (en Schelsky, *Tareas y límites de la sociología empresarial*, 1954). Pero el abismo no se abre entre la satisfacción social y psíquica, por una parte, y el nivel de producción y la rentabilidad de la empresa por otra, sino en la misma configuración social de esa rentabilidad.

Frente a esta concepción subjetiva y centrada en el problema de la así llamada integración de buena parte de la actual sociología empresarial, hay una serie de investigaciones que parten de la realidad y la función objetivas de la empresa industrial y de sus miembros y analizan desde este punto de vista los conflictos, la oposición de intereses y las relaciones de poder. Por lo demás, en esta concepción convergen trabajos tan distintos como los de Pirker y Lutz; los de Popitz y Bahrdt; los de Dahrendorf y los del *Institut für Sozialforschung* de Fráncfort. En su escrito «Sociología empresarial e industrial», Dahrendorf afirma: «Cuando se ocupa de los hombres que trabajan en la empresa industrial, la mirada del sociólogo no se dirige principalmente a los hombres en tanto que sujetos dotados de una personalidad propia en toda su riqueza y singularidad, sino como portadores de roles sociales, como torneros, secretarias o jefes de sección, como obreros que trabajan en cadena, jefes de taller o directores. Así pues, para la sociología empresarial lo más importante es la cuestión de las relaciones existentes entre los miembros de una empresa dependiendo de su posición y de sus tareas, no de su personalidad.» De la atención que Dahrendorf presta a los conflictos estructurales es testimonio su libro *Clases sociales y conflicto de clases en la sociedad industrial* (1957). En qué medida esa estructura objetiva puede dejar espacio para una categoría como la de la personalidad en toda su riqueza y singularidad es una cuestión que aquí no podemos responder. Las condiciones objetivas de una democratización de las relaciones personales en el seno de la empresa han sido estudiadas por Pirker, Lutz y Braun en su gran obra *Trabajadores, gerencia, cogestión* (1955). El centro del estudio de Popitz, Bahrdt, Jüres y Kesting titulado *Técnica y trabajo industrial* (1957), son las condiciones objetivas del trabajo en una planta metalúrgica y las formas de cooperación y comportamiento de los trabajadores en dichas condiciones. Con este estudio está estrechamente relacionado el titulado *La imagen*

social del trabajador (1957). La investigación del *Institut für Sozialforschung* sobre la fluctuación en la explotación hullera se centraba en un problema muy específico, a saber, la transformación de la plantilla en las minas en relación con la situación social de la minería.

Un examen algo más minucioso, en razón de su extensión, de la literatura sociológica dedicada a la juventud de posguerra, vuelve a confirmar la tendencia a las investigaciones subjetivas. Sobre las condiciones de vida objetivas de esa juventud se dice relativamente poco; la mayoría de los estudios se ocupan de los comportamientos de los jóvenes, que apenas se osa interpretar a partir de la estructura de la sociedad. Las tesis de la sociología de la juventud, por todos conocidas, quedaron formuladas ya en 1947 en dos trabajos descriptivos: el de Elisabeth Lippert, «Investigación psicológica de la juventud desde el punto de vista de la época», y el de Ludwig Zeise, «La imagen de la juventud alemana» (incluidos ambos en *Kongressbericht,* Bonn, 1947, vol. III). Los dos estudios subrayan la actitud práctica, realista, fría y desilusionada de la juventud, aunque en otros puntos, como en la cuestión del carácter «cerrado» o «abierto» de la juventud, los autores divergen —posiblemente porque se refieren a estratos psicosociales distintos. La tesis de la actitud práctica y realista de los jóvenes de entre quince y veinticinco años fue confirmada por Felix Schenke en su conferencia de Núremberg «Sobre la psicología de la juventud actual» (en *2. Nürnberger nationalwissenschaftliche Woche 1952,* Berlín, 1953). Aquí se hace visible la otra cara de ese realismo: el elevado número de jóvenes degradados y asociales, a los que resulta difícil educar. La segunda entrega de la *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie,* publicada por Peter Heintz y René König (Colonia, 1957), sobre «Sociología y criminalidad juvenil», está dedicada a este aspecto. König ha contribuido también en este número con el artículo central, titulado «Algunas observaciones sobre la situación del problema de la criminalidad juvenil en la sociología». También hay que subrayar el artículo de Gerd Biermann «Caminos hacia la criminalidad juvenil», incluido en el mismo volumen. Biermann exige que la investigación considere las manifestaciones de degradación en los niños de corta edad, que se deben a la desintegración de las relaciones del yo débil del niño con un entorno familiar neurótico en muchos aspectos, sobre todo a las disfunciones en la relación madre-hijo experimentadas en las primeras etapas de la juventud. Se apuntan todos los posibles aspectos de la asocialidad y la desocialización: regresión activa (sobrecompensación), regresión pasiva (abatimiento), el «trauma de la urbanización» y el problema de la regresión de las capacidades (cfr. Wilhelm Roessler, «Juventud y educa-

ción», Düsseldorf, 1957). El único aspecto sobre el que se ofrecen pocos datos sólidos es el del comportamiento sexual, en relación con el cual se afirma genéricamente que para la juventud actual, a diferencia de lo que ocurría alrededor de 1900 y después de la Primera Guerra Mundial, la vida sexual no es ya «ningún problema».

Las monografías sobre el tema procedentes de los estudios comunales de Darmstadt van en cierto modo contra la corriente de la sociología de la juventud, así Gerhard Baumert en *La juventud de posguerra*, e Irma Kuhr en *Escuela y juventud en una ciudad bombardeada* (publicados ambos en Darmstadt en 1952). Baumert no ha podido constatar el fenómeno de la nivelación social de posguerra en el que tanto se insiste. En correspondencia con esto, la conciencia de *status* entre los jóvenes tampoco parece haber cambiado. La monografía de Baumert confirma que la conducta de los jóvenes, y sobre todo de los niños de diez años, se rige extremadamente por lo práctico y lo concreto. Bajo esta delgada capa de «concretismo», sin embargo, se oculta la inseguridad: los jóvenes intentan compensar la pérdida de la autoridad paterna. La ambivalencia de oportunismo y autoritarismo —que, por otra parte, se asocian más fácilmente de lo que parece— es también subrayada por Irma Kuhr: los comportamientos autoritarios parecen prevalecer precisamente entre los escolares. La escuela es aceptada sin crítica alguna, especialmente por aquellos niños que se han quedado sin padre, y por los hijos de refugiados y trabajadores. Estos niños están tan sometidos a la presión de la realidad que apenas le oponen resistencia. Este comportamiento «conforme a la realidad» sería indicio de una pérdida de protección, remitiría en última instancia a la supresión de las formas de infancia reservadas por la alta burguesía: huida al conformismo, aunque se produzca a través de conductas no conformistas (cfr., especialmente, Giselheid Koepnick, *Alumna de noveno,* Darmstadt, 1952).

El libro de Karl Bednarik *El joven trabajador de hoy, un nuevo tipo* (Stuttgart, 1953) tuvo repercusiones más allá del ámbito científico. Partiendo de sus propias experiencias con la juventud trabajadora vienesa, el autor describe la liberación de la clase trabajadora de las convenciones de la clase burguesa, pero también el declive de la conciencia de clase del proletariado. De este modo esboza, desde la perspectiva sumamente problemática de una supuesta «liberación anárquica», existenciarios tales como «desorientación», «seudoindividualidad», «odio socializado al padre» o «solidaridad perdida», sin desarrollar las implicaciones psicodinámicas de estas categorías, que en gran medida describen simples formas de conductas reactivas. El concretismo propio

de las relaciones de la juventud con el trabajo y la retribución se correspondería con su distanciamiento de la esfera pública; en relación con el Estado los jóvenes se comportarían en parte como beneficiarios, en parte como criticones. La latente simpatía con el tipo así caracterizado se convierte en ocasiones en aprobación explícita del mismo.

La aceptación de la que goza la investigación empírica de la juventud trabajadora desde una perspectiva subjetiva podría deberse a que ésta promete aportar pruebas irrefutables en favor de la tesis de la nivelación general de la sociedad. El denominado aburguesamiento del espíritu de los jóvenes trabajadores, su falta de conciencia de clase —que, por lo demás, la teoría socialista de la sociedad jamás supuso como una cualidad ya existente en los trabajadores, sino que era ella la que quería producirla—, demostraría que, en verdad, el proletariado ya no existe. La determinación teórica del proletariado a partir de la separación existente entre productores y medios de producción es suplantada por un nuevo punto de vista, el que cuestiona que los trabajadores, sobre todo los jóvenes, que ya no han crecido en la tradición del movimiento obrero, puedan todavía sentirse y considerarse a sí mismos como trabajadores. La obra en dos volúmenes *Paro y miseria profesional en la juventud* (Colonia, 1952), editada por Helmut Schelsky, tampoco está completamente alejada de este planteamiento. Partiendo de situaciones extremas, la obra extrae conclusiones generales sobre los problemas de la juventud, en vez de centrarse propiamente en las condiciones y las consecuencias del paro juvenil. La encuesta fue realizada entre los años 1950 y 1951 sobre una población de 2.278 jóvenes de entre catorce y veinticinco años; en la investigación se hizo uso de las llamadas entrevistas intensivas. El número de artesanos en la cifra total de ocupados, comparado con el de jóvenes ocupados en la industria, parece ser inversamente proporcional a la cifra total de aprendices. La vieja clase media se dedica a la «producción de aprendices»; frecuentemente, los jóvenes se ven obligados a cambiar de profesión y a trabajar en la industria como «peones». Como la formación era un medio de adquirir prestigio, ese cambio produciría en ellos un sentimiento de desclasamiento y una desmoralización mucho mayor que en los jóvenes que empiezan a trabajar en una fábrica en cuanto dejan la escuela. Según este estudio, en términos generales puede decirse que para los encuestados la profesión es un vehículo de ascenso social, y la actividad profesional se valora en estos términos. Esto, junto con una elección equivocada y un periodo de formación inútil, sería la razón del frecuente cambio de puesto de trabajo. En general cabe decir que «los jóvenes desempleados no proceden precisamente de familias de peo-

nes, sino de familias de trabajadores especializados, e incluso de familias de clase media y alta». El 60% procede de familias incompletas; frecuentemente, la relación padres-hijo estaría «superorganizada», lo que llevaría a atribuir una importancia desmesurada a la elección de la profesión, y así fácilmente a síntomas neuróticos. Las consecuencias del paro en la vida familiar —a diferencia de las investigaciones sobre el paro realizadas antes de Hitler, como el conocido estudio sobre Marienthal— no se concretan. A menudo, el prestigio familiar llevaría a los afectados a soportar periodos de paro, con el fin de no caer en un trabajo menos cualificado. En su artículo sobre las actitudes hacia el Estado y la política, Kluth subraya que «las relaciones entre los jóvenes retroceden y se vuelven inestables en la medida en que la forma de contacto se torna más abstracta e impersonal, en la medida en que desaparece el vínculo personal». La despolitización de la juventud, y en muchos casos su hostilidad hacia la política en general, reflejaría esta tendencia, aun cuando no deberíamos sobrevalorarla: en muchas ocasiones, los jóvenes se limitan a imitar las actitudes de los adultos. La indiferencia hacia las ideologías políticas y la desconfianza en los partidos serían fenómenos generalizados. De este modo surgirían ciertos rasgos de autoritarismo, como la opinión de que el Estado debería «poner más orden», preocuparse de la «comunidad del pueblo», «asegurar a cada cual lo suyo», pero al mismo tiempo la esfera privada del individuo debería permanecer intacta. No obstante, Kluth se niega a hablar de fe ciega en la autoridad, prefiriendo la expresión más positiva de «fe en símbolos». Cuando da con rasgos de carácter autoritarios y con simpatías por las ideas nacionalsocialistas, los interpreta como formas reactivas frente a la «racionalidad abstracta» de la política en la democracia. Pese a la sospechosa jerga en la que se expresan los encuestados, Kluth no toma demasiado en serio este tipo de fenómenos regresivos.

Es Schelsky quien recapitula los resultados del estudio interpretándolos conforme a su concepción de la sociedad nivelada de clases medias. La causa del paro juvenil estriba, a su entender, en la «dificultad de la juventud alemana de hoy para integrarse en el mundo y en la sociedad de los adultos». El hecho de que los jóvenes trabajadores valoren tanto la formación que prefieran exponerse al paro antes que renunciar a ella es para Schelsky «otra forma del afán de posesión del mundo burgués». Cuando, finalizada su formación, se ven obligados a cambiar de profesión y se sienten decepcionados, «el afán de mostrar las capacidades y la valía que impulsa a la formación es sustituido por la concepción de la actividad profesional como "job", cuya única fina-

lidad es ganar dinero». Sin embargo, habría que recordar que el avance de esta concepción de la profesión, sobre el que ciertamente no cabe duda alguna, se debe fundamentalmente a las transformaciones sufridas por el proceso de trabajo, el cual no sólo vuelve superflua la formación, sino toda experiencia en la acepción tradicional del término, dando lugar a una descualificación generalizada que ya no puede tolerar otro rasero sino el cuantitativo de la retribución en tanto que intercambio de equivalentes. De acuerdo con su concepción general, Schelsky atribuye una importancia decisiva a la familia en relación con la actitud hacia la profesión, y en ocasiones insiste en que la racionalidad abstracta de la moderna sociedad industrial lleva a los hombres precisamente a aferrarse a esferas de intimidad como la familiar. Pero la observación de reacciones psicológicas ante la alienación del mundo no garantiza en absoluto que formas básicas tradicionales como la familia cumplan a largo plazo esa función. No en vano los regímenes totalitarios la han sustituido ampliamente por sus propias formas colectivas impuestas desde arriba, sin por ello prescindir de su imperturbable discurso sobre la familia como unidad elemental.

Schelsky también ha editado el volumen titulado *La juventud trabajadora ayer y hoy* (Heidelberg, 1955). En su estudio «La juventud trabajadora: concepto y realidad», incluido en este volumen, Heinz Kluth intenta extraer el rasgo específicamente generacional que distingue el comportamiento y la autoconciencia de los jóvenes trabajadores alemanes de hoy respecto de los jóvenes del siglo XIX y de la época que siguió a la Primera Guerra Mundial. Las tesis son de nuevo las que ya conocemos: en primer lugar, la falta de conciencia de clase. Según Kluth, el deseo de ascender socialmente como individuo, y no como miembro de una clase o de un grupo, modificaría esencialmente las relaciones de los jóvenes con la sociedad, la profesión y el tiempo libre. De ahí el «sentido práctico» y «realista» de la juventud actual; de ahí, también, su aversión a las ideologías políticas, concepto que todas estas investigaciones hacen extensivo de forma aproblemática a la teoría que introdujo el concepto de ideología y de su crítica. Los jóvenes se sentirían vinculados a su propia profesión. De este modo, la juventud se desmembraría en numerosos grupos extraños los unos de los otros que apenas percibirían que tienen algo en común, excepto quizá su diferencia con respecto a los empleados. «La jerarquía de profesiones es hoy probablemente la única imagen de orden relativamente vinculante que la sociedad puede ofrecer a los jóvenes para la satisfacción de su necesidad de reconocimiento social.» Esta actitud, sin embargo, no debería confundirse con la «mentalidad profesional»; la negativa a cam-

biar de empresa no se debería a la denominada vinculación a la empresa, sino al oportunismo. Los valores subyacentes a esta actitud procederían fundamentalmente de la pequeña burguesía.

El estudio de Ulrich Lohmar «La juventud trabajadora en el campo de tensión de sociedad y Estado», incluido en este mismo volumen, presenta cierta divergencia en relación con la concepción de Schelsky: según Lohmar, en su grupo el joven no buscaría ninguna «experiencia de solidaridad con la comunidad», sino que querría «ser reconocido como individuo». Lohmar llama a la alienación el «carácter laberíntico» de la sociedad moderna, que dificultaría una «relación íntima» con el Estado. Frente a esta tesis, que surca prácticamente la totalidad de la literatura, habría al menos que dejar planteada la cuestión de si la sociedad moderna es objetivamente tan opaca como cree el que se ha imbuido de las ideas sociológicas, y sobre todo el mismo sociólogo; o si, por el contrario, la tendencia de la época de las grandes organizaciones a suprimir complicados mecanismos de mediación social no ha vuelto a la sociedad mucho más transparente de lo que fue durante el periodo del alto capitalismo liberal; si, de acuerdo con esto, no existen acaso mecanismos específicos de enmascaramiento de la realidad social que la vuelven tan incomprensible para los hombres y que alguna vez habría que estudiar. Sin duda, el carácter laberíntico de la sociedad habría de entenderse como una proyección de los individuos reducidos a la impotencia, de aquéllos a los que se les ha arrebatado la posibilidad de «prosperar en la vida», como antes se decía.

Finalmente, en su texto «La configuración social de la juventud actual y la relación generacional en el presente», Rudolf Tartler determina —con toda razón— el conflicto generacional como expresión de situaciones sociales específicas. La juventud de hoy no tendría, según Tartler, ninguna «conciencia generacional»; una constatación que coincide con la observación de una ruptura en la conciencia de continuidad histórica, cuando no con la conciencia histórica en general, y que precisamente en Alemania se ha hecho repetidamente incluso en el marco de la investigación social empírica; en este aspecto, como en otros muchos, la última generación de alemanes podría estar próxima a las estructuras americanas.

Actualmente, en Alemania hay también una serie de encuestas representativas sobre los problemas de la juventud, cuya reflexión teórica se ha abierto únicamente una vez finalizado el trabajo de campo y que por ello difícilmente puede ser suficientemente diferenciada, lo que no significa que el amplio material estadístico acumulado carezca de valor.

En la primavera de 1953, la NWDR realizó un estudio en su zona de emisión, publicado en Múnich en 1955 con el título «Los jóvenes de hoy». En el marco de este estudio, Gerhard Schröter investiga el «interés por los medios de comunicación», llegando a la interesante conclusión de que los gustos de los jóvenes apenas se diferencian de los gustos de los adultos. El interés por los libros es mayor de lo que suele suponerse; ciertamente, dicho interés se centra en el nivel definido por nombres como Ganghofer y Knittel. Los medios de comunicación de masas no parecen estar en competencia los unos con los otros, más bien parecen trabajar en estrecha colaboración; de todos modos, según esta investigación, no hay ningún joven que no haya sido alcanzado por uno u otro de los grandes medios de comunicación de masas. Georg Gramse, por otra parte, informa sobre la «actitud de los jóvenes hacia la política». Los resultados corroboran en lo esencial los obtenidos por otras investigaciones conocidas: los jóvenes se mostrarían distantes y desconfiados hacia los partidos políticos, pero esta actitud no los diferenciaría fundamentalmente de los adultos. Para enunciar los resultados a los que ha llegado, Gramse elige esta fórmula: cierta insensibilidad generalizada frente a los asuntos de gran trascendencia, pero no una actitud de oposición consciente a las cuestiones políticas. Helga Ruscheweyk, por su parte, se ocupa de la «actitud de los jóvenes hacia las cuestiones de fe» y dice constatar «un compromiso basado en la fe» en la mitad de los jóvenes. Esta actitud, al igual que el interés por la política, sería especialmente fuerte en las ciudades medianas y pequeñas.

El instituto de demoscopia y estudios del mercado EMNID presenta tres encuestas realizadas en 1953, 1954 y 1955 («Los jóvenes de entre 15 y 24 años», tres estudios, Bielefeld, 1954, 1955, 1956; el último de ellos se titula «¿Cuán fuertes son los gamberros?»). En el informe final, redactado por Rolf Fröhner y sus colaboradores, se recogen las conclusiones de los dos estudios precedentes. La investigación habría demostrado fundamentalmente la denominada «normalidad» de la juventud actual, una categoría que evidentemente subyacía ya a la construcción de los cuestionarios. En éstos se dedica especial atención a los modelos de referencia de los jóvenes. La mayoría de ellos nombran a personas de su entorno más próximo. En relación con el pasado de Alemania, emergen básicamente como modelos hombres de Estado y figuras militares; a partir de esto podría volver a concluirse la existencia de un fuerte componente autoritario en la actual juventud alemana, al que los excesos colectivos de los que tanto se habla contradicen sólo en apariencia. La mayoría de los jóvenes, aproximada-

mente tres cuartos del total, aprueban las fórmulas de educación empleadas por sus padres. La afirmación «Los jóvenes no deben criticar lo que se les ordena, sino hacerlo» es aprobada por el 55%. También aquí están ausentes todo tipo de síntomas de conflictos generacionales. En la elección de la profesión y las aspiraciones profesionales vuelve a ponerse de manifiesto la fuerte tendencia a valorar el ascenso social (47%), pero «en relación con las tareas ligadas al relevo generacional sólo se plantean metas cercanas». Desde el punto de vista profesional, se prefieren las pequeñas y medianas empresas, por las mejores «relaciones humanas» que de ellas se espera; evidentemente, los que trabajan en empresas pequeñas esperan esto mismo de la gran empresa. La tesis del desencanto y del realismo de la juventud vuelve a confirmarse: las aspiraciones materiales son lo principal en el 41% de los encuestados; el interés por la política es, según el estudio, más fuerte de lo esperado. Entre el 57 y el 62% de los encuestados, sin embargo, no tendría ningún interés por la política. El actual estado democrático es aprobado por el 39%, rechazado por el 19%, mostrándose indeciso el 42%. Sólo el 50% sentiría compartir una responsabilidad política: otro índice del crecimiento de la actitud autoritaria. Un tercio de los encuestados evita las preguntas sobre Hitler y el nacionalsocialismo. Las tendencias generales de consolidación y la evolución económica marcharían paralelas. Los medios de comunicación de masas desempeñarían un gran papel: escucha la radio un 82%, lee periódicos un 72%, revistas, etc., un 70%, va al cine un 62%. El 52% dice haber leído uno o varios libros en los quince días anteriores a la encuesta.

La DIVO ha presentado un interesante estudio, «Sobre la orientación ideológica y política de la juventud alemana y sus líderes» (Bad Godesberg, 1957). Se ha entrevistado a 1.579 jóvenes en todo el territorio federal, otros tantos «líderes juveniles», además de una representativa muestra de adultos. Los miembros de organizaciones juveniles viven sobre todo en comunidades más pequeñas, suelen ser religiosos, están todavía en periodo de formación, tienen bajos ingresos pero trabajos más cualificados, o mayor formación. El 25% de todos los encuestados está organizado; otras investigaciones, como la de Reigrotzki «Entramado social en la República Federal de Alemania», reflejan evidentemente porcentajes mucho mayores. La relación de los encuestados con la política dependería más de su apreciación de la situación económica que de factores democráticos y de las llamadas variables personales. Las actitudes antidemocráticas y las simpatías con el fascismo están en correlación, pero las primeras van más allá de estas últimas. La afirmación «Deberíamos volver a tener un solo partido fuerte

que representara verdaderamente los intereses de todas las capas sociales de nuestro pueblo» es aprobada por el 41%, rechazada por el 42%, mostrándose indeciso el 17%; un resultado que sólo puede valorarse correctamente en relación con las correspondientes cifras de la población total: 25%, 47%, 28%. La afirmación «Necesitamos un líder con mano dura» es aprobada por el 21%, rechazada por el 62%, mostrándose indeciso el 17% (población total: 16%, 55%, 29%). Por otra parte, las simpatías hacia el nacionalsocialismo no están relacionadas con el militarismo y el imperialismo, sino con sus medidas sociales, que se echan de menos; estas mismas medidas son elogiadas en el comunismo, que por lo demás es extremadamente impopular, sobre todo porque se lo considera antiespiritual. El estudio de la DIVO, como la mayoría de las investigaciones sobre la juventud, también se ocupa de la relación entre autoritarismo y deseo de seguridad, la necesidad de «tutela». La escala de tolerancia hacia las minorías sociales, por otra parte, muestra que entre los encuestados por la DIVO los comunistas son con mucho el grupo que más rechazo provoca, seguido de nazis, judíos y grandes industriales. El número de los que no opinan es aquí relativamente elevado; las preguntas sobre la actitud para con los nazis y los judíos resultan especialmente molestas.

La obra de Helmut Schelsky *La generación escéptica. Una sociología de la juventud alemana* (Düsseldorf/Colonia, 1957) interpreta los estudios empíricos desde la tesis del desencanto. Por escepticismo se entiende el rechazo de la libertad y la exaltación de la naturaleza románticas, así como del idealismo vago —rasgos, por ejemplo, del «Movimiento de la juventud»* *(Jugendbewegung)*—; éstos habrían sido sustituidos por la orientación práctica y por metas más cercanas, por un pensamiento y un comportamiento interesados en la autoafirmación y la seguridad en el seno de la sociedad y convergentes con el deseo de planificación y de orden. Pero este resultado, que sin duda comparten todos los trabajos de la actual sociología de la juventud, no es tanto sometido a crítica cuanto «salvado» —y esto es lo específico de la obra de Schelsky. «Tras el escepticismo de la prudencia mundana y su aparente frialdad está la viva necesidad de reconocer lo sustancial y lo normativamente vincu-

* «Jugendbewegung» («Movimiento de la juventud»). Expresión procedente del subtítulo del libro de H. Blüher *Wandervogel. Die Geschichte einer Jugendbewegung*, que ha pasado a designar los movimientos surgidos a fines del siglo XIX y principios del siglo XX en el ámbito de lengua alemana, cuyos seguidores aspiraban a un nuevo estilo de vida individual, centrado en la sencillez y la relación con la naturaleza, así como en el aprecio de la cultura popular. *(N. del T.)*

lante en las cosas y en los hombres y de obrar en consecuencia, pero al mismo tiempo el horror a dejarse engañar por palabras hueras» (pág. 60). No es necesario ignorar el contenido de verdad de esta observación para, sin embargo, dudar en considerar una infamia de este tipo como la clave para la comprensión del concretismo de la juventud. Aunque Schelsky tampoco oculta los aspectos negativos de ese escepticismo, le resulta consolador el que al menos la apatía política libre a la juventud de ser víctima de ilusiones. «La cuestión es si no es precisamente la moderna democracia de masas de poderosa estructura organizativa... la que produce este tipo de comportamiento que es el asentimiento apolítico y que a la larga también habrá que reconocer positivamente como el substrato del sistema.» Schelsky denomina comportamiento «apolítico democrático» a la tendencia de la juventud a rehuir toda responsabilidad política; un comportamiento que aguzaría la vista para las necesidades del momento: la búsqueda de «seguridad en la acción» sería la «necesidad fundamental» de la juventud actual, una necesidad «fundada social y antropológicamente». La extremada adaptación de la juventud al mundo de los adultos se debe, según Schelsky, a su deseo de «asegurarse la posibilidad de vida privada», deseo que obedece a la necesidad de construirse una existencia económica y que, por otra parte, no es en absoluto un rasgo que diferencie al presente respecto de épocas pasadas. Esto explicaría el resultado empírico de la ausencia de una mentalidad específicamente juvenil. «La juventud ya no tiene un rol propio en la sociedad que pudiera determinarse positivamente», sino que actualmente nos veríamos «obligados a determinar el rol social de la juventud únicamente como una fase de transición desde el rol propio del niño al rol del adulto, entendido hoy general y definitivamente como un rol social». Habría que admitir esta falta de rasgos sociológicos distintivos del comportamiento de la juventud frente al del adulto, a menos que se quisiera admitir el elevado grado de adaptación a la realidad social objetiva como característica específica de la juventud: los conceptos «juventud adulta», «juventud adaptada» y «juventud escéptica» serían sinónimos. Evidentemente, a menudo esta adaptación sería tan sólo aparente y se reduciría a simples reacciones defensivas que ocultarían, en vez de eliminar, una inseguridad constitutiva en la acción. También Schelsky detecta en la seudoadultez esas deformaciones a las que alude la expresión concretismo. Pero no avanza hacia un diagnóstico del carácter patológico de ese aferrarse a lo más cercano propio del concretismo, hacia el diagnóstico de la debilidad del yo condicionada por trastornos en la infancia. Esto es lo que hace posible su asentimiento. Schelsky defiende a la juventud actual de los

reproches de autoritarismo y de actitud potencialmente antidemocrática; la juventud sería, antes bien, defensora de lo privado y absolutamente tolerante. Estas tesis se confirman fundamentalmente en los jóvenes empleados y trabajadores, pero no en los bachilleres y universitarios: aquéllos serían la «expresión de la estructura y el comportamiento» de la nueva generación; pero también la juventud universitaria tendería a un comportamiento «relacionado con la profesión y el examen». Frente al Estado prevalecería la «conducta de consumidor». Todo esto, sin embargo, habría que aceptarlo como lo más adecuado a las nuevas condiciones sociales.

En el libro *La joven trabajadora. Estudios de ciencias sociales y trabajo juvenil* (Múnich, 1958), Gerhard Wurzbacher y sus colaboradores difieren de Schelsky en varios aspectos. En las reacciones de las jóvenes trabajadoras no cualificadas, así como en las normas e instituciones que actúan sobre ellas, se observa cómo formas rudimentarias relacionadas con el trabajo, el tiempo libre y la familia que se remontan a la época preindustrial y a los primeros tiempos de la industrialización, se combinan con las pautas de comportamiento propias de la sociedad industrial. Este conflicto lleva tanto a fenómenos de retardación como a espasmódicas exageraciones. Más allá del conjunto de las investigaciones empíricas interpretadas por Schelsky, hay dos estudios psicosociales cuyos resultados contradicen las opiniones dominantes en la sociología alemana. En su *Manual de ciencias sociales*, parte A II, págs. 1-3 (Berlín y Múnich, 1955), Ernst Lichtenstein presenta las líneas maestras de una sociología de la juventud. Lichtenstein ve claramente que la pubertad no es en absoluto un fenómeno natural, sino un fenómeno esencialmente histórico, intrincado en la dinámica de la sociedad. Hoy existiría una tendencia a acortar la pubertad a costa de la infancia; al mismo tiempo, el paso a la madurez se aplazaría en favor de la prolongación de ese estadio intermedio que es la juventud. En correspondencia con ello, asistiríamos a una transformación del *status* social de la juventud. Sin embargo, la presión ejercida en favor de la adaptación, de la acción heterónoma, que también Lichtenstein constata, no daría lugar precisamente a un comportamiento conforme a la realidad, sino muy frecuentemente a una «forma de vida esquizofrénica». El mundo del trabajo y el tiempo libre se disocian. Fuera del ámbito laboral, el individuo disciplinado por su trabajo permanece anclado en una fase de desarrollo infantil; su concentración en un comportamiento conforme a su trabajo en la empresa atrofiaría su horizonte experiencial, su capacidad de abstracción, de diferenciación y el mismo lenguaje, con lo que la juventud se convertiría en el blanco de la «magia de la imagen»,

de los patrones psicosociales suministrados por los medios de comunicación de masas. El conformismo de una integración precoz en el sistema social tornaría a los jóvenes vulnerables a las sugestiones colectivas y a los cortocircuitos intelectuales y psicológicos de la más diversa índole.

En su trabajo titulado «Pubertad y tradición» (en *Verhandlungen des 13. Deutschen Soziologentages*, Colonia, 1957), Alexander Mitscherlich explica que las pautas tradicionales de comportamiento transmitidas por la sociedad ya no bastan para desenvolverse adecuadamente en la realidad, por lo que pierden su necesidad. El conflicto así engendrado, al igual que la tan frecuentemente observada aceleración del proceso de pubertad, conduciría a un «infantilismo perpetuo»: así pues, para Mitscherlich, el precio de la adaptación no es simplemente mucho mayor de lo que estiman Schelsky y König, sino que la conducta aparentemente sana, la normalidad llevada desesperadamente al extremo, se revela a sí misma como neurótica. Esta teoría intenta unificar y dinamizar las observaciones sobre el carácter adaptado a la realidad de la juventud de hoy y los síntomas de su deterioro. El mundo de los jóvenes se caracterizaría por ser un mundo inundado por estímulos y por la tendencia a compensar mediante satisfacciones vicarias los estados desagradables, las diversas renuncias a los impulsos, a las que un orden social de fuerza desmedida somete a la juventud. La falta de una tradición que sirva de protección entorpece el proceso psicológico de formación del yo. Mitscherlich interpreta seriamente desde la perspectiva de la psicología profunda fenómenos que sólo parecen insignificantes cuando son simplemente objeto de descripción.

El problema de la autoridad ocupa un lugar central en trabajos como los de Lichtenstein y Mitscherlich. De él se ocupa también un proyecto de la UNESCO del año 1954, que es de lo más fructífero que se ha escrito sobre la juventud alemana de posguerra: Knut Pipping y otros, *Conversaciones con la juventud alemana. Un estudio sobre el problema de la autoridad* (Helsinki, 1954). De acuerdo con los resultados de Pipping, la imagen paterna sigue teniendo un puesto muy importante en la psique de los jóvenes alemanes, aunque en un primer momento resulte menos visible que la imagen materna; tanto chicos como chicas tendrían un vínculo mayor con el padre que con la madre; mayoritariamente se considera al padre más afectuoso. La dinámica psíquica de los jóvenes tampoco habría «progresado» tanto como pretende la opinión dominante, pues para la juventud alemana educación y castigo son términos sinónimos. La afirmación incluida en los cuestionarios «Cuando se es mayor se agradecen los golpes que se recibieron de

niño» fue rechazada solamente por un 12% de los 444 jóvenes encuestados. Por otra parte, según este estudio, los asuntos públicos desempeñan un papel minúsculo en los jóvenes, totalmente absorbidos en el ámbito privado. «Una identificación real con el poder la encontramos con más frecuencia siempre que el padre es descrito como una persona liberal, como un compañero y un amigo, mientras que la madre es descrita como una persona más bien fría y dominante» (pág. 421).

La problemática de la sociología de la juventud en Alemania se resume en una controversia planteada en los siguientes términos: o bien registramos positivamente, en el doble sentido del término, la fuerte tendencia a la adaptación predominante en la juventud actual, o, por el contrario, le achacamos determinados momentos regresivos, cuya existencia apenas se pone en duda, pero no entendiéndolos solamente como síntomas patológicos de los individuos, sino también como expresión de un estado patológico del conjunto de la sociedad que se reproduce en las cicatrices de los individuos.

1959

Teoría de la sociedad e investigación empírica

Desde 1957, en la sociología alemana viene desarrollándose con creciente intensidad una controversia que, entretanto, ha culminado en el 16.º Congreso de sociólogos alemanes celebrado en la ciudad de Fráncfort. Documentan esta controversia las distintas aportaciones incluidas en el volumen publicado con el título *La disputa del positivismo en la sociología alemana*[1]. Las dos posiciones enfrentadas en la discusión podrían caracterizarse abreviadamente con las expresiones «teoría crítica de la sociedad» y «positivismo», respectivamente, aunque esta caracterización no es del todo exacta. Algunos de los sociólogos más activos de entre a los que se califica sumariamente de positivistas se niegan a entenderse a sí mismos como tales. Hoy no es mi intención ocuparme del debate de fondo, sino más bien de sus consecuencias en relación con la praxis científica concreta. Pues se ha generalizado la opinión de que los representantes de la posición crítica, para la que se ha acuñado el nombre «Escuela de Fráncfort», se mantienen ajenos a la investigación social empírica, cuando no la rechazan completamente, pese a que desde hace más de treinta años esta escuela se ha acreditado precisamente por sus investigaciones empíricas. René König, que ciertamente no ha participado todavía directamente en la controversia, pero a quien sin duda hay que situar del lado positivista, propuso una terminología de acuerdo con la cual debería separarse de la sociología lo que él llama «filosofía social» y todo aquello que puede englobarse

[1] Cfr. Theodor W. Adorno y otros, *Der Positivismusstreit in der deutschen Soziologie*, Neuwied, Berlín, 1969. [Trad. esp.: *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, 1973.]

bajo el término «teoría crítica de la sociedad». Al lector ingenuo esta propuesta podrá parecerle una simple cuestión de nomenclatura, pero en verdad detrás de ella hay intereses muy reales. Si la «teoría crítica de la sociedad» es desmembrada de la sociología, ésta será monopolizada por la vertiente empírica; como normalmente las grandes investigaciones sociológicas, en la medida en que estudian las opiniones, los comportamientos y las motivaciones de amplios sectores de la población, necesitan recurrir al trabajo en equipo, los costes de tales investigaciones, a diferencia del trabajo que el científico de viejo estilo realiza en su despacho, son elevados. Pero los representantes de una sociología crítica, a diferencia de lo que gusta de atribuírseles, no quisieran conformarse de ningún modo con el trabajo de despacho; también ellos necesitan los llamados «estudios de campo». Si esa separación tuviera consecuencias en el orden organizativo y financiero, la vertiente crítica correría el riesgo de llevarse la peor parte. Las investigaciones empíricas se convertirían en el privilegio de los empiristas. Ante esto nunca se subrayará suficientemente que lo que se discute no es la investigación empírica o su omisión, sino su interpretación, el lugar que le corresponde en la sociología. Ningún investigador social sensato puede pretender substraerse a la investigación empírica; y ello no solamente porque en Alemania la especulación desenfrenada —ese proceder del espíritu del que una ilustre representante de la teoría crítica dijo una vez: «qué no ha de poder un gran pensador»— se ha puesto a sí misma en una situación extremadamente delicada con teorías como la de que la raza es un factor decisivo en la vida de la sociedad. Más allá de esto, desde el derrumbe del idealismo alemán y de las corrientes que lo siguieron más o menos encubiertamente, la relación con los hechos se ha transformado radicalmente. Cuando, en una ocasión, Benjamin, que indudablemente no era ningún positivista, dijo que hoy la fuerza de la realidad está más en los hechos que en las convicciones, estaba dando expresión a la conciencia de esa preponderancia actual del ente a la que el espíritu sólo puede hacer frente impregnándose de ente, empapándose de hechos. Si una vez éstos fueron considerados ciegos y extraños al espíritu, hoy ese mismo espíritu que una vez se creyó soberano sólo puede acreditarse a sí mismo haciendo hablar a los hechos. Pero si el espíritu se ve remitido a la empiría, no puede cerrarse a los métodos de la investigación empírica controlada que han ido cristalizando, como tampoco puede considerar estos métodos, los cuantitativos, como fin último; pues los métodos son precisamente eso, caminos, medios, no fines en sí mismos. El conocimiento fructífero, que rebasa el ámbito de las investigaciones cuantitativas, ha de ser

necesariamente cualitativo, de lo contrario la sociología se reduce efectivamente a esa estúpida presentación de cifras que, como hoy se sabe en todo el mundo, condena a la esterilidad a tantos estudios publicados. Sin embargo, los grandes teóricos de la sociedad jamás despreciaron las investigaciones empíricas. En la Antigüedad, Aristóteles realizó un estudio sobre las constituciones de las ciudades-estado griegas que en verdad encaja ya en el concepto actual de *survey*. Marx, que no sentía más que desprecio por el positivismo sociológico de Auguste Comte, dedicó muchas de sus fuerzas a un estudio empírico sobre los trabajadores, la *Enquête ouvrier*. *El capital*, al igual que *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra*, de Engels, están repletos de material empírico, que no obstante está totalmente al servicio de la construcción teórica, en tanto que su fundamentación. Pero también Max Weber, que insistía en la neutralidad valorativa y que, pese a sus esfuerzos por conprender las tendencias generales de la sociedad, rechazaba ese tipo de construcciones, emprendió prolijas investigaciones empírico-sociológicas y no se dio por satisfecho con el material histórico-social.

He mencionado que la Escuela de Fráncfort ha trabajado desde un comienzo con los medios de la investigación social empírica. De ellos se hizo uso en el volumen *Autoridad y familia*, así como en los estudios americanos incluidos en *Authoritarian Personality*, en los posteriores estudios de grupos sobre la conciencia política de los alemanes, en la obra *Estudiante y Política* y recientemente en la investigación de una escala para indagar el potencial autoritario en la Alemania poshitleriana. El Instituto francfortiano concede una importancia fundamental a la conversión de sus concepciones teóricas en investigaciones empíricas con el fin de controlar tales concepciones, pero también para impulsar la investigación empírica y plantearle tareas más interesantes que las que ésta suele plantearse. No obstante, a este respecto no hay que pasar por alto que, efectivamente, hasta hoy sólo unos pocos de esos impulsos teóricos han tomado la forma de investigaciones empíricas. Es cierto que, en parte, esto se debe a la resistencia que muchos investigadores empíricos oponen a los planteamientos teóricos. No hace mucho tiempo todavía se podía escuchar afirmar con total seriedad que, si en una investigación se meten demasiadas ideas, éstas se convierten en prejuicios que obstaculizan el logro de la objetividad científica. Sin embargo, entretanto se ha podido comprobar que de las investigaciones que no están guiadas por ideas tampoco se saca nada. En verdad, los resultados de una investigación jamás pueden ir más allá de la inversión intelectual que se ha hecho en ella; sólo que esto no significa, por ejemplo, que los resultados hayan de ser las mismas ideas inverti-

das. Esto sería dogmatismo. Los instrumentos utilizados en la investigación, por ejemplo, podrían mostrarse inapropiados, los teoremas podrían no ser verificables con los métodos habituales y, sobre todo, podrían resultar ser falsos. Pero cuando no hay teoremas, cuando éstos faltan, no sucede absolutamente nada. A lo sumo, se obtiene informaciones técnicamente útiles para este o aquel departamento. Ningún positivista, ni siquiera el más fanático, exige ya que la sociología deba limitarse a lo que Paul Lazarsfeld ha denominado *administry research*.

Pero de este modo todavía no hemos aclarado suficientemente la razón de la persistencia de las relaciones tirantes entre teoría y empiria. Es ésta una tirantez que no podemos minimizar. La sociología, pese a que en su forma moderna, si datamos su comienzo en Saint-Simon, pronto cumplirá doscientos años, se enorgullece de su juventud y se sirve de ella para declarar el vacío existente entre una teoría que se cree omnisciente y una actividad empírica que apenas puede rivalizar con ella, como expresión de su falta de madurez en comparación con las ciencias naturales. En verdad, este vacío se debe al hecho de que bajo el término sociología se reúnen las cosas más dispares. Sus procedimientos, escribí ya en 1957, se relacionan entre sí sólo en un sentido sumamente abstracto: en tanto que todos ellos se ocupan de algún modo de lo social. Algunos de estos procedimientos se dirigen a la totalidad social y a sus leyes de evolución; otros, en marcada oposición a éstos, abordan fenómenos sociales aislados, prohibiendo, por considerarla metafísica, su remisión a un concepto de sociedad. Evidentemente, tal diversidad de intereses y modelos no puede reducirse a un denominador común. Según se ponga al servicio de esta o de aquella concepción, la investigación empírica se articulará de este u otro modo. Con esto no pretendo afirmar una oposición rígida y anacrónica entre teoría de la sociedad e investigación empírica, sino tan sólo atraer la atención sobre la especificidad de una investigación empírica orientada por la teoría y que se comprende a sí misma dentro de un contexto teórico. Esto es determinante, e influye hasta en el dispositivo técnico de las investigaciones inspiradas y orientadas teóricamente, incluso en aquellas que se atienen a las reglas de juego establecidas, estadísticas o de otro tipo, de la investigación social empírica. Quizás la mejor forma de aclararlo sea poniendo como ejemplo las investigaciones en las que yo mismo he tomado parte activa, simplemente porque conozco perfectamente su mecanismo interno. El estudio *Authoritarian Personality*, publicado en 1950, ha ejercido una influencia profunda y reiteradamente confirmada en la investigación social empírica de América y también de Alemania. La obra ha provocado tal cantidad

de literatura que a mí hace tiempo que se me escapa. Por otra parte, de acuerdo con los criterios corrientes de la investigación social empírica, la obra acusa sin duda serios déficits. La muestra, que, como suele ser habitual en los estudios que se centran en las universidades, se limitó fundamentalmente a estudiantes, es todo menos representativa. Nosotros tampoco afirmamos nunca lo contrario. Las escalas utilizadas, que intentan conseguir el mayor grado de diferenciación cualitativa, no cumplen los rigurosos criterios de escalonamiento que se han ido logrando desde Goodman. Ni siquiera el principio de constatación y medición indirecta de tendencias autoritarias se ha librado de la crítica; este principio sería circular, porque debía saberse de antemano en qué medida las preguntas indirectas sobre los hechos investigados eran relevantes, y porque esto sólo podría saberse mediante preguntas directas, las mismas que el método indirecto trata de evitar. El hecho de que, a pesar de todo, el libro no sólo suscitó interés, sino que en cierto modo cambió la dirección de la investigación social empírica, se debe a que logró relacionar de forma concreta la trama teórica de una psicología social de orientación freudiana y los métodos de investigación empírica. No es que fuera su propósito verificar empíricamente a Freud o refutarlo. Dado el carácter introspectivo del psicoanálisis, esto es prácticamente imposible desde un punto de vista cuantitativo, aunque entretanto tampoco han faltado los intentos de conseguirlo. Pero las preguntas de la denominada Escala F, que en su momento eran las más numerosas en la investigación, son muy instructivas. El estudio no se limita a constatar opiniones y a tratarlas estadísticamente, sino que cada una de las preguntas que apunta a las opiniones encierra también la posibilidad de extraer conclusiones sobre la estructura caracterológica y las tendencias latentes que podrían llegar a traducirse en posiciones políticas. Puesto que en la *Authoritarian Personality* no sólo se utilizaron cuestionarios conforme al llamado método de aula, sino que también se hizo uso de toda una serie de tests y de entrevistas clínicas centrados en el mismo asunto, y puesto que los resultados concordaban, pese al déficit técnico que se puede reprochar al estudio, su productividad quedó demostrada. Ese tipo de déficits, por lo demás, son prácticamente imposibles de evitar precisamente en aquellas investigaciones sociológicas en las que el conocimiento de hechos esenciales es más importante que la simple corrección metódica. Quien haya trabajado intensamente en el ámbito de la investigación social empírica podrá confirmar que uno se enfrenta permanentemente a la alternativa de tener que elegir entre hechos absolutamente incontestables que, aunque susceptibles de generalización, suelen ser tri-

viales, y aquéllos en los que verdaderamente asoma algo que vale la pena, pero que no siguen de forma tan rigurosa las reglas del juego. Asimismo, la transformación de teoremas en planteamientos empíricos, que también yo persigo, supone enormes problemas para la teoría. En sí mismos, los teoremas no son aquello en lo que se convierten en las investigaciones empíricas, hipótesis, no son predicciones sobre lo que fácticamente haya de ocurrir. Por su contenido, los teoremas apuntan más allá de lo fáctico, se atienen a la distinción entre esencia y fenómeno, de la que precisamente el empirismo no quisiera saber nada. A un riguroso psicoanalista no le resultaría difícil criticar un estudio cuantitativo, que naturalmente no puede hacer las veces de un psicoanálisis detallado, al igual que el investigador social ortodoxo podría considerar objetables precisamente aquellos elementos del estudio que —quizá— sean productivos. Pese a esto, nosotros hemos buscado esa conexión y la seguimos buscando. Consideraciones teórico-sociales de primer orden nos llevan a preservar la distinción entre esencia y fenómeno que para el empirismo oficial es tabú. La presumimos en la diferencia entre la simple opinión expresada y lo que está debajo de ella. Esencia y fenómeno no son un cuento viejo, sino que tienen su razón de ser en la estructura básica de una sociedad que teje necesariamente su propio velo.

De este modo he puesto en juego el concepto de una estructura social objetiva. Permítanme al menos que esboce el papel de este concepto en la concepción de la investigación social de la que aquí estamos hablando. La *social research* ortodoxa, que en ocasiones reconoce formalmente el valor de la teoría, pero que la considera propiamente como un mal necesario, parte, al igual que John Locke, el padre del empirismo, de la idea de una *tabula rasa,* de una tabla vacía. De acuerdo con esta concepción, ante las manifestaciones de los encuestados el investigador social tendría que actuar siguiendo el modelo del plebiscito o del estudio del mercado, sin preocuparse de aquello a lo que las opiniones se refieren. Éstas son para él el fundamento último del conocimiento. Ciertamente, muy raras veces negará rotundamente que tales opiniones están mediadas por la sociedad, pero normalmente se contentará con aproximarse a esta mediación a través de los llamados estudios motivacionales, es decir, se dará por satisfecho con determinar el modo como los sujetos de experimentación han formado su opinión. De esta manera, obviamente, el centro de la investigación sigue siendo simplemente la subjetividad de los individuos estudiados. Por el contrario, la concepción que subyace a nuestro intento de lograr una interpenetración de teoría e investigación empírica no se conforma

con los sujetos, pero tampoco con enunciados generales sobre la sociedad. Ésta, el éter que penetra hasta en lo más profundo de lo que la sociología corriente llama «relaciones interpersonales», es por su parte algo abstracto, inapresable en hechos aislados. A nuestro parecer, lo más racional es relacionar las investigaciones empíricas cuantitativas con análisis de las instituciones objetivas de la sociedad con las que las opiniones y los comportamientos estudiados tienen algo que ver. En el ámbito de la sociología de las asociaciones, por ejemplo, no estudiamos solamente su ideología tal y como ésta se refleja en las manifestaciones de sus miembros, sino, en la medida de lo posible, su organización misma. Analizamos las publicaciones con las que ésta influye en sus miembros, pero sobre todo su propia estructura, fundamentalmente la cuestión de si la organización cumple realmente una función y la secuencia burocratización-consolidación-autonomización, que adquirió relevancia desde Max Weber y Robert Michels. La confrontación de las opiniones subjetivas con esos momentos objetivos conduce a resultados más esenciales que el método de *tabula rasa,* para el que la opinión es el rey, como lo es supuestamente el consumidor en el mercado. Si, eventualmente, los miembros de una asociación siguen aferrándose a ella, aunque la asociación, como se dice en la jerga sociológica, se haya vuelto disfuncional, es decir, innecesaria, superflua, esto constituye un criterio objetivo para la crítica de la conciencia falsa, para la crítica de la ideología. Obviamente, estos momentos tampoco son totalmente ajenos a la investigación social ortodoxa. Ésta los presenta como *background information,* como información adicional sobre el trasfondo de una investigación orientada subjetivamente, con la esperanza vaga de que así podrán comprenderse mejor las reacciones subjetivas, pero sin osar jamás dar el paso decisivo, a saber, la confrontación de los momentos subjetivos y objetivos. En este sentido, la Escuela de Fráncfort, a la que tan gustosamente se tacha de especulativa, podría ser más realista que sus adversarios. Pues lo investigado en los sujetos es hasta tal punto función de la objetividad social que no se zafa a su constatación científica.

No he desarrollado sistemáticamente el programa de lo que quizá alguna vez se denomine investigación social crítica o dialéctica, sino que me he limitado a tocar algunos de sus nervios fundamentales, presentando modelos en los que se hace evidente adónde conducen propiamente las diferencias de las que tanto se habla. La investigación social crítica quisiera hacer totalmente productiva la empiría mediante su desciframiento teórico. Permítanme, para finalizar, llamar la atención sobre una paradoja. El empirismo es, según su propio concepto, una fi-

losofía que ha atribuido a la experiencia la primacía en el orden del conocimiento; pero en verdad, éste es mi parecer, debido a la falta de autorreflexión del empirismo, en el pensar científico controlado empíricamente la experiencia no fue tanto liberada y desatada cuanto dirigida y encadenada. Nosotros no nos resistimos a defender la experiencia contra el empirismo, a aportar a la ciencia un concepto de experiencia menos restringido, menos estrecho y cosificado. El tema de disputa no es un sí o un no a la empiría, sino la interpretación de la empiría misma, sobre todo de los llamados métodos empíricos. Tal interpretación no es en nosotros más filosófica que en los empiristas. El empirismo, como la dialéctica, fue una vez filosofía. Pero una vez reconocido esto, el término «filosofía», que a nosotros se nos reprocha como si fuera una vergüenza, deja de causar horror y se revela a sí mismo como la condición y la meta de una ciencia que quiera ser algo más que simple técnica y que no se doblegue a la tecnocracia.

1969

Investigación social empírica*

I. Concepto

Conforme al sentido estricto del término, por investigación social empírica habría que entender todos aquellos esfuerzos dirigidos al logro del conocimiento de lo social que, a diferencia de la especulación, consideran como su fundamento la experiencia de hechos dados. Sin embargo, en la práctica científica se ha formado un concepto más restringido de investigación social empírica que obedece a la exigencia de exactitud y objetividad tal como la entienden las ciencias naturales. Criterios como los de la verificabilidad y la falsabilidad de las aserciones, la cuantificabilidad y la repetibilidad —esto es, la independencia respecto de los momentos subjetivos de la investigación—, desempeñan aquí un papel esencial. A continuación hablaremos principalmente de este concepto restringido de investigación social empírica tal como lo defiende actualmente la ciencia organizada. No obstante, cuando lo creamos necesario, nos referiremos también a procedimientos, especialmente a los cualitativos, que no encajan en este concepto restringido. Ni siquiera la investigación social empírica de orientación positivista prescinde totalmente de estos últimos.

II. Historia

La prehistoria de la investigación social empírica se remonta a los siglos XVII y XVIII, la época del Absolutismo. La estadística debía facili-

* Este artículo fue escrito por Adorno junto con Jacques Décamps, Lothar Herberger, Heinz Maus, Diedrich Osmer, I. Rauter y Hans Sittenfeld. *(Nota del editor.)*

tar las tareas administrativas de la dirección de la sociedad. Si bien la sociología comenzó siendo una filosofía de la historia que postulaba una «politique scientifique» (Comte), desde un principio intentó también aprehender con exactitud los hechos sociales y poner sus resultados a disposición de la administración. A lo largo de su evolución, se ha visto impulsada por otras ciencias y ha asimilado los métodos de éstas, influyendo al mismo tiempo en ellas.

En el siglo XVIII, la sociología fue básicamente inventario estadístico, formando parte de las «cosas propias del Estado» y de la «aritmética política»; por eso, F. Tönnies aún quiso hacer equivalentes sociología empírica y estadística. También las investigaciones emprendidas con intención filantrópica forman parte de ella: así, por ejemplo, la comparación de las prisiones y los hospitales realizada por J. Howard (1762-1790) y la descripción de la situación de los pobres llevada a cabo por Sir F. M. Eden (1766-1809). Muy pronto fueron impulsados también los estudios de las tendencias de la opinión pública, como los de Defoe, Mirabeau y Condorcet.

En el siglo XIX se desarrolla la estadística social: A. Quételet (1796-1874), Fr. Le Flay (1806-1882), E. Engel (1821-1896) y G. von Mayr (1841-1925). Características de esta época son sobre todo las numerosas investigaciones sobre la situación de los trabajadores; éstas fueron emprendidas en parte por iniciativas privadas, como las de L.-R. Villermé (1782-1863) y Le Play, en parte por organismos oficiales, como las investigaciones inglesas sobre el trabajo infantil (de 1864 a 1867), o por organizaciones que reclamaban una legislación en temas sociales: los estudios de la Asociación de política social. Los esfuerzos de Le Play fueron proseguidos en Francia e Inglaterra (V. Branford y P. Geddes); su orientación es reformista y están próximos a la geografía social y a la demografía (morfología social). En Norteamérica, las investigaciones sobre los barrios marginales llevadas a cabo por el movimiento del «social settlement» y los reportajes sociales realizados por periodistas radicales de clase media, los «muckrakers», lograron dirigir la atención de la opinión pública a la problemática situación política y social.

La influencia del positivismo fue decisiva en el desarrollo de la investigación social empírica; la utilización de métodos «científico-naturales» en la etnología y en la criminología lleva a la investigación de correlaciones estadísticas y a la tipificación, que había de facilitar la comparabilidad de los resultados. Posteriormente, el positivismo influye también en la joven escuela de la economía política, especialmente en el «socialismo teórico», que confía en que las medidas en materia de

política social basadas en las investigaciones de la estadística social conduzcan a una regulación de lo «social», concretamente de la «cuestión obrera». Los primeros estudios del mercado y pronósticos electorales *(straw votes)* realizados por ciertos periódicos pasan inadvertidos desde un punto de vista científico.

A principios del siglo XX, la investigación social empírica se caracteriza por el *social survey* de los «estudios comunales». Inicialmente promovidos por círculos privados preocupados por la previsión y el reformismo sociales, estos estudios empiezan pronto a interesar también a las autoridades municipales, que ven en ellos un medio para remediar situaciones de deterioro social demasiado evidentes. El modelo lo ofrece la amplia investigación de Ch. Booth (1840-1916) *Life and Labour of the People of London,* iniciada ya en 1886 y publicada por primera vez entre 1892 y 1897. En un principio el objeto de la investigación lo constituía una única clase social, la mayoría de las veces el proletariado, como sucede en el libro de B. S. Rowntrees publicado en 1901 con el título *Poverty: A Study of Town Life* y en la obra *Livelihood and Poverty* (1915), de A. L. Bowley, quien fue el primero en utilizar la técnica de muestreo en sociología, o en *Pittsburgh Survey* (1909-1914). En 1912 se funda en Nueva York la Russell Sage Foundation con el objetivo de difundir la idea del *social survey* y de desarrollar sus métodos. El interés se focaliza en los efectos de la industrialización y de la urbanización en las comunidades (urbanas y rurales) y en las regiones. Se observan, describen, analizan y coordinan distintos aspectos (económicos, políticos, sociales, religiosos, etc.) de un mismo fenómeno, una vez extraído de su contexto y delimitado geográficamente. Desde 1913, y siguiendo la propuesta del etnólogo holandés R. Steinmetz, en Alemania este método recibe el nombre de sociografía: para la investigación de hechos objetivos en el seno de las culturas elevadas se utiliza el método etnográfico del «estudio de campo». En América es más usual el término ecología social *(human* o *social ecology;* ecología): el estudio directo *(field study)* de las relaciones de dependencia de individuos y grupos respecto de su entorno (social), a través del cual se influye en la estructura y el comportamiento de éstos. La ecología social fue fundada en Chicago por Rob. E. Park (1864-1944) y su círculo y constituye otra de las aportaciones importantes en el desarrollo de la moderna investigación social empírica. Junto a los trabajos de sociología urbana de estos investigadores, son de importancia la publicación de *The Polish Peasant in Europe and America,* de W. I. Thomas y Fl. Znaniecki (1918-1920), así como la publicación en 1929 de *Middletown,* del matrimonio R. S. y H. M. Lynd: se describen con exactitud las distintas fases de la vida de

una unidad social, que puede ser una persona, un grupo, una ciudad o una institución, con el fin de poner de manifiesto sus relaciones con otras unidades y con el entorno cultural.

Ciertamente, desde el cambio de siglo la sociología se ha servido cada vez más de los métodos empíricos (en Francia, por ejemplo, Émile Durkheim y Maurice Halbwachs; en Alemania, Max Weber y Ferdinand Tönnies; en Inglaterra, el matrimonio Sidney y Beatrice Webb; en Norteamérica, Franklin H. Giddings y sus discípulos F. Stuart Chapin y William F. Ogburn). Pero en el desarrollo de la investigación social empírica ha tenido una importancia decisiva la influencia, por una parte, de la psicología behaviorista, y, por otra, de la «antropología cultural». Ésta había enseñado a la sociología a considerar el comportamiento individual como un comportamiento determinado por el grupo. El behaviorismo también pasa prácticamente por alto la motivación (interna) de la acción social y se centra en los actos manifiestos y unívocamente constatables de los individuos. Las actitudes y los comportamientos sociales y colectivos se convierten en el objeto de la psicología social, que a su vez se funde con la sociología behaviorista. El *social survey* de hechos objetivos se convierte en la *social research* de actitudes y comportamientos, que puede facilitar tanto la intervención de la administración como servir para examinar hipótesis científicas.

En la década de 1930, la investigación social empírica experimenta un impulso importantísimo a través de los estudios del mercado y los sondeos de opinión, que venían a satisfacer la necesidad de planificación comercial de los grandes empresarios. Su desarrollo se acelera durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los organismos oficiales solicitan ampliamente la ayuda de sus métodos. También los fenómenos de la moderna comunicación de masas (cine, prensa, radio, televisión, etc.) pasan a formar parte de sus áreas de estudio. Frecuentemente, se acude al psicoanálisis para esclarecer la dinámica interna de las ideologías y los prejuicios. La dinámica de grupo, esto es, los procesos internos de un grupo social, también atraen la atención de la investigación social empírica. De acuerdo con la exigencia de rigurosa exactitud, se intenta medir las actitudes y comportamientos: experimento, verificación y comparación ocupan el lugar de la «comprensión».

Actualmente, los métodos de la investigación social empírica se utilizan prácticamente en todos los sectores de la vida social y política, así como en la sociología agraria, urbana y empresarial, en la sociología política y en la sociología de la religión, en la planificación nacional, en la sociología médica, en el ámbito del trabajo social, en la criminología, en la sexología. Asimismo, sus métodos se utilizan tanto en la investigación de

las distintas clases sociales, grupos, instituciones, normas y sistemas de valores como en el estudio de las tensiones interétnicas e internacionales.

III. Áreas de investigación

Es necesario distinguir entre las áreas de la investigación social empírica desde el punto de vista formal y la determinación de sus posibles aplicaciones. La expresión «estudio del mercado y sondeo de opinión», de uso generalizado en Alemania, aúna dos categorías que pertenecen a dos planos lógicos distintos. Los estudios del mercado constituyen una aplicación de las técnicas de investigación social y no tienen por qué limitarse a la indagación de opiniones, sino que también pueden ocuparse de las motivaciones psicológicas (por ejemplo, los trabajos dirigidos por George Katona del Survey Research Center del Institute for Social Research, Universidad de Michigan). Inversamente, el sondeo de opinión, esto es, la indagación de contenidos manifiestos de conciencia de determinados grupos sociales, también prescinde de las cuestiones de mercado, como ocurre en el ámbito de la política y de la ideología social. No obstante, es evidente que el sector de la investigación social empírica basado en el concepto de «opinión» conserva las huellas del estudio del mercado, que originalmente le sirvió de modelo.

En general, las áreas de la investigación social empírica se dividen en dos grandes grupos: en primer lugar, la indagación de hechos objetivos (por ejemplo, los ingresos medios de las personas que de alguna forma son beneficiarias de las medidas de prevención social o de una pensión), y, en segundo lugar, la indagación de las características subjetivas de un colectivo determinado. Este segundo grupo comprende:

1) sus *opiniones conscientes* y manifiestas, pudiendo también tomar en consideración las motivaciones de estas opiniones y su relación con las estructuras psicológicas y sociales subyacentes;
2) las *actitudes,* esto es, las valoraciones, reacciones, posiciones e ideologías ya sedimentadas y hasta cierto punto generalizadas (por ejemplo, la actitud hacia el grupo propio o hacia grupos ajenos, o las valoraciones morales);
3) los *comportamientos reales,* que pueden distinguirse de 1) y de 2). Así, por ejemplo, el que una persona se muestre hostil a otros grupos en el sentido de 2) no significa necesariamente que esté dispuesta a cometer actos xenófobos.

Así pues, la investigación social empírica, en sus indagaciones de orientación subjetiva, se ocupará tanto de *potencialidades* (por ejemplo, la predisposición a ciertos tipos de propaganda) como de *actualidades* (por ejemplo, la opinión política manifiesta de los encuestados). Los problemas de la investigación social empírica resultan mayoritariamente del hecho de que cuanto más trasciende la simple constatación de hechos brutos, tanto más debe perfeccionar sus métodos. Pero esto no siempre es fácilmente compatible con la exigencia de objetividad. Por lo general, la investigación social empírica está dominada por una tensión, la que existe entre la relevancia, la riqueza y la sutilidad de los resultados, por una parte, y la drástica exigencia de mensurabilidad, repetibilidad y controlabilidad, por otra. El progreso científico de la investigación social empírica tiene lugar fundamentalmente a través de esta tensión.

IV. Métodos

1. *Observación*

La observación científica se dirige a un objetivo determinado. Por eso es sistemáticamente planificada, registrada y, en la medida de lo posible, controlada. En muy amplia medida, la observación es independiente de la colaboración de los sujetos observados, por lo que suele utilizarse cuando dicha colaboración no es necesaria para la constatación de los datos, o cuando la fiabilidad de los resultados pueda verse amenazada porque las personas implicadas modifiquen su comportamiento al saber que están siendo estudiadas.

a) La *observación participante* («participant observation») consiste en que el observador se integra en el grupo investigado y frecuentemente desempeña una función en el seno de éste. Su presencia ha de parecer natural a los miembros del grupo, por lo que en ocasiones su verdadero propósito ha de quedar oculto o disimularse. Este procedimiento, que hasta el momento se ha utilizado fundamentalmente en etnología, resulta especialmente apropiado para la *exploración.* Generalmente tiene como resultado valiosas observaciones, que se refieren al desarrollo cronológico de los acontecimientos o a determinados aspectos teóricos de la situación.

b) La *observación sistemática* («systematic observation») se limita a determinadas situaciones y hechos para los que es posible anti-

cipar determinadas categorías. Aquí el observador individual suele ser sustituido por un equipo que procede de acuerdo con una estricta división del trabajo y que registra sus observaciones en *esquemas sincronizados,* que posteriormente permiten reconstruir el proceso. La observación sistemática es particularmente útil para la descripción y el diagnóstico y generalmente permite cuantificar los resultados.

2. *Encuesta*

La encuesta es actualmente el método más utilizado en la investigación social empírica. A diferencia de la observación, toma como punto de partida las manifestaciones orales o escritas de los encuestados y, además de hechos que podrían ser controlados a través de la observación, indaga opiniones, actitudes, deseos, esperanzas, temores, propósitos, etc. Sus límites vienen dados por su dependencia de lo que el encuestado puede y quiere manifestar, es decir, la encuesta ha de tener en cuenta la capacidad del encuestado para manifestarse y el análisis ha de tener presente que existen niveles fundamentales, sobre todo inconscientes, sobre los que el encuestado no puede dar información alguna. Además, ha de considerar que, en ocasiones, con sus respuestas el encuestado persigue determinados objetivos, como conservar o aumentar su prestigio social, o incluso imponer determinadas medidas y protegerse de peligros reales o imaginarios.

Las posibilidades de la encuesta van desde la entrevista libre, en la que se permite que el encuestado lleve el hilo de la conversación, hasta los cuestionarios completamente esquematizados con respuestas preestablecidas. Mientras que la entrevista libre es fundamentalmente útil para la exploración, la descripción y el análisis de determinados fenómenos exigen ya un cierto grado de delimitación y dirección de la encuesta, por ejemplo en forma de cierto orden de las preguntas, un hilo conductor, etc.; la mayoría de las veces la comprobación de las hipótesis sólo es posible con la ayuda de un cuestionario con respuestas preestablecidas. Cuanto más esquematizada está la encuesta, tanto más fácilmente puede cuantificarse, pero tanto más limitado estará también su material a datos cuantificables, esto es, a datos que hacen abstracción de lo individual, y tanto más se le escaparán las reacciones espontáneas de los encuestados, tan importantes en relación con problemas profundos. La encuesta puede realizarse por escrito, telefónicamente o en forma de conversación personal, con individuos o con grupos.

a) En las *encuestas por escrito,* los encuestados responden por escrito a los cuestionarios. Aquí hay dos posibilidades:

1) La *encuesta por correo* («mail survey»). Este procedimiento tiene la desventaja de que, salvo en casos excepcionales, sólo se devuelven entre un 10 y un 25% de los cuestionarios, parte de los cuales, además, llegan incompletos. Esta deficiencia no se reparte por igual entre todos los sectores de la población, por lo que la representatividad de la investigación puede quedar anulada. La imposibilidad de aclarar malentendidos y evitar lagunas en las respuestas, así como la necesidad de que la cumplimentación del formulario no exija demasiado trabajo a los encuestados, suele conllevar considerables limitaciones por lo que se refiere al número de preguntas y al modo de formularlas. Ésta es la razón por la que actualmente este procedimiento es muy poco utilizado, pese a ser una de las técnicas más antiguas de la estadística social.
2) La *cumplimentación del cuestionario por los encuestados en presencia del entrevistador* («paper-and-pencil method»; «self-administered questionnaire»). Para garantizar la representatividad de la investigación, esto es, para lograr la participación más completa posible de los encuestados y evitar la influencia de otras personas, riesgo al que está expuesta la encuesta por correo, cuando el espacio lo permite (por ejemplo, en las encuestas realizadas en empresas o en las investigaciones sobre medios publicitarios o propagandísticos), se reúne a los encuestados en una sala y se les hace cumplimentar los cuestionarios bajo la supervisión del entrevistador.

b) La *encuesta telefónica* («telephone survey») se utiliza en EE. UU. sobre todo para determinar el nivel de audiencia de los programas de radio o de televisión que están siendo emitidos en ese momento («coincidental method»).

c) La *entrevista* es actualmente la técnica de investigación favorita. Por lo general es concebida como una conversación entre el entrevistador y el entrevistado que persigue un objetivo determinado. Su objetivo es obtener la mayor cantidad posible de datos comparables sobre el tema estudiado.

Las preguntas se plantean directa o indirectamente y las respuestas se registran en el acto. A diferencia de la encuesta por escrito, la entrevista permite corregir inmediatamente posibles malentendidos de las

preguntas y evitar respuestas vagas. Sin embargo, comporta toda una serie de riesgos: ¿en qué medida puede realmente el entrevistador hacer abstracción de su persona y medir las respuestas como si fuera un «instrumento de precisión»? ¿Hasta qué punto crea la propia entrevista una situación artificial que prejuzga la reacción de los entrevistados y merma la representatividad de los resultados?

Se han ideado distintas formas de entrevista, que se utilizan dependiendo del tema y el objetivo de la investigación:

1) La *entrevista conforme a un guión.* Parte de un cuestionario fijo con respuestas preestablecidas; el entrevistador no debe alterar ni la formulación de las preguntas ni su sucesión; lo único que puede hacer es repetir literalmente el enunciado de las preguntas que no se entienden o que se malinterpretan.
2) La *entrevista intensa (depth interview)* sigue partiendo de un cuestionario más o menos preestablecido. Sin embargo, se prescinde ampliamente de respuestas preestablecidas, con el fin de evitar una virtual influencia en el entrevistado, especialmente en relación con problemas sobre los que éste todavía no tiene un punto de vista o una opinión firme. Generalmente, el entrevistador se ve en la necesidad de formular preguntas complementarias suscitadas por la misma situación y que se muestran adecuadas para indagar con detalle las opiniones del entrevistado. Con este fin se ha desarrollado la técnica de
3) La *entrevista embudo (funnel technique),* en la que sólo se hacen preguntas directas que al principio son muy generales y que después, de acuerdo con las respuestas del entrevistado, se vuelven cada vez más concretas, hasta que logra precisarse el punto de vista del entrevistado.
4) La *entrevista sin guión (non-structured interview).* Esta técnica avanza todavía más en esta dirección, pues en ella no hay ni preguntas ni respuestas preestablecidas. Normalmente, los puntos sobre los que ha de girar la entrevista se anotan en una lista, que eventualmente puede contener preguntas más detalladas, para así tener la seguridad de que no se olvida nada. Pero la sucesión de las preguntas no marca la pauta de la conversación. El material obtenido a través de esta técnica no es directamente cuantificable, pero es muy útil para el planteamiento de hipótesis, así como para la interpretación de los resultados cuantitativos.
5) En la *entrevista centrada (focussed interview),* la tarea del entrevistador consiste en dirigir la atención de los entrevistados a deter-

minados estímulos previamente analizados (como un filme, un programa de radio, un artículo de prensa, etc.) y a sus efectos.

6) En cambio, la *entrevista clínica (clinical interview),* que toma como referencia la psicología profunda, se centra más en los niveles profundos de la conciencia que en los efectos inmediatos de una experiencia determinada. Aunque aquí el entrevistador también goza de completa libertad para conducir la conversación, ha de formular algunas preguntas fundamentales y, en algunas ocasiones, determinadas series de preguntas directas tipo test.

d) El *cuestionario* intenta unificar y hacer comparables las distintas situaciones de las encuestas particulares. Más allá de los datos personales, el cuestionario puede centrarse en varios temas («formularios omnibus») o abordar desde distintos puntos de vista un tema principal. Las preguntas pueden plantearse directa e indirectamente, o de manera proyectiva. Según sea su forma, las preguntas pueden dividirse en preguntas cerradas con dos alternativas *(dichotomous questions)* o más *(multiple-choice* o *cafeteria questions)* y preguntas abiertas *(open-end questions).* En la confección del cuestionario hay que procurar que su lenguaje sea comprensible para la mayoría o al menos para el grupo encuestado, que su cumplimentación no suponga un esfuerzo excesivo y que no sugiera ninguna respuesta.

3. *Discusiones en grupo*

Por «técnica de discusión en grupo» se entiende aquel procedimiento que sirve para saber más acerca del comportamiento de los individuos y de sus motivaciones de lo que es posible saber empleando únicamente las técnicas de investigación usuales, concretamente los cuestionarios y las encuestas.

Esta técnica intenta hacer justicia al hecho de que las opiniones y las actitudes de los individuos no surgen ni actúan de forma aislada, en el vacío, sino en una permanente relación de reciprocidad entre el individuo y la sociedad, que influye en él directa o indirectamente. Así, tiene en cuenta que, dependiendo de los cambios en la vida afectiva, pueden aflorar a la superficie de la conciencia las tendencias más variadas y que, por lo tanto, las opiniones contienen con bastante frecuencia elementos contradictorios.

En tanto que *método,* este procedimiento se distingue de la técnica de discusión en su sentido habitual. Los temas no se abordan sucesi-

vamente como si fueran los puntos de un «orden del día», sino que se presentan y se tratan libremente en tanto que «estímulo» que sirve de base a la discusión y al hilo de un número determinado de «argumentos estandarizados» (parejas de argumentos en pro y en contra). La tarea del moderador es puramente formal, es decir, el moderador ni discute con los participantes ni intenta llegar a una «conclusión».

La *evaluación* cuantitativa de las discusiones, que son grabadas y transcritas literalmente, se realiza mediante un *content analysis* (véase IV, 11) de la discusión. Pero como el material es irreductible a su mera cuantificación, en la mayoría de los casos se hace necesario un análisis monográfico («cualitativo»).

4. *Experimento controlado*

El experimento controlado se emplea para mostrar la existencia de una relación causal entre dos fenómenos sociológicos. Este método presupone el establecimiento de una situación en la que sea posible controlar los efectos del factor estudiado (variable independiente). Además, hay que tener presente que cuanto dicha situación más se aleja de la realidad, tanto más difícil resulta concluir que los resultados también tienen validez en la realidad social.

Para posibilitar el control de los efectos de la variable independiente, es necesario que se cumplan ciertos requisitos.

1) Una parte de los sujetos de experimentación ha de ser expuesta a la variable independiente y a continuación ha de examinarse la distribución en relación con la variable dependiente.
2) Pero para garantizar que los efectos son verdaderamente los del factor estudiado, también hay que controlar la variable dependiente en los sujetos de experimentación que no han sido expuestos a la variable independiente.
3) Para el perfecto establecimiento de la relación entre el factor estudiado y el comportamiento, hay que mantener constantes todos los demás factores en los dos grupos de encuestados.

El *control* de las variables estudiadas se logra, o midiendo los efectos únicamente después de su introducción *(after-measurement),* o midiendo las variables antes y después *(before-after-measurement).*

La *comparabilidad* de los grupos experimental y de control puede lograrse escogiendo un número suficiente de individuos para los dos gru-

pos y distribuyéndolos después, siguiendo un procedimiento aleatorio, entre el grupo experimental y el grupo de control. Este procedimiento tiene la ventaja de que para la determinación de las diferencias es posible servirse del cálculo de probabilidades.

Otra forma de comparar los grupos es ajustar (tras la primera medición) las frecuencias relativas de las principales variables dependientes *(frequency control)*.

Más allá del problema de la determinación de las diferencias, la *evaluación* de los experimentos controlados tiene dos posibilidades. O se compara los resultados de ambos grupos (grupos experimental y de control) solamente al final del experimento, o, por el contrario, la distribución de las variables dependientes se establece antes del experimento, y después se procede a comparar la diferencia existente entre la medición anterior y posterior de ambos grupos. En la práctica suele ser aconsejable una combinación de los procedimientos aquí esbozados.

5. *Estudios de tendencias y estudios longitudinales*

El *estudio de tendencias* consta normalmente de una serie de encuestas representativas. Pero mientras que en éstas las distribuciones, frecuencias y correlaciones se refieren únicamente al momento en que se hace la encuesta, el estudio de tendencias permite observar los mismos comportamientos en diferentes momentos: a veces permite describir una línea de desarrollo interpolando los valores obtenidos y, extrapolándolos, en ocasiones permite predecir una futura línea de desarrollo. A diferencia de la tendencia económica, la tendencia social abarca generalmente el conjunto de las líneas de desarrollo en determinado intervalo temporal, siempre que tales procesos se hagan visibles en las transformaciones de las actitudes, los comportamientos o en las instituciones.

En el *estudio longitudinal (Panel)* se entrevista u observa repetidamente a las mismas personas, con lo que se obtiene una serie de datos sucesivos sobre el grupo elegido inicialmente. A este efecto se utiliza normalmente las entrevistas o las encuestas por escrito, especialmente en forma de diarios. El número de investigaciones sucesivas suele oscilar entre dos y cuatro, raras veces supera las siete. En su proceder, el estudio longitudinal se asemeja al experimento controlado (establecimiento de la situación de partida-alteración-establecimiento de la situación final) y se muestra especialmente apropiado para el análisis de los efectos de la propaganda y la publicidad, el análisis de la influencia de determinados acontecimientos predecibles (por ejemplo, en el

transcurso de una campaña electoral), o también para observar los conflictos resultantes de la pertenencia simultánea de un mismo individuo a distintos grupos, así como para el estudio de los hábitos de consumo. Normalmente se limita al estudio de los cambios a corto plazo de opiniones, actitudes y comportamientos.

Mientras que en el estudio de tendencias, en el que se constata repetidamente los mismos hechos pero no en los mismos individuos, las tendencias contrarias se equilibran y sólo resulta cognoscible la tendencia general, el estudio longitudinal permite analizar los componentes de estas líneas de desarrollo. Permite un conocimiento más claro de las relaciones causales y una determinación más exacta del peso de las influencias investigadas. Frente a la entrevista realizada una sola vez, en el estudio longitudinal se multiplica la información disponible sobre un caso particular. El hecho de que los costos de selección de los encuestados sólo se producen una vez, confiere al estudio longitudinal la ventaja adicional del ahorro.

Su problemática estriba en el constante decremento que sufren los grupos estudiados («panel mortality»), que suele afectar de forma distinta a cada uno de los segmentos de la población, en la adaptación de los encuestados, que en ocasiones puede ser producto de la misma investigación (cambio de hábitos, «preparación» para la próxima encuesta, etc. —«panel effect»—), y en el tratamiento estadístico de la enorme cantidad de material acumulado. Los dos primeros problemas, que pueden tener como consecuencia una permanente disminución de la «representatividad» del estudio longitudinal, hasta ahora se han mostrado irrelevantes, pero frecuentemente obligan a la utilización de grupos de control, esto es, grupos cuya composición se asemeja al «Panel» pero que, a diferencia de éste, no son estudiados repetidamente, sino una sola vez.

La posterior comparación de los resultados permite medir la deformación introducida por el estudio longitudinal.

También queda por aclarar una cuestión fundamental: hasta qué punto un grupo determinado (pese a haber sido elegido al azar, esto es, conforme a técnicas representativas), por el hecho mismo de convertirse en una institución duradera pierde su carácter representativo desde el punto de vista estadístico (independientemente del efecto psicológico «Panel»). Esta técnica, especialmente desarrollada por Paul F. Lazarsfeld y sus colaboradores, se ha utilizado hasta ahora fundamentalmente en los estudios del comportamiento de los electores *(The People's Choice)* y Samuel A. Stouffer se ha servido de ella para analizar los conflictos entre grupos *(The American Soldier)*. En el ámbito de los estudios del mercado, el «Panel» se utiliza para la observación perma-

nente del comportamiento de los consumidores («consumer panels»), para la estadística de ventas («Nielsen indices»), para la investigación de la audiencia en radio y televisión y de los hábitos de lectura de prensa escrita, mientras que las autoridades se sirven de él para determinar el índice de desempleo y el índice del coste de vida.

6. *Técnicas de investigación estadística*

a) *Encuesta total y muestreo en la investigación social:* muchas razones, y fundamentalmente la gran cantidad de tiempo y dinero que supone la encuesta total, hecen necesario el empleo del muestreo en las ciencias sociales.

b) *Conclusión de representación y error en la selección de la muestra:* puesto que el objetivo de la investigación consiste en extraer conclusiones sobre la totalidad (por ejemplo, la población de un país) a partir de los resultados del muestreo, es necesario que la muestra sea representativa de dicha totalidad, esto es, que represente lo más exactamente posible la totalidad («universo»). El primer requisito que ha de cumplir una muestra es que el «universo», del que se elige la muestra, esté claramente definido. Si se comparara el resultado de un muestreo con el de una encuesta total, no sería extraño que entre ambos resultados hubiera una diferencia (por lo general muy pequeña). Esta diferencia se debe precisamente al hecho de que no se han tomado todos los elementos del «universo». Esto comporta dos problemas:

1) ¿Cómo ha de seleccionarse una muestra para que sea típica (representativa)?
2) ¿Cómo es posible calcular la desviación de una muestra?

c) *Técnicas basadas en el cálculo de probabilidades:*

1) *Presupuestos:* estos dos problemas pueden resolverse cuando los muestreos se basan en el cálculo de probabilidades, mientras que en el resto de muestreos normalmente sólo puede solucionarse el primero de ellos. El presupuesto fundamental del muestreo basado en el cálculo de probabilidades es que cada uno de los elementos del «universo» tiene una probabilidad determinada y conocida de formar parte de la muestra. Si este presupuesto se cumple, entonces es posible calcular el grado de fiabilidad y exactitud de los resultados del muestreo. Esto significa que es posible determinar en cuántas de las múltiples muestras (grado

de fiabilidad) se obtendrá, dentro de unos límites determinados (grado de exactitud), cierto resultado.

2) *El muestro aleatorio irrestricto:* la utilización de los muestreos aleatorios en la investigación sociológica tiene distintas posibilidades. Si, por ejemplo, todos los elementos de una totalidad figuran en una lista, es posible elegir al azar un número determinado de ellos (amplitud de la muestra). A este fin lo mejor es utilizar una tabla de números aleatorios. Esta forma de elegir una muestra recibe el nombre de selección aleatoria irrestricta.

3) *El muestreo por estratos:* también hay que mencionar el muestreo por estratos («stratified sample»). Con él puede incluso alcanzarse un mayor grado de exactitud bajo idénticas condiciones, siempre que haya una correlación entre la característica conforme a la que se procede a la estratificación y la que se investiga.

   Independientemente de cuál sea la característica de estratificación que se elija (por ejemplo, la región), hay dos posibilidades de estratificación:

   3.1) *proporcional*, esto es, cada estrato ha de estar presente en la muestra en la misma proporción en la que lo está en la totalidad.

   3.2) *óptima*, es decir, la proporción de cada estrato en la muestra ha de decidirse de forma tal que, en idénticas condiciones, el resultado final alcance el mayor grado posible de exactitud.

   Solamente después se eligirán al azar, dentro de cada estrato, las unidades de investigación.

4) *El muestreo por etapas:* la denominada elección por etapas *(multi-stage-sampling)* constituye la tercera forma de muestreo. En ella se elige una muestra de unidades primarias (por ejemplo, de la totalidad de los lugares de un universo), y en estos lugares se eligen después las unidades secundarias (por ejemplo, los habitantes).

   Esto significa que en cada etapa se elige al azar, de entre todas las unidades existentes, el número necesario de unidades.

5) *El muestreo por áreas:* además existe la posibilidad que representa el muestreo por áreas («area sample»). Su principio es fundamentalmente el mismo que el del muestreo por etapas. Pero esto no excluye que aquí también se introduzcan estratos de acuerdo con determinadas características.

   Un muestreo por áreas puede describirse aproximadamente del siguiente modo: se divide el ámbito estudiado en unidades primarias (por ejemplo, los distritos), cada unidad primaria se di-

vide a su vez en unidades secundarias (por ejemplo, lugares), etc. Las penúltimas unidades pueden ser, por ejemplo, los bloques de viviendas. Después se elige al azar un cierto número de éstos y se confecciona las correspondientes listas de habitantes o de viviendas de entre las que se eligirá las unidades estudiadas.

d) Técnicas que no se basan en el cálculo de probabilidades:

1) *El muestreo por cuota:* de entre las técnicas que no se basan en el cálculo de probabilidades, el muestreo por cuota es la técnica que mayor relevancia ha alcanzado en la investigación social. El muestreo por cuota se basa fundamentalmente en el supuesto de que existe una correlación entre la cuota y las características estudiadas.

   La libertad de los entrevistadores para seleccionar a los encuestados conforme a la participación de determinados grupos de población en cuotas predeterminadas, hace que no se conozca ya la probabilidad que cada individuo tiene de ser elegido. De esta forma desaparecen las condiciones que permiten calcular el grado de fiabilidad y exactitud.
2) *Otras técnicas:* además del muestreo por cuota, existen otras técnicas de muestreo, como por ejemplo la elección «accidental» de la muestra *(accidental sample)* y la elección «a discreción» *(judgment sample).*

   Una elección «accidental» sería, por ejemplo, la que tendría como resultado una muestra compuesta por los transeúntes con los que uno topa casualmente, sin tener en cuenta si presentan o no ciertas características.

   Una elección «a discreción», en cambio, podría ser la que tendría como resultado una muestra compuesta únicamente por aquellos individuos de los que se supone que tienen algo que decir en relación con el tema estudiado. Pertenecerían a este tipo, por ejemplo, las llamadas encuestas a expertos, siempre que no se tome al azar un grupo de ellos.

7. *Presupuestos y posibilidades de la evaluación cuantitativa*

a) Las posibilidades técnicas: desde un punto de vista técnico, la evaluación cuantitativa presenta dos posibilidades:

1) cómputo *sin la ayuda de medios mecánicos* (sólo posible cuando el material es reducido),
2) cómputo con *tarjeta perforada.*

b) *Proceso de datos:* ambos procedimientos presuponen que el material que ha de computarse sea procesado del modo adecuado. Dependiendo del planteamiento de la cuestión, los datos pueden codificarse antes o después de la encuesta. Pero, para poder codificarlos, primero ha de confeccionarse la llamada tabla de puntuaciones *(scoring manual)* partiendo del material. Así, por ejemplo, comentarios similares (o respuestas) a las preguntas abiertas se registran bajo una misma categoría. Solamente cuando dicha tabla esté lista, podrá iniciarse la codificación propiamente dicha.

c) *Evaluación:* el paso siguiente consiste en determinar la frecuencia de las distintas categorías *(cómputo básico).* En la mayoría de los casos, la evaluación no se prosigue trabajando con frecuencias absolutas, sino con frecuencias relativas.

El paso siguiente es la confección de *tablas de orden superior (breaks),* con el fin de determinar la dependencia entre variables. Tras realizar el cómputo básico, puede ser de interés, por ejemplo, saber si la opinión de las mujeres difiere de la de los hombres en relación con cierto tema. La confección de una tabla de segundo orden (doble *break)* nos procurará la información que buscamos. Para confeccionar esta tabla, primero hay que distinguir entre hombres y mujeres y después establecer la distribución de las respuestas conforme a determinadas categorías del tema investigado.

Dependiendo de la amplitud de la muestra, existe la posibilidad de confeccionar tablas de segundo orden, de tercer orden, etc. *(breaks* analíticos). Siempre que se mantenga constante la sucesión temporal de las variables, hay muchas tablas de tercer orden o de orden superior que permiten indagar conexiones causales. Así, por ejemplo, si en una encuesta se constata la existencia de una relación (correlación) entre el «sexo» y el «estar informado» sobre una cuestión determinada, sería precipitado concluir que la causa es el «sexo». Más bien habría que pasar a comprobar si, por ejemplo, existe también una relación entre «sexo» y «formación escolar». De ser así, la tabulación simultánea de las variables «sexo» y «formación escolar» junto con «estar informado» nos aclarará qué relación de dependencia existe entre estas variables con respecto al tema estudiado.

d) *Valoración de diferencias:* cuando la investigación se realice con la ayuda de un muestreo aleatorio, calculando la desviación cuadrática media es posible determinar si las diferencias se deben únicamente al hecho de que la encuesta se ha realizado con un muestreo, es decir, al hecho de que es aleatoria, o si tales diferencias también se pondrían de manifiesto en caso de una encuesta total. Pero si el material numé-

rico no es lo suficientemente grande para permitir su exhaustiva clasificación sin obtener cifras muy pequeñas, para verificar una hipótesis queda la posibilidad de tomar como base la dirección de las diferencias en las variables dependientes, esto es: primero se mantienen constantes las variables independientes que pueden influir en las variables dependientes, y después se averigua si en la mayoría de los grupos finales el porcentaje de una misma categoría de las variables dependientes es siempre mayor que el de las demás en el seno del mismo grupo final. Si es así, entonces esto también es suficiente para verificar la hipótesis correspondiente.

e) *Magnitudes estadísticas:* para unificar el contenido de las tablas de orden superior, es posible servirse de los coeficientes de correlación y de asociación (Kendall). Estos coeficientes son una magnitud de la relación entre variables. *No* se trata aquí de relaciones funcionales en sentido matemático, sino sólo de relaciones estocásticas, en las que a mayores o menores valores de *x (correlación positiva* o *correlación negativa*, respectivamente) le corresponden valores de *y*. No obstante, no debería utilizarse ningún coeficiente de correlación sin haber comprobado que el material de la investigación cumple sus requisitos.

8. *Construcción de escalas*

En el intento de obtener datos mensurables y comparables y de cuantificar las diferencias cualitativas existentes entre opiniones, actitudes, relaciones sociales, etc., se han desarrollado técnicas de construcción de escalas que son muy utilizadas. La escala va de un valor positivo máximo a un valor negativo máximo pasando por una posición intermedia neutral, esto es, de un valor cero a un valor máximo. En este «continuo» se sitúan escalonadamente las posiciones correspondientes a determinadas opiniones y comportamientos, y de acuerdo con dicho escalonamiento se miden las manifestaciones de los individuos o de los grupos encuestados. Toda escala debe estar estandarizada y arrojar siempre el mismo resultado si, en idénticas condiciones, se hace un uso repetido de ella. Los valores de medida resultan de las reacciones de los individuos ante un número de afirmaciones, o de su comportamiento ante determinados hechos. Los temas seleccionados deben estar relacionados psicológicamente con la opinión o actitud que se intenta medir, estar exactamente diferenciados en el conjunto de la escala *(discriminatory)* y ser lo bastante numerosos para excluir posibles errores.

a) En la *escala Thurstone (method of equal appearing intervals),* los valores de los «ítems» —las preguntas o las afirmaciones— se determinan en relación con los valores centrales de los juicios de un jurado de expertos relativamente grande y se distribuyen en el conjunto de la escala en distancias más o menos iguales. De la aprobación o el rechazo de los «ítems» establecidos conforme a una sucesión determinada se obtienen las posiciones de los individuos o de los grupos encuestados en la escala.

b) En la *escala Likert (method of summated ratings)* se elige los «ítems» que mejor correlacionan con los valores globales (la mayoría de las veces se sitúan en los extremos de la escala Thurstone) y que muestran mayor poder de discriminación. Se pide a los encuestados que se posicionen ante determinados «ítems» con esquemas de respuesta que suelen presentar cinco niveles. Los valores de las respuestas se suman como en las competiciones deportivas, y la posición de los individuos o de los grupos en la escala se determina de acuerdo con la cantidad de puntos obtenidos.

c) En la *escala Guttmann (scalogram analysis),* los «ítems» han de ser unidimensionales, esto es, la aprobación de determinado «ítem» ha de incluir la aprobación del resto de «ítems» menos extremos y estar en congruencia con el rechazo de los «ítems» más extremos. El precio pagado por un mayor rigor metodológico es la pérdida de detalles en relación con el contenido.

d) La *escala Bogardus (social distance scale)* se aplica a una cuestión específicamente sociológica. Se basa en los datos de los encuestados sobre sus sentimientos hacia otros grupos de población. Con estos datos es posible apreciar la distancia psicosocial en relación con esos grupos.

e) Hay otros métodos, como las ordenaciones por rango de determinados temas, propiedades, etc., o la comparación por parejas, en la que cada «ítem» se compara con todos los demás.

Mientras que en todas estas técnicas son los mismos encuestados quienes tienen que manifestarse, a veces también se emplea técnicas en las que es el propio entrevistador quien debe determinar la posición de los encuestados o de los individuos observados de acuerdo con determinadas constataciones *(interviewer rating).*

9. *Tests de proyección*

Los tests de proyección ocupan un lugar cada vez más relevante en la investigación de problemas psicológicos y psicosociales. En tanto que la investigación social empírica se interesa por las motivaciones, a

menudo inconscientes, de las opiniones, ideologías y comportamientos, su propio objeto la conduce a planteamientos psicológicos. A este efecto son de utilidad los tests psicológicos por dos razones concretas: en primer lugar, porque, en virtud del conocimiento acumulado del significado de sus resultados, los tests permiten interpretaciones dinámicas y estructurales que de otro modo exigirían análisis psicológicos tan profundos que excederían las posibilidades de la sociología; en segundo lugar, porque la mayor parte de los tests son cuantificables. Al mismo tiempo, en muchos de ellos es posible poner en juego impulsos psicológicos que a su vez proceden de la realidad social, tienen un claro significado psicosocial y permiten formular enunciados de naturaleza psicosocial sobre el sujeto de experimentación.

Psicológicamente se entiende por proyección (Freud) el proceso inconsciente por el que una persona transfiere sus afectos, ideas, deseos, propiedades, etc., a objetos o a personas de su entorno y la mayoría de las veces los «carga negativamente». Ejerciendo un efecto estimulante sobre el sujeto de experimentación, los tests deben desencadenar tales mecanismos. Para obtener la mayor variedad de respuestas posible, en ocasiones los tests se presentan de forma completamente desestructurada o al menos se apoyan en un motivo vago, ambiguo. El sujeto de experimentación sólo recibe instrucciones muy generales. Normalmente tampoco se le impone ninguna restricción temporal.

Los tests de proyección pueden servir tanto para el diagnóstico individual como para el descubrimiento de las características compartidas por un grupo. El centro de la investigación puede ser los rasgos característicos de una personalidad, de un grupo, o bien las relaciones entre la persona y su medio. A continuación caracterizaremos los tests de proyección que se utilizan o que pueden utilizarse en la investigación social.

El *Test Rorschach* consta de diez imágenes de manchas que los sujetos de experimentación han de interpretar. La valoración del test se realiza mediante una técnica sumamente especializada que exige una práctica considerable. El test se ha empleado mucho en la investigación social empírica, por ejemplo para determinar las diferencias entre pueblos y el grado de adaptación cultural de distintas tribus primitivas (los indios, por ejemplo) a los pueblos occidentales, y también se ha empleado algunas veces en los estudios del mercado. Sin embargo, este test parece ser de mayor utilidad aplicado a individuos, pues sólo suministra características formales de la personalidad y no posee suficiente fuerza de discriminación en el ámbito psicosocial. Lo mismo cabe decir de las distintas versiones del test, como el *Test Z* (Zulliger),

en el que se estudia simultáneamente a varios sujetos a partir de su interpretación de parte de las imágenes de la serie Rorschach.

El *TAT (Thematic Apperception Test)* y el FPT *(Four Picture Test)* constan cada uno de ellos de una serie de imágenes ambiguas y distintas desde el punto de vista temático. A diferencia del Test Rorschach, cuyo objetivo es investigar la estructura y el grado de organización de la personalidad, en el TAT y en el FPT lo que importa es el contenido de la personalidad (deseos, conflictos, etc.). Las técnicas, algunas de ellas muy complicadas, para la valoración cuantitativa de estos tests han sido desarrolladas por Murray y Tomkins.

Tanto el TAT como el FPT son de gran utilidad en la investigación de problemas psicosociales. Mientras que hasta el momento el FPT sólo se ha utilizado para el diagnóstico individual, el TAT se ha utilizado ya en las siguientes investigaciones: en el estudio de los rasgos de personalidad de grupos pequeños *(group projection)*, en el estudio de la actitud de individuos o grupos hacia las minorías, las instituciones modernas y las profesiones de gran relevancia social, así como en la investigación de problemas etnopsicológicos, cuyo foco de interés puede ser el individuo o los rasgos básicos de determinados colectivos. En la discusión científico-social se ha juzgado aconsejable completar estos tests de tal modo que al menos algunos de ellos muestren situaciones y personas familiares a los sujetos de investigación, para así facilitar la identificación y la proyección.

El *Test de frustración de Rosenzweig (frustration)* es, según su concepción, muy afín al TAT y al FPT. En él se representan siempre dos personas en una situación de frustración o de conflicto. Del sujeto de experimentación se espera que reaccione espontáneamente a la situación representada. La valoración se centra en los distintos tipos de reacción.

Este test se adapta considerablemente a las necesidades de la investigación social. Resulta especialmente apropiado para estudiar el comportamiento de los sujetos en relación con grupos ajenos. En algunas de sus investigaciones, J. F. Brown hizo de él un instrumento para indagar las actitudes hacia las minorías.

El principio general del método de proyección consituye también la base de las *preguntas proyectivas*, tan frecuentemente utilizadas en la investigación social empírica. A los sujetos de investigación se les plantea preguntas directas relacionadas casi siempre con situaciones ficticias. Como en cierta medida tales preguntas son independientes de la situación real, de las respuestas se espera poder extraer conclusiones sobre la estructura de la personalidad de los entrevistados. Una pregunta de este tipo podría ser, por ejemplo, la siguiente: «¿Cuál es para

usted el crimen más horrible que se podría cometer contra alguien?» O: «¿Qué haría si sólo le quedara un año de vida?» La interpretación se dirige especialmente a la estructura caracterológica que se manifiesta en las reacciones a tales preguntas.

A modo de complemento se emplean distintos *tests de dibujo (Test Wartegg, House-Tree-Person-Test, Draw-a-man-Test,* etc.), pues se pasan con bastante rapidez. Sin embargo, la interpretación de estos tests es difícil. Exige mucha empatía, experiencia y comprensión de la expresión gráfica.

El «sceno-test», útil tanto para el diagnóstico como para la terapia, se emplea en casos de problemas de adaptación infantil al entorno y también es apropiado para grupos.

Nos limitaremos a mencionar otros tests proyectivos, como el *Test Szondi* para el diagnóstico de estructuras instintivas, el *Test de la pirámide de colores,* la *Grafología,* etc., pues hasta el presente sólo se han empleado para el diagnóstico individual. Asimismo, hemos de hacer alusión al *cine* como forma de test proyectivo. Sus posibles aplicaciones son muchas, pero todavía no están muy desarrolladas.

10. *El estudio de grupos*

A principios de la década de 1920 proliferaron los intentos de aproximación a la naturaleza del grupo, pero no sólo, como se había hecho anteriormente, a través de determinaciones conceptuales, sino mediante investigaciones empíricas. No obstante, el estudio se limitaba a fenómenos particulares, intentando hallar en ellos la presencia de determinadas regularidades. La primera fase de esta evolución se caracteriza por puntos de vista y planteamientos relativamente simples, como la comparación de los progresos del niño en solitario y en grupo. El estudio de grupos recibió un impulso decisivo en EE. UU. hace tan sólo unos quince años, bajo la influencia de la sociología empresarial y los intereses psicosociales del ejército americano. Sus objetivos eran eminentemente prácticos: a través de la investigación científica de las determinantes de los distintos fenómenos de grupo, había que hallar formas de aumentar la «productividad» de los grupos (por ejemplo, en la economía, la administración, el ejército), de eliminar o suavizar las tensiones sociales (religiosas, étnicas, conflictos entre trabajadores y empresarios, etc.) y de lograr un perfecto funcionamiento del orden social.

Las «variables fundamentales» constituyen una de las principales

preocupaciones. Por eso se intenta descomponer el proceso de formación de los grupos en sus elementos e investigarlos por separado.

El estudio de grupos se ha ocupado hasta el momento de los siguientes *objetos:*

1) la *cohesión* («cohesiveness») existente en el seno de un grupo. Se la entiende como la resultante de todas las fuerzas de atracción y de rechazo que actúan sobre los miembros del grupo;
2) la formación de *normas grupales* («group standards») y de la presión ejercida por el grupo sobre sus miembros para que éstos se sometan a las normas y obren de forma conformista («pressure towards uniformity»);
3) las *estructuras* de los grupos y la posición de sus miembros en él. Por «estructura» se entiende una diferenciación del grupo en elementos discernibles, así como la relación de éstos entre sí. Se distingue entre estructuras formales e informales, sociométricas, comunicativas, de poder y otras muchas;
4) el *«proceso de comunicación»,* tanto entre los miembros de un grupo como entre distintos grupos considerados como un todo;
5) los *fenómenos de integración y desintegración;*
6) la *importancia del «liderazgo»* («leadership»), así como los efectos de los distintos comportamientos del «líder» en relación con la fuerza de atracción, la productividad, la colaboración y el clima dentro de los grupos.

La *naturaleza* de los grupos se concibe de diversas formas. Muchos autores consideran el comportamiento de un grupo como «la suma de los comportamientos de sus miembros», algunos entienden el grupo como un «organismo», mientras que los investigadores influidos por la psicología de la Gestalt ven en el grupo una «estructura» cuyas características son algo más que la suma de las características de sus partes, es decir, difieren cualitativamente de dicha suma. En correspondencia con esto se distinguen los puntos de vista y los *métodos* con los que se emprende la investigación de los fenómenos de grupo. El principal interés de algunos investigadores (Bales, etc.) es lograr una clasificación lo más completa posible de la comunicación verbal y no verbal que tiene lugar entre los miembros de los grupos de discusión («interactions»); otros (como Cattell) intentan determinar dimensiones grupales independientes entre sí mediante análisis estadísticos de las variables correlacionadas con aquéllas, por ejemplo las variables de población (rasgos psicológicos y sociológicos de los miembros), variables

estructurales y variables «syntality» (rasgos de «carácter» o de «personalidad» del grupo entendido en tanto que organismo). La concepción de orientación eminentemente psicoanalítica se propone investigar las motivaciones y emociones subyacentes al comportamiento de los miembros del grupo. Finalmente, la escuela de Lewin, que hasta el momento ha realizado el mayor número de estudios de grupo, ha transferido directamente al grupo la psicología topológica y vectorial, con sus conceptos de «vector», «campo», «valencia», «locomoción» y «barrera».

El material necesario para el análisis se obtiene haciendo uso de cuestionarios, tests y protocolos, en los que expertos observadores registran las manifestaciones y comportamientos de los miembros de un grupo, así como la aparición de distintos fenómenos grupales. Para ello se utiliza tanto la «libre observación» como sistemas categoriales adaptados a los distintos objetos de investigación y una combinación de ambos procedimientos, habiendo en ocasiones varios observadores. La forma más rigurosa del experimento sociológico la constituyen los llamados «estudios de laboratorio», pero también la «action research» (experimentos en los que se intenta provocar cambios en la conducta de los participantes) y los «estudios de campo» (estudios de grupos en su entorno natural).

Otro de los métodos utilizados en el estudio de grupos es la *sociometría,* introducida por Moreno y desarrollada por otros autores. La sociometría parte del presupuesto de que la «distancia psíquica» existente entre dos miembros de un mismo grupo en relación con una acción común en una situación dada puede medirse indagando los posibles esquemas de relación (A elige a B, B elige a A; A elige a B, B ignora a A; A elige a B, B rechaza a A; A ignora a B, B elige a A; A rechaza a B, B elige a A, etc.). Las respuestas a las correspondientes preguntas se representan gráficamente en un «sociograma» o en tablas. De la repetición o la falta de «elecciones» puede determinarse el grado de simpatía del que gozan los miembros de un grupo («attraction-repulsion-pattern»), la formación de círculos en su seno, etc.

11. *Análisis empírico-sociológico de productos intelectuales («content analysis»)*

Ha sido fundamentalmente Harold D. Lasswell quien ha impulsado la aplicación de los métodos de la investigación social empírica en el estudio de los productos intelectuales. Esta perspectiva relaciona estos productos con el ámbito de la «communication research»: los considera desde el punto de vista de la transmisión de determinados contenidos a los grupos sociales. Para entender de modo rigurosamen-

te objetivo las reacciones sociales ante los productos intelectuales, se pretende determinar lo que comunica esta forma de «comunicación». En pro del conocimiento de la efectividad social de esta «comunicación», se prescinde de la cuestión de su verdadero contenido. En lugar de esto, a partir de los datos se deduce la forma de conciencia de aquéllos a los que se dirige esta comunicación y a los que suele estar adaptada, o las características de los grupos responsables de la misma, su ideología y sus objetivos reales o imaginarios. Al *content analysis* se somete: todas las formas de propaganda, el más variado material impreso, como revistas, películas, programas de televisión, y también la música (por ejemplo, los fenómenos de estandarización de las canciones de moda), etc. Este *content analysis* ha de ser casi siempre «sistemático», «objetivo» y cuantitativo; así, por ejemplo, hay que calcular la frecuencia con la que determinadas ideas ocurren en un texto. Las características formales de tipo sintáctico y semántico también se abordan de este modo. El método se muestra sumamente apropiado cuando su objeto pertenece al ámbito de la producción masiva de la industria cultural —programas de radio, discursos de demagogos—, es decir, cuando él mismo está ya construido en gran medida de forma mecánica, cuando se piensa fundamentalmente en sus efectos y carece de toda estructura y sentido propios. Pero cuanto más diferenciado y altamente organizado esté un producto intelectual, tanto más problemático se vuelve este método y su concepción de la «objetividad»: el *content analysis* de una obra de arte conforme a métodos estandarizados sería algo absurdo. En su artículo «Why Be Quantitative?»[1], Lasswell intenta defender este procedimiento contra las objeciones de las que es objeto. Muchos seguidores del *content analysis* cuantitativo reivindican la necesidad de complementarlo con estudios cualitativos, como los que realizaron ya numerosos sociólogos de la cultura mucho antes de que se inventara el término.

V. Sociología e investigación social empírica

La investigación social empírica parece integrarse en el ámbito global de la sociología como parte suya. Habría que distinguirla de la teoría de la sociedad, de la sociología formal, de la sociología de las instituciones —es decir, del análisis sociológico de las formas de organiza-

[1] En Lasswell y Leites (eds.), *Language of Politics*, Nueva York, 1949, cap. 3, págs. 40-52.

ción y de las fuerzas objetivas de la sociedad—; y también, desde el punto de vista del contenido, de la sociología política, de la sociología económica, de la sociología de la administración, etc., pese a que aquí también pueden utilizarse métodos empíricos. Las distintas disciplinas de las que consta la ciencia social en su conjunto no están en absoluto delimitadas rigurosa y necesariamente las unas de las otras. Asimismo, la separación de disciplinas próximas como la economía política, la historia de la cultura, la etnología y la filosofía social, tampoco es tan evidente. Pero esto no debe considerarse como un defecto en el sistema de la ciencia. Las distintas ciencias relacionadas con el hombre forman más bien una unidad, que sólo queda rota por la violencia de la división del trabajo.

Pero incluso si se llegara a un acuerdo acerca del lugar que le corresponde a la investigación social empírica en la sociología, esto no significaría propiamente un gran avance. Las distintas disciplinas sociológicas no coexisten de forma neutral las unas junto a las otras, sino que se interpenetran y muestran múltiples tensiones. Es evidente que hoy la investigación social empírica reclama para sí la primacía. Lo que no se somete a sus criterios es poco científico o, en el mejor de los casos, algo que simplemente aguarda su verificación empírica en un futuro. El conjunto de la investigación social empírica sostiene una afilada polémica no sólo contra la especulación de la filosofía social, sino también contra las categorías fundamentales de la sociología anterior de orientación ampliamente empírica, como la sociología de la «comprensión». Hay que atenerse a lo dado y conformarse con investigar aquellos ámbitos sobre los que es posible ejercer un control. La pregunta por el sentido social de los fenómenos se considera ociosa; la pregunta por la estructura general de la sociedad, que confiere dicho sentido al fenómeno singular, se deja a lo sumo para síntesis futuras. Salvo rarísimas excepciones[2], el impulso crítico de la sociología es desterrado de la práctica de la investigación social empírica en favor de una «sociología realista». En esta medida, la investigación social empírica representa la consecuencia radical de la exigencia de una sociología «axiológicamente neutral», formulada ya cincuenta años antes por Max Weber y su círculo.

Ciertamente, hace tiempo que los investigadores sociales más juiciosos no sostienen que su trabajo empírico sea posible sin teoría, que

---

[2] Por ejemplo, P. F. Lazarsfeld, «Remarks on Administrative and Critical Communication Research», en *Studies in Philosophy and Social Science,* 9 (1941), págs. 2-16.

el instrumental de la investigación sea como una *tabula rasa* depurada de todo «prejuicio» en la que se recopilan y clasifican hechos. Por sí mismo, el tan discutido problema de la selección de los objetos dignos de investigación hace ya imposible esta forma primitiva de empirismo. No obstante, la teoría es antes tolerada como un mal necesario, para la «formación de hipótesis», que reconocida en toda su importancia. Las consideraciones de la investigación social empírica sobre el papel de la teoría tienen casi siempre el carácter de una concesión apologética, hecha de mala gana.

Pero, en primer lugar, hay que señalar que el vacío existente entre la teoría de la sociedad y la investigación social empírica no se debe meramente a la relativa juventud de esta última. Este vacío difícilmente podrá llenarse en el futuro saldando la teoría con una acumulación de datos prácticamente incontrolable que la hiciera superflua. Comparadas con las cuestiones fundamentales sobre la estructura de la sociedad, de las que depende la vida de los hombres, las áreas que aborda la investigación social empírica son demasiado estrechas. La limitación de la investigación a objetos perfectamente definidos, aislados los unos de los otros —esa aproximación de la investigación social empírica a las ciencias naturales que, motivada por la necesidad de exactitud, trata de crear condiciones similares a las de laboratorio—, no es un impedimento meramente circunstancial para considerar la sociedad como totalidad, sino un impedimento esencial. Esto hace que los resultados a los que llega la investigación social empírica sean a menudo estériles, periféricos, meras informaciones para fines administrativos, a menos que se integren en planteamientos teóricos relevantes. El riesgo de ceguera, en el que Robert S. Lynd hizo tanto hincapié en su libro *Knowledge for what?*, es manifiesto. El empeño de atenerse a datos incontestables y desacreditar toda pregunta por la esencia como metafísica amenaza a la investigación social empírica con confinarla en lo inesencial en nombre de una irreprochable corrección. Con bastante frecuencia son los métodos disponibles los que le prescriben su objeto, en vez de adaptar el método al objeto.

Las leyes esenciales de la sociedad no son lo común a la mayor cantidad posible de datos empíricos. Frecuentemente, lo empírico —basta pensar en las «opiniones» de las que se ocupa la investigación social empírica— no es más que un epifenómeno. A veces, lo fundamental es falseado, cuando no completamente ocultado, por los enunciados obtenidos por abstracción. Mientras que la investigación social empírica hace alarde de objetividad porque, imitando a las ciencias naturales, trata de eliminar la subjetividad del observador, en buena parte de

su actividad es ella misma la que queda presa de la subjetividad de aquéllos a los que dirige sus cuestionarios y encuestas; presa de sus opiniones, actitudes y comportamientos. En lugar de las condiciones en las que viven los hombres, o de su función objetiva en el proceso social, lo que acaba reflejándose son sus espejismos subjetivos. Pero, por ejemplo, del hecho de que los trabajadores encuestados manifiesten que no se sienten ya trabajadores, sería absurdo concluir que hoy ya no hay trabajadores.

La problemática de la misma expresión «estudios de opinión» estriba propiamente en el hecho de que la opinión, aquello que se busca como dato último y que luego se elabora científicamente, es en sí misma algo infinitamente mediado por la sociedad, producido por ella, y en el hecho de que las «opiniones», lo arbitrario y, según su propio concepto, independiente de la investigación de la verdad, en rigor no pueden decidir sobre lo verdadero. La propia investigación social empírica dispone ciertamente de los medios para corregir este error. Así, por ejemplo, los sondeos de opinión pueden completarse estudiando aquellos grupos que la «forman». Evidentemente, a estos estudios también pueden escurrírseles los mecanismos objetivos determinantes. Por otra parte, el valor de la investigación social empírica como incorruptible herramienta de ilustración del pensamiento social, como medio de desencantamiento de las construcciones sociológicas que han perdido su relación con la realidad, está fuera de cuestión. Su futuro podría depender en última instancia de si logra elevarse a la conciencia crítica de sí misma y de si extrae plenamente las consecuencias de esa su función ilustrada.